

UNIVERSITAT OBERTA DE CATALUNYA

MÁSTER: MEDITERRÁNEO ANTIGUO

EL SITIO DE TIRO POR ALEJANDRO MAGNO (332 A. C.)

TRABAJO FINAL DE MÁSTER (ACADÉMICO)

2 de junio de 2021

Luis Guillermo Alcántara Gutiérrez

lalcantaragu@ouc.edu

luis.alcantara.gb@gmail.com

(+52 55 53082019)

Tutor: Ignacio Borja Antela Bernárdez

Contenido

Resumen	4
Introducción.....	5
Justificación de este trabajo.....	6
Objetivo general	7
Objetivos específicos.....	7
Metodología.....	8
Marco teórico.....	9
Obras de consulta y referencia	13
La ciudad de Tiro, antecedentes históricos.....	14
Origen de los fenicios. Edad del Bronce.....	14
La Edad de Hierro	17
La «Edad de Oro» de Tiro.....	17
Contexto histórico del sitio de Tiro	20
El inicio de la campaña contra Persia.....	20
El ejército de Alejandro.....	21
Irrupción en Asia.....	22
Rumbo a Fenicia.....	23
Antecedentes poliorcéticos de Tiro: los asedios de Tebas, Mileto y Halicarnaso.....	27
Tebas (335 a. C.)	27
Mileto (334 a. C.)	32
Halicarnaso (334 a. C.).....	35
Ante Tiro	38
Los motivos de Alejandro para capturar Tiro	42
El plan estratégico	45
Objetivo: Capturar Tiro.....	48
Análisis de la situación propia:	48
Análisis de la situación del enemigo.....	49
El plan de acción para la toma de Tiro.....	52
Planeación de los recursos.....	53
Recursos materiales	53
Recursos técnicos.....	54
Recursos humanos	65
Suministros	66
Ejecución. El sitio y sus etapas.....	67

El primer terraplén	67
El segundo terraplén.....	73
Asalto final	76
Captura de la ciudad.....	80
Desenlace.....	84
Celebraciones	85
Renacimiento y vida posterior de la ciudad de Tiro.....	86
Guerras de los Diádocos.....	86
Conclusiones.....	89
Bibliografía.....	91
Fuentes clásicas	91
Autores modernos	92
Índice de ilustraciones	97
Índice de cuadros	98

Resumen

Se propone hacer una revisión historiográfica del sitio y captura de la ciudad de Tiro en 332 a. C., acción militar que Alejandro Magno consumó haciendo gala de recursos estratégicos, incluyendo la construcción de un terraplén que terminaría uniendo al continente la isla en la cual se hallaba la ciudad fenicia de Tiro.

La captura de esta ciudad es una de las hazañas más celebradas del rey de Macedonia que conquistó el imperio persa y que expandió la zona de influencia de la cultura griega a toda la ecúmene, dando lugar una etapa de la historia antigua conocida como el Periodo Helenístico.

Debido a lo impresionante de este logro, considero de interés revisar los elementos estratégicos que configuraron el plan del sitio. Estos elementos se pueden agrupar en las siguientes categorías: el plan en sí mismo; la logística (acopio y disposición de los recursos materiales); la concepción y la construcción de máquinas de asedio; y la concepción de las distintas tácticas. Mención aparte merece la construcción del terraplén para unir la isla al continente.

Este trabajo incluye el análisis y la confrontación de las fuentes clásicas, buscando identificar tanto las coincidencias como las diferencias que se presenten entre ellas. Aunque se conoce que hubo fuentes primarias cuyos autores fueron testigos de los hechos, desafortunadamente éstas se han perdido. Por ello se hace un recuento de los autores de dichas fuentes, aunque se recurrirá a fuentes secundarias. Asimismo, recurriré a fuentes modernas que contribuyan a una mejor comprensión del tema.

Introducción

«Hijo mío, búscate un reino a tu medida, pues
Macedonia es demasiado pequeña para ti».
Plut. *Alex.* 6.8.

La captura de Tiro ha llegado a ser considerada la obra maestra de la campaña asiática de Alejandro III de Macedonia. (Marsden, 1969, pág. 102). «El genio –afirmó Napoleón– es la medida inexplicable de un gran comandante.» Y en ningún otro lugar como en Tiro, entre enero y julio de 332, demostró tener Alejandro Magno tanta dosis de dicha cualidad (Cartledge, 2009, pág. 202). Esta acción militar fue un portento de liderazgo, planeación, logística, técnica y ejecución. Tal fue el impacto de esta hazaña que, incluso, su resultado material más visible hasta nuestros días es la alteración geográfica que produjo. Sin temor a exagerar, se puede decir que Alejandro literalmente cambió la faz de la Tierra. El hecho tuvo lugar entre los meses de febrero y agosto del año 332 a. C. y fue parte de la campaña del ejército macedonio cuyo objetivo final era la conquista del Imperio Persa.

La captura de esta ciudad es una de las hazañas más celebradas del rey de Macedonia que conquistó el imperio persa y que expandió la zona de influencia de la cultura griega a toda la ecúmene, dando lugar una etapa de la historia antigua conocida como el Periodo Helenístico.

La marcha de los macedonios en Asia se mostraba imparable. El rey persa Darío III, después de la derrota sufrida en Issos, le ofreció una importante porción del territorio del imperio, más diez mil talentos de oro como rescate por su familia, a la cual Alejandro había capturado en la batalla (Plut. *Alex.* 29.7). Alejandro le respondió que él era el nuevo rey de Asia y que solo a él le correspondería decidir sobre cualquier repartición territorial. En su marcha por la costa oriental del Mediterráneo, rumbo a Egipto, las ciudades fenicias habían decidido rendirse a Alejandro sin pelear. Todas, excepto una...

Para Alejandro Magno la ciudad de Tiro resultaba de gran importancia estratégica, pero a la vez, capturarla representaba un gran desafío, cuya consecución estaba a la altura de sus capacidades. Esta ciudad había sido objeto de varios sitios a lo largo de su historia, ninguno de los cuales había tenido éxito. El primero de que se tiene registro es el del rey asirio Tiglatpiteser III en 732 a. C. Otro asalto, llevado a cabo por Nabucodonosor II de Babilonia, duró trece años (586 – 573 a. C.). Por todos estos antecedentes, el éxito alcanzado por Alejandro aumentó aún más su reputación y contribuyó a elevarlo a la categoría de un dios.

Tiro era la más importante y la más rica de las ciudades fenicias. Además, su ubicación en una isla, cerca de la costa fenicia, le confería ventajas estratégicas. Su principal fortaleza era náutica, y la principal amenaza de Alejandro era su ejército terrestre. Los tirios calcularon que no había nada que temer, y optaron por rechazar las demandas de sumisión del macedonio. Pero calcularon mal: era claro que no sabían a quién o a qué se estaban enfrentando.

Luego de un sitio de siete meses, que culminó con un sangriento asalto, Alejandro se hizo del control de la ciudad, una ciudad que dejó de ser isla para siempre. Esta hazaña sirvió de ejemplo a otros reinos que quizá tuvieran en mente rechazar al conquistador, aunque aún la ciudad de Gaza ofreció resistencia antes de caer.

Justificación de este trabajo

Aunque se este tema se ha estudiado con profusión, aún queda espacio para su estudio crítico. En particular, mi enfoque en el pensamiento estratégico de Alejandro y sus generales deberá darnos mucha luz acerca de sus capacidades de liderazgo y de organización, así como de su mentalidad. En relación con ello, es de tener presente que Alejandro fue discípulo del filósofo Aristóteles, uno de los más grandes pensadores que la humanidad ha producido, de manera que examinar uno de los episodios más brillantes de su campaña de conquista es como contemplar el pensamiento filosófico (en un sentido «proto-científico») llevado a la práctica; en cierto modo, Alejandro habría sido como el brazo ejecutor de las ideas de Aristóteles.

Además, me parece de importancia examinar los antecedentes y el destino de la ciudad de Tiro al inicio del periodo helenístico, como un tema de reflexión sobre la importancia del fenómeno urbano en la Antigüedad.

Objetivo general

El objetivo principal de este trabajo es revisar los detalles de esta acción desde la perspectiva estratégica, así como su entorno histórico. Para ello, se propone hacer una revisión historiográfica del episodio en cuestión, partiendo de los autores clásicos que abordan el tema, a saber: Arriano, Plutarco, Diodoro Sículo, Marco Curcio Rufo y Justino. Estas son las fuentes más próximas a los hechos que se estudiarán, pues las que pueden ser consideradas primarias, como por ejemplo Calístenes, se han perdido. Además, se revisarán otras fuentes donde se juzgue conveniente, para examinar temas como la estrategia militar o la construcción de las máquinas de asedio.

Objetivos específicos

- Revisar el contexto histórico del sitio y la captura de Tiro: antecedentes, importancia estratégica, motivaciones y consecuencias.
- Revisar, como ya se mencionó, el plan de acción y sus elementos estratégicos, a saber, la idea central, la logística, la concepción y la construcción de máquinas de asedio, y los elementos tácticos.
- Confrontar los relatos que han llegado hasta nosotros intentando descifrar las intenciones de cada autor, según el momento y las circunstancias particulares en que fueron escritos, así los propósitos particulares de cada uno de estos autores.
- Hacer una semblanza de la ciudad de Tiro, incluyendo los varios asedios que sufrió antes de Alejandro, así como la suerte que tuvo después de ser capturada, y su posterior devenir en el período helenístico.

Metodología

Este estudio propuesto es una investigación historiográfica; por lo tanto, recurriremos a las fuentes más reconocidas sobre la vida y obra de Alejandro Magno, y que son las siguientes:

- Arriano, *Las campañas de Alejandro*
- Diodoro Sículo, *Biblioteca histórica*
- Justino, *Epítome de las historias filípicas de Pompeyo Trogo*
- Quinto Curcio Rufo, *Historias de Alejandro Magno de Macedonia*

En todos los casos partiremos de una semblanza biográfica de los autores, del tiempo en que vivieron, su posición en el entramado social y sus intereses particulares. Con ello se busca encontrar el sentido de su narrativa y los propósitos que buscaban con el relato de las campañas alejandrinas, y de esta manera intentar una mejor interpretación de sus textos.

Otras fuentes clásicas que emplearemos como material de apoyo son:

- Ateneo el Mecánico, *Sobre las máquinas*
- Estrabón, *Geografía*
- Plutarco, *Vidas paralelas (Alejandro)*
- Heródoto, *Historia*
- Herón, *Belopoiica*
- Isócrates, *Discursos*
- Plinio el Viejo, *Historia Natural*
- Polieno, *Estratagemas*
- Vitruvo, *De Arquitectura*

Marco teórico

Uno de los temas que más se discute al revisar la bibliografía sobre Alejandro es el hecho de que las fuentes clásicas de que se dispone no son primarias y, lo que es peor, fueron escritas muchos años después de los hechos. Ello ha significado un gran desafío a quienes han emprendido la tarea de reconstruir esta historia. Por otra parte, también se discute la objetividad de estas narraciones, puesto que algunos de los autores buscaban algún propósito moralizante, o bien daban más importancia a sus propios comentarios e interpretaciones que a los hechos que narraban.

Las fuentes primarias de las que se tiene noticia son (Molina Marín, 2018, págs. 32-37):

Calístenes, sobrino nieto de Aristóteles e historiador oficial de la expedición de Alejandro. Arriano (*Anab.* IV.10 – 11) hace cierta semblanza del personaje, partiendo de su oposición a las costumbres orientalizantes de Alejandro. Según Quinto Curcio, Calístenes era un personaje serio y de espíritu libre, lo cual contrariaba a Alejandro. Sin embargo, la opinión general en la actualidad es que Calístenes escribió conforme a los dictados de Alejandro. Lamentablemente, Calístenes vio interrumpida su labor al ser acusado de conspirar contra Alejandro y morir prematuramente en el año 327 a. C.

Ptolomeo, general del ejército macedonio y uno de los Diádocos – “sucesores” –, quien se convertiría en rey de Egipto con el nombre de Ptolomeo I Sóter y fundador de la dinastía Lágida –por Lago, padre de Ptolomeo–; escribió un libro sobre la expedición de Alejandro, en el cual se destacaban sus propias gestas. Su obra se conserva principalmente a través de Arriano.

Nearco, otro de los generales de Alejandro y hombre de su confianza, fue sátrapa en Licia (Arr. *Anab.* III.6.6) y nombrado comandante de la flota que recorrió desde el Indo hasta el golfo Pérsico (Curt. IX.10.3). Escribió un registro de ese viaje.

Aristóbulo, un oficial que acompañó a Alejandro en calidad de ingeniero militar y escribió su relato a edad muy avanzada (Heckel, 2006, pág. 46; Gómez Espelosín, 2007, págs. 96 – 97). que fue usado tanto por Arriano como por Plutarco.

Onesícrito, originalmente filósofo, se unió a la campaña de Alejandro, donde se convirtió en el piloto principal de la flota de Nearco. Según Molina Marín, su relato tiene la clara influencia del pensamiento cínico, y retrató a Alejandro como «un filósofo en armas. Un rey interesado en hablar con los sabios de todas las naciones y defensor del helenismo». (2018, pág. 34) Se sabe que su trabajo fue utilizado por Nearco y Megástenes.

Clitarco, de quien se sabe que no participó en la expedición, pero que vivió mucho tiempo en la corte de Ptolomeo en Egipto. Ya en la Antigüedad no se le consideraba muy fiable, aunque sí muy popular. Su historia fue ampliamente utilizada por Diodoro, Quinto Curcio y Justino.

Efipo, natural de Olinto, escribió sobre la muerte de Alejandro, en términos muy hostiles, achacando la causa de la muerte del rey a los excesos con la bebida. Su antipatía nace a raíz de la destrucción de su ciudad natal por Filipo II, o bien por el trato recibido por su compatriota Calístenes.

En cuanto a las fuentes secundarias, a las que recorro en este trabajo, generalmente se reconocen las siguientes:

Arriano. Tituló su obra como *Anábasis* en honor de Jenofonte, de quien era admirador (Bravo García, 1982, págs. 10-23). Se basó principalmente en la obra del general Ptolomeo, el mismo que después fundaría la dinastía ptolemaica en Egipto y que duraría 300 años, hasta la muerte de la célebre Cleopatra VII. Como es de esperar, y dada la naturaleza de sus fuentes, el enfoque de esta obra es eminentemente militar. Arriano nació en Nicomedia (en la actual Turquía) entre los años 80 y 95 de nuestra era y murió en Atenas en 175. Fue discípulo del filósofo Epicteto y posteriormente fue senador romano y más tarde sirvió en el ejército romano. Finalmente se instaló en Atenas, donde murió. Las opiniones de él en la actualidad son que, pese a ser un hombre culto e interesado en temas históricos, no puede ser considerado un historiador (Bravo García, 1982, pág. 10).

Plutarco, autor de *Vidas paralelas*, obra de carácter biográfico, que incluye a Alejandro. Se enfoca principalmente en la personalidad del macedonio, así como los impulsos y las motivaciones que le llevaron a emprender su aventura de conquista. De Plutarco sabemos que nació hacia el año 50 en Queronea –centro de Grecia–. Por pertenecer a una familia acomodada, llegó a ocupar cargos importantes en la administración: sacerdote del templo de Delfos, magistrado en su ciudad natal; también ejerció como embajador de Queronea en diversas encomiendas y, habiéndosele conferido la ciudadanía romana, procurador de Grecia. La orientación filosófica de Plutarco fue eminentemente moralista. Con ello en mente hemos de abordar la lectura de la vida de Alejandro. Por ejemplo, en el episodio del sitio de Tiro, Plutarco ensalza cualidades morales de Alejandro, como cuando, en el curso de una expedición contra los árabes en el Antilíbano, expuso su seguridad a fin de ayudar a sus compañeros, aunque el tono general de la vida de Alejandro en la obra de Plutarco es de ambivalencia moral, señalando sobre todo el progresivo alejamiento de Alejandro de los valores griegos y su acercamiento a los orientales (Pérez Jiménez, 2007, pág. 12).

Diodoro Sículo, quien vivió en el siglo I a. C., Aunque se desconocen las fechas de su nacimiento y de su muerte, de sus escritos se obtienen algunos datos cronológicos. Por ejemplo, estuvo en Egipto en la 180ª Olimpiada (entre el 60 a. C. y el 56 a. C.) (Parreu Alasà, 2001, pág. 8). El relato del sitio de Tiro que hace Diodoro es muy profuso. Narra desde el momento en que los tirios le niegan la entrada a la ciudad para ofrecer sacrificios a Melkart

—el dios asiático que se identifica con Heracles, de quien Alejandro era muy devoto, pues creía ser su descendiente—, hasta el nombramiento de un nuevo rey de la ciudad, pasando por el momento crítico en que Alejandro mismo logra entrar en las murallas por medio de un puente lanzado desde una torre de asedio montada en un barco.

Quinto Curcio Rufo, historiador romano, escribió en el siglo I d. C. una historia de Alejandro, basada principalmente en la obra de Clitarco. A Curcio se le critica su desconocimiento de temas geográficos y cronológicos, así como de técnicas militares. De este autor no se sabe prácticamente nada, pero el consenso ubica su existencia en la primera mitad del siglo I de nuestra era. Su *Historia de Alejandro Magno* ha llegado incompleta hasta nuestros días, faltando los dos primeros libros, de un total de diez. Por ello no se sabe con exactitud cuáles fueron sus fuentes, aunque en otras partes de su libro cita explícitamente a Ptolomeo, Clitarco y Timágenes (Pejenaute Rubio, 1986, pág. 35).

Marco Juniano Justino, otro autor del que se ignoran muchos datos, aunque al igual que en el caso de Curcio Rufo, el consenso entre los especialistas lo ubica entre los siglos II y III de nuestra era. En sus *Historias filípicas*, hace un resumen de una obra anterior del mismo título, escrita por Pompeyo Trogo. Ahora bien, este último vivió en el siglo I a. C., por lo que las *Filípicas*, en su calidad de resumen, pueden considerarse la fuente más antigua disponible (Castro Sánchez, 1995, págs. 25-27).

Otras fuentes pertinentes son aquellas sobre temas de estrategia, como serían:

Polieno. Este autor, de origen macedonio, vivió en el siglo II de nuestra era. Su obra titulada *Strategemata* —que dedicó a los emperadores Marco Aurelio y Lucio Vero— es un compendio de estrategia, que abarca desde los tiempos heroicos hasta la época romana. En particular el libro IV está dedicado en su totalidad a estrategias macedonios (Vela Tejada, José y Martín García, Francisco, 1991, pág. 147).

Ateneo el mecánico. Contemporáneo de Arquímedes, autor del tratado *Περί Μηχανημάτων*, («sobre las máquinas bélicas»), dirigida a Marcelo (probablemente el conquistador de Siracusa). Quizás sea el mismo Ateneo de Cícico, mencionado por Proclo como un matemático distinguido (Smith, 1849, pág. 400).

Estrabón. Geógrafo e historiador griego (63/ 2 a. C. – después de 23 d. C.) que vivió en la época de la *Pax Romana*, la cual aprovecho para realizar extensos viajes, en los que se basó para escribir su célebre *Geografía* (García Blanco, 1991).

Heródoto. El llamado «padre de la historia» (484 – 425 a. C.), junto con Tucídides. Su obra, llamada *Historias*, es un recuento de los conflictos entre griegos y persas. Es nuestra fuente sobre el origen y fundación de la ciudad de Tiro.

Herón de Alejandría. Ingeniero y matemático griego. Vivió en el siglo I de nuestra era. Muy conocido por haber inventado una máquina de vapor. Su obra *Belopoiica* describe varias armas que fueron inventadas o perfeccionadas por los ingenieros del ejército macedonio, como el gastrafetes o las catapultas de torsión (Smith, 1849, pág. 437).

Isócrates. Orador y político griego (436 – 338 a. C.), creador y partidario del panhelenismo, doctrina orientada a la creación de un gran estado helénico, que mencionamos en este trabajo como antecedente de la gesta de Alejandro (Smith, 1849, págs. 632-633).

Plinio el Viejo. Autor romano (23 – 79 d. C.), conocido por su tratado *Historia Naturalis*. Lo mencionamos brevemente por su comentario sobre la invención de la catapulta. También es conocida la historia de su muerte durante la erupción del volcán Vesubio (Smith, 1849, págs. 414-421).

Vitruvio. Arquitecto romano y autor de *De Architectura*. Dedicó parte de su obra a la descripción de máquinas de asedio. Vivió en el siglo 1 a. C.

Obras de consulta y referencia

Para ello he partido de los catálogos de los siguientes autores:

Gómez Espelósín, Francisco Javier, *La leyenda de Alejandro: mito, historiografía y propaganda*. Universidad de Alcalá de Henares, 2007.

Molina Marín, Antonio Ignacio, *Alejandro Magno (1916-2015). Un siglo de estudios sobre Macedonia Antigua*, Zaragoza, Pórtico, 2018.

Ambos catálogos son muy extensos y de reciente aparición, por lo que me han proporcionado abundantes fuentes y recursos para los fines de este trabajo.

La ciudad de Tiro, antecedentes históricos

Origen de los fenicios. Edad del Bronce

La palabra «Fenicia» es de origen griego. Se usaba para designar a los pueblos que habitaban el territorio costero entre la ciudad de Arado y el monte Carmelo. Aparece por primera vez en los tiempos de Homero y Hesíodo. El problema de su origen y significado no se ha resuelto, y se han propuesto varias posibilidades (Aubet, 1993). La más generalizada es «rojo», en referencia al pigmento púrpura que se extraía del *murex*, un molusco que crecía en esa zona, y principalmente en la isla de Tiro, situada a poca distancia de la costa. Otra versión, muy cercana a la anterior, está basada en el nombre del legendario rey *Phoinix*, descubridor del pigmento en cuestión. Sin embargo, se sabe que los fenicios se llamaban ellos mismos *can' ani*, y a su tierra, Canaán. (Aubet, 1993, pág. 8). Otra versión interesante proviene de la lengua hebrea, en la cual el término *cana' ani* o *kina' nu* significa «mercader», de manera que Canaán bien puede interpretarse como «tierra de mercaderes» (Aubet, 1993, pág. 9).

El territorio mencionado ya albergaba asentamientos desde el principio del tercer milenio a. C., tales como Biblos, Tiro y Megido. Estas ciudades mantenían un activo comercio con Mesopotamia y con Egipto. El nombre «Tiro» también es una derivación griega del original *Şor* (Aubet, 1993, pág. 19). En este tiempo primigenio, Biblos fue la ciudad más importante, gracias a sus lazos comerciales con Egipto. Numerosos objetos de origen egipcio, así como un templo egipcio, hallados en Biblos, así lo atestiguan. Aunque en mucho menor medida, también se han encontrado estos objetos en Tiro y en Sidón. Hacia el interior, Biblos mantenía una estrecha relación comercial con la ciudad de Ebla. (Woolmer, 2017, pág. 25).

Una leyenda que consigna el historiador Heródoto ubica la fundación de la ciudad de Tiro en 2750 a. C.:

«Y, al entrar en conversaciones con los sacerdotes del dios, les pregunté cuánto tiempo hacía que habían erigido el santuario y comprobé que ellos tampoco coincidían con los griegos, pues sostenían que el santuario del dios había sido erigido al tiempo de fundarse Tiro y que hacía dos mil trescientos años que habitaban la ciudad.» (Hdt. 2.44)

El dato proporcionado por Heródoto ha sido recientemente corroborado por la evidencia arqueológica (Aubet, 1993, pág. 19). Inicialmente se fundó un asentamiento en tierra continental, conocido como «Paleotiro» (Tiro antiguo); tiempo después, a mediados del tercer milenio a. C., habitantes de este asentamiento se instalaron en la isla frente a la costa (Aubet, 1993, págs. 19, 30).

Al final de la Edad de Bronce inicial, las ciudades fenicias muestran signos de haber sido abandonadas o destruidas a consecuencia de las invasiones amorritas. A principios del segundo milenio a. C., resurgen bajo el dominio egipcio, excepto Tiro, que es mencionada en textos egipcios como reino independiente. A fines de la Edad de Bronce, las ciudades de Ugarit, Biblos y Tiro formaban parte de las grandes redes comerciales del Mediterráneo que unían Egipto, Micenas, Siria–Palestina y Mesopotamia. Los bienes que se comerciaban principalmente eran: trigo y pescado de Chipre, Plata de Anatolia, piedras preciosas de Egipto, y aceite de oliva, vino y madera del interior. En cuanto a manufacturas, Tiro era reconocida, sobre todo, por sus textiles, y por sus objetos de vidrio y de cerámica.¹

Al final de la Edad de Bronce intermedia, los hicsos (pueblo procedente de Asia occidental) se instaló en el delta del Nilo, lo cual redujo la influencia egipcia en el Levante. Las ciudades estado fenicias aprovecharon la situación para ganar independencia, extender sus redes comerciales e incrementar su riqueza de manera significativa. Sin embargo, al ser expulsados los hicsos, Egipto retomó control sobre las ciudades de la zona (Woolmer, 2017, págs. 27-28).



Fig. 1. Fenicia

¹ En particular, la madera era muy apreciada por los egipcios como material de construcción (Woolmer, 2017, pág. 25).

Hasta ahora, no hay evidencias concluyentes de que los habitantes de las ciudades costeras levantinas (Arado, Sidón, Biblos, Tiro) se considerasen parte de una sola entidad cultural o política. Más bien parece ser que se tratase de ciudades–estado independientes. De hecho, los fenicios no tenían la idea de una identidad compartida, más allá del nivel de ciudad – estado.² Ello es importante para la mejor comprensión de las circunstancias que Alejandro Magno hubo de enfrentar en su asedio a la ciudad de Tiro.

En el período comprendido entre los siglos XIV y XIII a. C., la inestabilidad política en Egipto propició la entrada de los hititas en el Levante. La zona quedó dividida entre ambas potencias. Tiro quedó bajo la esfera de Egipto, hasta el fin de la Edad del Bronce (Woolmer, 2017).

El final de la Edad del Bronce en Fenicia ocurrió, en parte, como consecuencia de cambios climáticos que produjeron una elevación de la temperatura, afectando los ciclos agrícolas, con las consiguientes épocas de escasez y hambruna. El aumento del nivel del mar causó inundaciones que, a su vez, produjeron devastación y epidemias. Estas circunstancias trajeron consigo crisis sociales y políticas que afectaron severamente la actividad económica. Probablemente la crisis más disruptiva fue la invasión de los llamados «Pueblos del Mar», que marcó el final de la Edad del Bronce en el Mediterráneo oriental (Woolmer, 2017). La ciudad de Tiro resultó destruida como resultado de estos acontecimientos (Aubet, 1993). En esta época se ubica la fundación de Gadir (la moderna Cádiz) por comerciantes tirios, probablemente motivada por la destrucción de Tiro. Sin embargo, los «pueblos rojos» logran adaptarse rápidamente a las nuevas condiciones sociales y políticas; de esta manera, es durante la Edad de Hierro inicial (1200 a. C. aproximadamente), que los fenicios surgen como una entidad cultural plenamente diferenciada. (Woolmer, 2017). Es en este tiempo que se funda la ciudad insular de Tiro, quedando la antigua *Paleotiro*, definitivamente abandonada.³

² Según Woolmer (*op. cit.*, pp. 3 – 4), se debe descartar la idea de que los habitantes de las ciudades – estado de la costa levantina usasen los términos «fenicios» o «cananeos» para referirse a ellos mismos. “*Consequently, instead of developing any notion of a national identity, the Phoenicians retained a fierce sense of independence and individuality resulting in an unwillingness to co-operate or come together as a unified political entity*”.

³ Autores clásicos como Menandro de Éfeso y Justino señalan que Tiro fue fundada por sidonios en 1191 a. C. Aubet, *op. cit.*, p. 25.

La Edad de Hierro

El inicio de la Edad de Hierro vio surgir una nueva potencia regional: el imperio medio asirio, instalado en el norte de Mesopotamia. Su rey Tiglapileser I (1115 – 1076) invadió Fenicia y sometió a tributo a las ciudades de Biblos, Sidón y Arados; para entonces, Egipto había perdido toda influencia en Fenicia. A pesar del dominio asirio, las ciudades fenicias mantuvieron un alto grado de autonomía y prosperaron gracias a su actividad comercial. Es en este tiempo que se funda la nueva ciudad insular de Tiro.⁴

La evidencia arqueológica muestra que las ciudades costeras fenicias gozaron de un periodo de expansión comercial en la Edad de Hierro inicial. Sin embargo, durante los siglos XII y XI a. C. Tiro se debilita debido a la decadencia de Egipto, su principal socio comercial. Entonces, el predominio fenicio se traslada a la ciudad de Sidón. Tras la muerte del rey Tiglatpiteser I, el imperio asirio se debilita y la posición política de Fenicia se fortalece en el siglo X a. C. (Aubert, 1993).

La «Edad de Oro» de Tiro

Es en este tiempo que la ciudad de Tiro se consolida como un reino independiente, gobernado por Abibaal (Carter *et al.*, 2008). El reinado de su hijo Hiram I (969 – 936) marca el principio de la «edad de oro» de Tiro, que aprovecha su inmejorable posición geográfica para explotar las rutas comerciales mediterráneas. Tal llegó a ser el éxito de Tiro en este tiempo, que el Mediterráneo se conoció como el «Mar Tirio» (Carter *et al.*, 2008). Durante el reinado de Hiram I, Tiro mantiene sólidos lazos comerciales con el estado de Israel (Woolmer, 2017). Además, este rey se ocupó de construir templos e infraestructura.

Durante este periodo, conocido como la Segunda Edad del Hierro (1000 – 550 a. C.), Tiro continuó su expansión comercial y territorial bajo los sucesores de Hiram I. Itobaal I (887 – 856) restableció la hegemonía de Tiro sobre las ciudades del sur de Fenicia (principalmente Sidón); reforzó los lazos con Israel mediante el matrimonio de su hija Jezabel

⁴ Esta versión apunta a la posibilidad de que, después de su destrucción, Tiro fue reconstruida bajo los auspicios de Sidón, presumiblemente la ciudad más importante del sur de Fenicia durante los siglos XII y XI a. C. En época posterior, Sidón afirmaba, según evidencia numismática, ser la «madre de Cartago, Hippo, Citio y Tiro» (Aubert, 1993, pág. 25).

con el rey Ajab. También fundó colonias (Batris, al norte de Biblos, y Azuza, en Libia). De esta época data el inicio del comercio con Grecia (Woolmer, 2017).

Sin embargo, Asiria experimentó un resurgimiento bajo el rey Asurnasirpal II (883 – 859). En esta etapa del imperio, conocida como el Imperio Neasirio, los fenicios inicialmente lograron una buena relación mediante la entrega de cuantiosos regalos. El éxito de la diplomacia fenicia queda atestiguado por la inclusión tanto de tirios como de sidonios en la lista de invitados a la inauguración del palacio de Asurnasirpal en 879 a. C. (Woolmer, 2017).

Sin embargo, la situación política nuevamente sufrió cambios con el ascenso al trono asirio de Salmanasar III (858 – 824). Este rey asumió una política más agresiva hacia los fenicios y les exigió el pago de tributos. El reinado de Tiglatpileser III (745–727) fue aún más agresivo y anexionó al imperio las ciudades al norte de Biblos. Esta última, además de Tiro, permanecieron como entidades autónomas tributarias (Woolmer, 2017). De cualquier manera, Tiro, bajo el reinado de Hiram II, participó en una revuelta contra Asiria.

Tiglatpileser respondió violentamente contra los sublevados –Tiro, Arados, Siria, Israel y Filistea–. Tiro perdió parte de su territorio continental, tuvo que pagar mayores tributos y tuvo que admitir la



Fig. 2. La ciudad de Tiro según basorrelieve de las puertas de Balawat. Siglo IX a. C.

presencia de inspectores asirios en sus puertos y mercados. A diferencia de las otras ciudades fenicias, Tiro mantuvo una relativa autonomía debido a que así convenía a los intereses asirios: era mejor permitirles que llevaran a cabo sus actividades comerciales y cobrarles por ello. Los tributos pagados al rey Asurnasirpal II de que dan cuentas los anales asirios incluyen oro, plata, estaño, lino, madera, cofres de marfil, lino, monos y ebonita –caucho endurecido–; Salmanasar III (858–824 a. C.) recibió de los tirios oro, plata, plomo, bronce, pigmento púrpura y cerámica; Adad–Nirari III (818–783 a. C.) y Tiglatpileser III (745–727) recibieron grandes cantidades de hierro, marfil y prendas teñidas de púrpura. El rey tirio Matán II (730–

729) entregó la suma sin precedentes de ciento cincuenta talentos de oro (Aubet, 1993). El rey tiro Luli (729 – 694) sostuvo una relación muy conflictiva con los reyes de Asiria Salmanasar V (727–722), Sargón II (722–705) y Senaquerib (705–681). Como consecuencia de estos conflictos, Salmanasar puso sitio a Tiro durante cinco años, entre 724 y 720 a. C., sin lograr capturarla (Aubet, 1993). Sargón II adoptó una estrategia sistemática de devastación, deportaciones masivas y repoblación de los territorios conquistados, tanto en Fenicia como en Israel, lo que le costó a Tiro perder gran parte de su poder. Sargón se abstuvo de destruir la ciudad insular, pero forzó al rey Luli a abandonar Tiro y refugiarse en Citio (Chipre) en 701 a. C. Este año marcó el final del estado unificado de Tiro y Sidón. Siguió una sucesión de reyes pro–asirios que acentuaron el dominio de Asiria sobre la ciudad (Elayi, 2018).

«A principios del siglo VII, el reino de Tiro consistía únicamente en la ciudad y sus suburbios en el continente. Era un estado diminuto que se enfrentaba a un imperio gigantesco en su fase de máxima expansión territorial. El tratado firmado por Baal I de Tiro, sucesor de Luli, y Asarhadón de Asiria (681-670 a. C.) es particularmente interesante. En él, en una fecha comprendida entre 675 y 671 a. C., Tiro obtiene total libertad para comerciar con el norte y el oeste. Las cláusulas del tratado son, sin embargo, humillantes para una ciudad que había sido señora de los mares. De hecho, la autoridad del rey se redujo considerablemente porque el tratado impuso representantes asirios en los asuntos del puerto y limitó la navegación comercial bajo la amenaza de la confiscación de las mercancías. Todo esto indudablemente obligó a Tiro a fortalecer el poder y la autonomía de algunas de sus colonias occidentales.» (Aubet, 1993, pág. 48)

Posteriormente, sucesivos bloqueos por Asarhadón en 671– 667 y por Asurbanipal en 663 a. C. sumieron a Tiro en la peor crisis de su historia. Alrededor del 640, todo el territorio continental de Tiro quedó convertido en provincia asiria. Esta crisis se vio reflejada en las colonias mediterráneas de Tiro. Por ejemplo, en este periodo, Cartago emprende un proceso de expansión por cuenta propia y establece una base en Ibiza en 654.

Para entonces, el imperio neobabilónico había reemplazado al neoasirio como potencia regional. El monarca Nabucodonosor II, después de conquistar Nínive, Jerusalén y Damasco, le puso sitio a Tiro durante trece años, de 585 a 572 a. C. Militarmente, el sitio no culminó con la captura de la ciudad, pero la ciudad se rindió y el rey Itobaal III fue deportado a Babilonia (Garstad, 2015). Su sucesor, Baal II, murió en 564 y en su lugar se impuso un

gobierno de «jueces», primero bajo la soberanía de Babilonia, y posteriormente de Persia (Garstad, 2015, págs. 177-178).

A partir de entonces, Tiro pierde preeminencia en el comercio internacional, y es la ciudad de Sidón quien pasa a ocupar su lugar como la mayor potencia en el Mediterráneo, hasta la llegada de Alejandro en 332 (Fox, 2015).⁵

Contexto histórico del sitio de Tiro

El inicio de la campaña contra Persia

El rey Filipo II de Macedonia se había propuesto invadir el Imperio Persa. Después de la batalla de Queronea en agosto de 338 a. C. (Green, 2013), en la que venció a las fuerzas de Atenas y Tebas, la Hélade quedó sometida a su voluntad. Convocó a las ciudades griegas a un acuerdo que se conoce como la «Liga de Corinto» (Iust. IX.5.1 – 2), una coalición de ciudades griegas que aportarían contingentes al ejército expedicionario. Uno de los primeros acuerdos de la Liga, propuesto por Filipo, fue declarar la guerra a Persia, “en venganza por los sacrílegos crímenes que Jerjes había cometido contra los templos de los dioses griegos”.⁶ Filipo fue electo hegemon por los griegos. En el mismo acto, se declaró traidor a todo griego que sirviera al rey de los persas.⁷ Su primer acto de la campaña contra los persas consistió en enviar una avanzada a Asia, bajo las órdenes de sus generales Átalo y Parmenión, con órdenes de liberar ciudades griegas (Diod.XVI.91.2).

Desafortunadamente, Filipo no pudo llevar a cabo la conquista de Asia, pues fue asesinado en 336 a. C. El autor material fue un miembro de su guardia personal llamado

⁵ Fox (2015, pág. 321) menciona que “un rey de Chipre tomó por la fuerza la ciudad de Tiro cuarenta años antes (que Alejandro) –un éxito notable acerca del cual lamentablemente poco se conoce–...”.

⁶ La idea de hacer la guerra a Persia no era nueva. Por ejemplo, el filósofo ateniense Isócrates en su *Panegírico* (que data del año 380 a. C.) llama a la guerra contra los bárbaros. Isoc. 4.

⁷ Diod. XVI, 91.2; Según Green (p. 86 – 87), Filipo ostentó dos cargos conferidos por la Liga Helénica: el de *ἡγεμών* (“hegemon”), que era una combinación de autoridad civil y militar, diseñado para proporcionar seguridad a Grecia; y el de *στρατηγός αυτοκράτορ*, (“strategós autokrátor”), o comandante en jefe de las fuerzas macedonias y griegas, cargo que sería efectivo en tanto existiera un estado de guerra.

Pausanias. Sobre la autoría intelectual corren varias versiones, alguna de las cuales involucra al propio Alejandro y a su madre Olimpia.⁸

Entonces, Alejandro fue proclamado rey de Macedonia. Enseguida hubo de enfrentar amenazas provenientes tanto del norte como del sur. Al norte, marchó en 335 a. C. contra las tribus tracias de los tribalos y los getas, que planeaban una sedición contra Macedonia. Posteriormente se desplazó al noroeste, a la región de Iliria, a sofocar una revuelta (Arr. *Anab.* I.1 – 6). Después de someter a los ilirios y a los taulancios, pueblos situados al noroeste de Macedonia, marchó hacia el sur, a enfrentarse a una sublevación de la ciudad de Tebas. Dejó la ciudad en ruinas como advertencia al resto de Grecia.⁹ Con la excepción de los lacedemonios, su liderazgo en la Hélade fue ratificado, y se dispuso a emprender la campaña asiática.¹⁰

El ejército de Alejandro

Las distintas fuentes nos ofrecen datos diferentes acerca del ejército de Alejandro, aunque la variación no es mucha. Diodoro Sículo nos ofrece la descripción más detallada:

«Se encontraron doce mil macedonios de infantería, siete mil aliados y cinco mil mercenarios, de todos los cuales tenía el mando Parmenión. Lo acompañaban también siete mil odrisios, tríbalos e ilirios, y mil arqueros de los llamados agrianos, de manera que **todos los infantes eran treinta y dos mil**. De caballería había mil ochocientos macedonios, bajo el mando de Filotas, hijo de Parmenión, mil ochocientos tesalios, a los que mandaba Calas, hijo de Harpalo, y los demás griegos en total eran seiscientos, a los que mandaba Erigio, y novecientos exploradores tracios y peonios, que tenían a Casandro como jefe, de manera que **en total los jinetes eran cuatro mil quinientos**. Tal era el número de los que cruzaron con Alejandro a Asia. Los soldados que se

⁸ Diod. XVI. 91-95. Pausanias actuó por cuenta propia, para vengar una afrenta cometida contra él por acemileros de Átalo, flamante suegro de Filipo, que éste no castigó debidamente. Según Plutarco, Alejandro y Olimpia habrían instigado a Pausanias a cometer el crimen. Plut. *Alex.* 10 – 11.

⁹ Arr. *Anab.* I.7 – 10. Otro autor, Diodoro Sículo, implica a los atenienses y a los persas en la insurrección de Tebas, en particular a Demóstenes, quien habría recibido grandes cantidades de dinero del rey Darío de Persia para que instigara a los tebanos a sublevarse contra Alejandro. Diod. XVI.4. Sobre este y otros sitios llevados a cabo por Alejandro, ver más adelante la sección “Antecedentes de Tiro: los asedios de Tebas, Mileto y Halicarnaso”.

¹⁰ Diod. XVI.4: “Alejandro ordenó que acudieran a Corinto las embajadas y los delegados, y cuando llegaron los que solían formar parte del consejo, conversando con ellos el rey y utilizando razonamientos adecuados convenció a los griegos para que votaran que el general con plenos poderes de Grecia fuera Alejandro y para que tomara parte con ellos en una campaña contra los persas en compensación de los delitos que cometieron contra los griegos; tras alcanzar este honor el rey regresó con su ejército a Macedonia.”

quedaron en Europa bajo el mando de Antípatro eran doce mil infantes y mil quinientos jinetes.» Diod. XVII.3 – 5.¹¹

Según Arriano:

«Al comenzar la primavera, se dirigió al Helesponto, dejando encargado a Antípatro de los asuntos de Macedonia y Grecia, mientras que el propio Alejandro se ponía al frente de treinta mil hombres, entre infantes, tropas ligeras y arqueros, así como algo más de cinco mil jinetes.» Arr. *Anab.* I.11.3.

Plutarco menciona lo siguiente:

«En cuanto a los efectivos del ejército, los autores que calculan por lo más bajo hablan de treinta mil hombres de infantería y cuatro mil jinetes, y los que por lo más alto, de cuarenta y tres mil y cinco mil, respectivamente.» Plut. Alex XV.1.

En cuanto a Justino, tenemos el siguiente informe:

«En su ejército había treinta y dos mil soldados de infantería y cuatro mil quinientos de caballería y ciento ochenta y dos naves. No se sabe si es más digno de admiración que con tan pequeño ejército sometiera todo el mundo o que se atreviera a atacarlo.» Iust. XI.6.1 – 4.

Irrupción en Asia

El primer enfrentamiento entre las fuerzas macedonias y las persas se dio en 334 a. C., en el río Gránico, el cual desagua en el mar de Mármara. El número de efectivos del ejército persa varía según la fuente. Arriano menciona veinte mil jinetes y un número algo menor de soldados de infantería (Arr. *Anab.* I.14.4). Por su parte, Diodoro reduce a la mitad el número de jinetes, pero eleva considerablemente la cifra de infantes, hasta cien mil.¹²

El resultado fue una clara victoria de los macedonios, en la cual, según las fuentes, fue decisivo el arrojamiento de Alejandro y su caballería. El mismo Alejandro resultó herido e incluso estuvo a punto de morir, de no haber sido por la providencial intervención de Clito, uno de sus lugartenientes.¹³

¹¹ Según el detalle dado por Diodoro, suman 5100 jinetes y no 4500.

¹² Diod. XVII.19.4 – 5, aunque este mismo autor, la infantería persa participó de forma limitada (XVII.21.6).

¹³ Diod. XVII.20.3 – 7 menciona a Espiróbates como el persa que estuvo a punto de matar a Alejandro; Arr. *Anab.* I.15.7 – 8 menciona a Espitrídates.

Después de esta batalla, Alejandro se dirigió a Sardes, ciudad lidia ubicada tierra adentro, y de ahí se dirigió a la zona costera del mar Egeo, capturando ciudades de dicha zona, siendo dignas de mención Pérgamo, Éfeso, Mileto y Halicarnaso.

Fue avanzando por Licia y Panfilia, para después dirigirse a Gordio y Ancira, en el centro de Anatolia, y Tarso en el sureste para, al fin, llegar al sitio de su segundo enfrentamiento con las fuerzas de Darío: la batalla de Isso. En ésta, el rey persa asistiría personalmente para dirigir su ejército.

Los macedonios eran poco menos de 40 000, según las referencias clásicas. En cuanto a los persas, las cifras varían notablemente según la fuente. Quinto Curcio (III.2) da cuenta de 312 000; Diodoro (XVII.31.2) y Justino (XI.9.1), de 500 000; y Arriano la eleva a 600 000 (*Anab.* II.8). Estimaciones actuales reducen la cifra considerablemente.¹⁴ El resultado fue una nueva victoria de Macedonia. Darío huyó del campo de batalla y en el saqueo del campamento persa, Alejandro capturó a la madre y a la esposa del rey persa, además de un hijo y dos hijas de éste (*Arr. Anab.* II.11.9; *Curt.* III.11.24; *Diod.* XVII.36.1 – 4). Al término de la batalla, Parmenión fue enviado a Damasco a capturar el tesoro de Darío (*Arr. Anab.* II.11.9).

Rumbo a Fenicia

Después de Isso, Alejandro se dirigió a la costa fenicia. Esta región era de importancia estratégica para la campaña militar de los macedonios, debido a que sus puertos estaban en la ruta de entrada al Oriente y a Egipto.

Las fuentes clásicas no profundizan en la decisión de Alejandro de tomar esta ruta e ir a Egipto antes que penetrar en Asia y continuar la persecución de Darío, aunque sí mencionan algunos episodios relativos a este punto.

Plutarco explica sucintamente:

¹⁴ Por ejemplo, Peter Green (*op. cit.*, p. 226) estima que ambos ejércitos eran del mismo tamaño. Ruth Sheppard (2008) da cuenta de 140 000 persas. Números como los que se presentan en las fuentes clásicas implican grandes esfuerzos logísticos, aun en nuestros días. Quizás lo único que se puede concluir de los datos que nos dan los clásicos es que el ejército persa era considerablemente mayor que el macedonio. Los números exagerados muestran un afán de los autores por exaltar la figura de Alejandro.

«No obstante, Alejandro consideró necesario hacerse dueño primero de las regiones marítimas. Así pues, enseguida los reyes de la zona vinieron a entregarle Chipre y Fenicia, a excepción de la ciudad de Tiro.» (Plut. *Alex.* 24.4)

Arriano solo relata un pasaje de la entrada a Fenicia por parte de Alejandro:

«Al toparse Estratón con Alejandro, coronó a éste con una corona de oro y le ofreció el islote que ocupa Arados, Marato, ciudad grande y próspera, que es la parte que en el continente está frente a Arados, así como Sigón y Marianme, a más de otras ciudades también sometidas a su control.» (Arr. *Anab.* II.13.7)

Quinto Curcio (4.2) es más escueto aún en relación con la entrada a Fenicia:

«Ya toda la Siria, y también toda la Fenicia, a excepción de Tiro, estaba en poder de los macedonios...» (Curt. 4.2.1)

Por su parte, Justino menciona lo siguiente:

«Entonces se dirige a Siria, donde salieron a su encuentro muchos reyes de Oriente con las insignias de su realeza. De entre ellos, según los méritos de cada cual, a unos los acogió como aliados, a otros les quitó el reino, poniendo nuevos reyes en su lugar.» (Iust XI.10.6 – 8)

Diodoro no es menos escueto en su narración:

«Luego marchó en dirección a Egipto y cuando llegó a Fenicia se apoderó de otras ciudades, al acogerlo gustosamente sus habitantes.» (Diod. XVII.40.2)

Ante esta escasez de información, cabe analizar el contexto en que se da esta marcha por la costa fenicia. Surgen algunas posibilidades que, en mi opinión, deben considerarse para tratar de reconstruir el proceso de toma de decisiones de Alejandro acerca de su marcha hacia la costa fenicia.

La primera aproximación sería que Fenicia estaba en el camino hacia Egipto. Por lo tanto, surge la interrogante de por qué Alejandro decidió ir a Egipto y no continuar en persecución de Darío, hacia el corazón del Imperio Persa. Posiblemente al enterarse de la aventura del general Amintas en Egipto, estimó necesario tomar el control de Egipto antes

de penetrar en Asia.¹⁵ Ello implicaba pasar por Fenicia, «el arsenal inagotable del Imperio Persa». Al asegurar los puertos fenicios, Alejandro forzaría la retirada de la flota persa de aguas egeas. Ello, a su vez, tendría el efecto adicional de desarticular el complot en marcha por parte de los espartanos.¹⁶ Así, habiendo neutralizado toda la oposición, Alejandro podría tomar posesión de Egipto y construir una base sólida desde la cual lanzar su campaña hacia el corazón del Imperio Persa Otro elemento de gran importancia estratégica era el control de las rutas de suministro de granos hacia Grecia. Ya tenía el control del Helesponto, y con él las rutas hacia el Mar Negro; controlando Egipto, tendría a Grecia en un puño. Además, fueron de particular importancia elementos culturales, tales como la idea de Alejandro de fusionar el mundo griego y el mundo oriental en un gran imperio helenizado. (Bloedow, 2004, págs. 78-79).

Otra consideración de importancia es la propia Fenicia. Como vimos en la sección correspondiente, las ciudades fenicias eran potencias marítimas y debían ser controladas para anular la amenaza de la flota persa, y cualquier otro peligro que pudiese presentarse en el escenario marítimo. Tanto persas como espartanos realizaban una intensa actividad en el Egeo para hostigar a los macedonios. Memnón, mercenario griego al servicio de Darío, se apoderó primero de la isla de Quíos y de ahí se dirigió a Lesbos, la cual capturó. En medio de esta campaña, Memnón murió de enfermedad. El mando de la flota fue asumido por los persas Autofrádates y Farnábazo. Una vez capturada Mitilene, parte de la flota fue enviada a las Cícladas y el grueso de esta fue a Ténedos, muy importante por su posición a la entrada del Helesponto, que ocuparon sin mayores contratiempos (Arr. *Anab.* II.2.2 – 3).

Por su parte, los espartanos también maniobraban con la finalidad de socavar el dominio macedonio en Grecia. Según Arriano y Diodoro, el rey Agis III de Esparta recibió de Autofrádates y Farnábazo apoyo en metálico y naves, con lo cual se apoderó de Creta y la puso a favor de los persas. (Arr. *Anab.* II.13.4 – 6; Diod. XVII.48.1 – 2). Quinto Curcio

¹⁵ Amintas fue un oficial a las órdenes de Filipo, a cuya muerte huyó de Macedonia y se puso al servicio de Darío. Después de la derrota en Isso, huyó a Egipto, donde después de cometer saqueos en Menfis, fue asesinado por los habitantes locales. Arr. *Anab.* II.13.2 – 3; Curt. IV.1.27 – 33; Diod. XVII.48.2 – 6. Sobre la posibilidad de que estos hechos hayan influido en la decisión de Alejandro de ir a Egipto antes que ir en persecución de Darío, *vid.* Bloedow, 2004.

¹⁶ Se trata de la sublevación llevada a cabo por Agis III, rey de Esparta. Curt. IV.1, 39 – 40; Arr. *Anab.* II.13.4 – 6; Diod. XVII.48.1 – 2.

(IV.1.39 – 40) no menciona el encuentro de Agis con los persas, pero sí sus maquinaciones antimacedonias.

Ante la activa oposición de los persas y los espartanos en el Egeo, Alejandro probablemente estimó esencial bloquearles el acceso a los puertos de la costa fenicia. Al respecto, Plutarco menciona:

«No obstante, Alejandro consideró necesario hacerse dueño primero de las regiones marítimas. Así pues, enseguida los reyes de la zona vinieron a entregarle Chipre y Fenicia, a excepción de la ciudad de Tiro.» (Plut. *Alex.* XXIV.4).

Otra posibilidad, muy razonable desde mi punto de vista, era que al tomar control de estas ciudades y también de Egipto, reforzaría su posición al contar con nuevas cadenas de suministro de alimentos y otros insumos; ello le daría aún más independencia con respecto a su cadena inicial, que pasaba por Anatolia.

Alejandro probablemente ya visualizaba no solo ajustar cuentas con el Imperio Persa, sino conquistarlo para sí. Había medido fuerzas con Darío y tenía muy claro que podía derrotarlo. Robin Lane Fox expresa la situación de Alejandro en Fenicia en los siguientes términos:

«... y la venganza griega (contra las ofensas cometidas por los persas) ya palidecía ante la perspectiva de reinar sobre Asia. Pero el pretendiente a este reino podría quedar confinado a la costa occidental del continente; ello dependía de su estrategia hacia los puertos marítimos, y él lo sabía.»¹⁷

Hasta ese momento, todo se presentaba favorable a los planes de Alejandro. Las ciudades de Arados, Sidón y Biblos no presentaron oposición al ejército macedonio. Todas ellas recibieron a Alejandro y se sometieron a su dominio y autoridad. El hijo del rey de Arados (éste se hallaba ausente) le entregó una corona de oro como muestra de sumisión. En Sidón, la enemistad con Persia facilitó las cosas. Alejandro depuso al rey títere de Darío y en su lugar impuso a Abdalónimo, un miembro de la casa real que trabajaba como jardinero.¹⁸ Un pasaje de Arriano señala que «Alejandro prosiguió su avance desde Marato, y se apoderó

¹⁷ “...and Greek revenge was already beginning to fade against the wider perspective of Asia’s kingship. But the aspiring king of Asia might yet be confined to the western coast of the continent; that depended on his strategy in the sea-ports, and he knew it.” (Fox, 2015, pág. 319).

¹⁸ Curt. IV.1.19 – 24; Diod. XVII.47 ubica esta anécdota en Tiro (Heckel, 2006, pág. 1); (Fox, 2015, pág. 320).

de la ciudad de Biblos, que le fue entregada mediante un acuerdo; también los sidonios le llamaron para que se hiciera cargo de la ciudad, por enemistad contra Darío y los persas» (Arr. *Anab.* II.15.6).

Así pues, Alejandro avanzaba por Fenicia en marcha triunfal, cosechando los frutos de su éxito en Issos. Seguramente, en esos momentos creyó que nadie se le opondría en su camino. Por ello, la recepción de los tirios debió tener algo de inesperado para él.

Antecedentes poliorcéticos de Tiro: los asedios de Tebas, Mileto y Halicarnaso

Describiré brevemente estas acciones como antecedentes inmediatos del sitio de Tiro. En particular, las tácticas empleadas por Alejandro en ambos casos. Como es lógico suponer, aparecen algunas similitudes entre estos dos hechos y el de asedio de la ciudad fenicia. En el caso de Mileto, el uso de las máquinas de asedio y la intervención, aunque limitada, de la flota macedonia, se pueden identificar con acciones realizadas en Tiro. En cuanto al asedio de Halicarnaso, se puede considerar que fue una auténtica prueba de fuego, en la cual los macedonios debieron emplearse a fondo y aplicar todas sus capacidades poliorcéticas a fin de lograr la captura de la plaza, aunque ésta se dio de manera incompleta, como lo veremos más adelante.

Para tener una idea más clara de la ciencia de la poliorcética empleada por Alejandro, debemos remitirnos a sus antecedentes inmediatos como son su propio padre, el rey Filipo II de Macedonia y, antes que éste, el rey Dionisio I de Siracusa.

Tebas (335 a. C.)

Tras la muerte de Filipo II, surgieron brotes de insubordinación en gran parte de Grecia y otras regiones.¹⁹ Diodoro (XVII.2.5 – 3.5) nos lo explica de la siguiente manera:

«Cuando Alejandro supo que muchos griegos estaban expectantes de cara a la rebelión, cayó en una gran angustia. Pues los atenienses, al atraerse Demóstenes al pueblo contra los macedonios, escucharon la muerte de Filipo con alegría y no cedían

¹⁹ Una explicación resumida de la situación política en Grecia a la muerte de Filipo se encuentra en Arr. *Anab.*, notas 3 y 4, pp. 118 – 120 (notas de Antonio Guzmán Guerra).

el liderazgo de los griegos a los macedonios, y, tras enviar embajadas a Átalo en secreto, maquinaban una acción conjunta y empujaban a muchas ciudades a alcanzar la libertad.

Los etolios votaron hacer volver de Acarnania a los expatriados que habían elegido probar el exilio por culpa de Filipo. Y los ambraciotas haciendo caso a Aristarco expulsaron a la guarnición establecida por Filipo e hicieron que su ciudad se gobernara democráticamente. Del mismo modo, los tebanos votaron expulsar a la guarnición de la Cadmea y no conceder a Alejandro el liderazgo de los griegos. Los arcadios eran los únicos griegos que ni concedieron el liderazgo a Filipo ni se fiaron de Alejandro; y de los demás peloponesios, argivos, eleos, lacedemonios y algunos otros se lanzaron a la independencia. De los pueblos que habitaban más allá de Macedonia, no pocos deseaban la defección y mucha agitación se extendía a los bárbaros que vivían allí.» Diod. (XVII.2.5 – 3.5)

Alejandro, quien como dice Diodoro, estaba al tanto de toda la agitación, puso manos a la obra inmediatamente.

La tarea para Alejandro no era fácil: debía apaciguar prácticamente a toda Grecia manteniendo el liderazgo sobre ésta –formalizado con el título de hegemón, que había heredado de su padre–, y emprender la conquista del imperio persa. Dadas las actividades previas de ambas partes –El rey Filipo II había enviado una fuerza expedicionaria al mando de Parmenión y Átalo a Asia Menor, con la orden de liberar las ciudades griegas (Diod. XVI.91.2); por su parte, el rey persa Darío sobornaba al ateniense Demóstenes (Diod. XVI.91.2; Iust. XI.2.7),²⁰ para que intrigaran en contra de Macedonia–. Tras la muerte de Filipo, Alejandro convocó a la liga de Corinto para, en su calidad de heredero de Filipo, ser ratificado como hegemón de Grecia (Diod. XVII.4.9; Arr. *Anab.* I.1.1 – 3). Logrado esto, se desplazó al norte para aplacar rebeliones en Tracia y en Iliria.²¹ Una vez cumplido este objetivo, recibió noticias de sublevaciones en Grecia, principalmente de la ciudad de Tebas. Diodoro escribe:

«Alejandro dirigió su ejército sobre Tracia y, tras aterrorizar a muchos pueblos tracios que andaban revueltos, los obligó a someterse; y también marchó contra Peonia e Iliria y los territorios limítrofes con ellas, y muchos de los bárbaros que los poblaban se habían sublevado, pero los sometió e hizo súbditos a todos los bárbaros vecinos. Estaba en esto cuando se le presentaron unos anunciándole que muchos griegos se estaban sublevando y que muchas ciudades de Grecia estaban dispuestas a la defección, sobre todo los tebanos... y además (los tebanos) creyeron conveniente

²⁰ Al año siguiente, Alejandro se enteró de los sobornos «cuando encontró en Sardes unas cartas de Demóstenes y documentos de los generales del rey que indicaban la cantidad de dinero que se le había entregado» (Plut. *Dem.*, XX.5).

²¹ Ver detalles en la sección precedente “El inicio de la campaña contra Persia”.

enviar embajadores en solicitud de ayuda a arcadios, argivos e incluso eleos. De igual manera mandaban a los atenienses emisarios para una alianza y cuando recibieron gratuitamente una cantidad de armas de parte de Demóstenes proveían de ellas a los que no las tenían. De los que fueron llamados en ayuda, los peloponesios enviaron soldados hasta el Istmo y aguardaban pasando el tiempo, ya que era inminente la llegada del rey. Los atenienses votaron ayudar a los tebanos, convencidos por Demóstenes, pero no enviaron a su ejército, esperando el desenlace de la guerra.» (Diod. XVII.8.1 – 6).

Arriano también se refiere a las acciones de los tebanos en esos momentos:

«Mientras tanto, algunos de los exiliados tebanos regresaron durante la noche a la ciudad (invitados a hacerlo por algunos ciudadanos que planeaban un futuro levantamiento) y prendiendo a Amintas y Timolao, que eran los responsables de la ciudad de Cadmo y que no tenían la menor sospecha de ningún movimiento hostil fuera de su ciudad, les dieron muerte. Se presentaron luego ante la Asamblea soliviantando a los tebanos para que hicieran defección de Alejandro, invocando la libertad y el poder hablar sin censura... y se sacudieran ya de una vez por todas el peso de la dominación macedonia. Para hacerse más dignos de crédito ante la muchedumbre, afirmaban con toda decisión que Alejandro había muerto entre los ilirios.» (Arr. *Anab.* I.7.1 – 2).

Al enterarse de la revuelta de los tebanos, Alejandro se desplazó presurosamente a esa ciudad, en una de sus hazañas más recordadas: recorrió, con su ejército de treinta mil soldados (Diod. XVII.9.2 – 3), cerca de cuatrocientos kilómetros en tan solo trece días, otra muestra de su genio como estratega:

«Por ello, Alejandro, conduciendo sus tropas por Eordea y Elimiótide y por las alturas de Estinfea y Paravea, llegó a Pelina, ciudad de Tesalia, en siete días. Desde aquí, alcanzó Beocia en cinco días, de modo que los tebanos no se apercibieron de que Alejandro había cruzado las Termópilas hasta que se encontró en Onquesto con todo su ejército.» (Arr. *Anab.* I.7.5 – 6).

Ello contribuyó a que las ciudades que habían prometido apoyo a Tebas se mantuvieran a la expectativa, en espera de los acontecimientos (Diod. XVII.8.6).

Antes que combatir, Alejandro insistió en negociar con los Tebanos, quizá para dar descanso a sus soldados y para construir máquinas de asedio (English, 2009, pág. 70).

Una vez que los tebanos rechazaron las ofertas de Alejandro y se declararon dispuestos a combatir, el macedonio montó su campamento al sur de la ciudad, en las proximidades de la puerta Cadmea. En este lugar quedaba más cerca la ciudadela del mismo nombre, donde se hallaba una guarnición de soldados

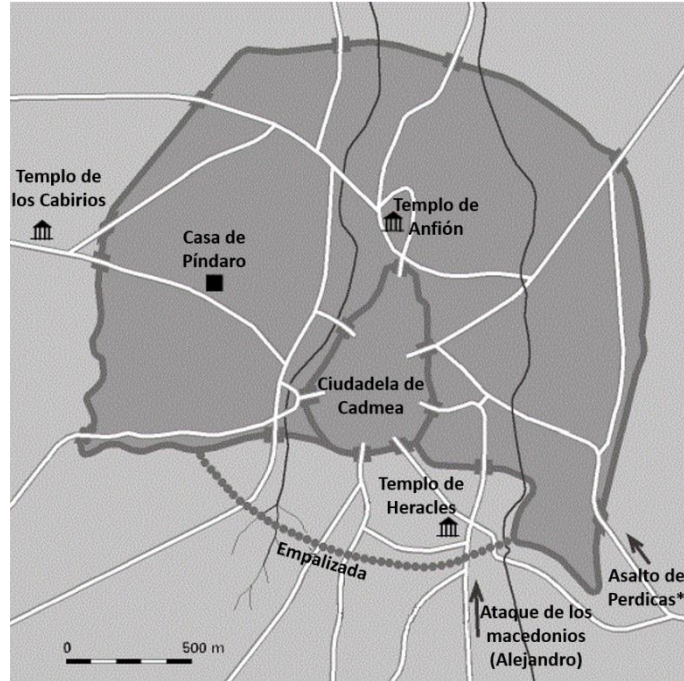


Fig. 3. El sitio de Tebas

macedonios, que habían sido sitiados por los tebanos (Arr. *Anab.* I.7.7 – 9). Éstos, además, habían colocado una empalizada doble fuera de la puerta Cadmea, «de manera que nadie de fuera pudiera auxiliar a los allí cercados, ni éstos pudieran salir a molestarles a ellos cuando entablaran combate con los de fuera» (Arr. *Anab.* I.7.10).

De acuerdo con Arriano (citando a Tolomeo), fue Perdicás, uno de los generales de Alejandro, quien con sus hombres inició el asalto a la primera empalizada sin que Alejandro hubiese dado la orden de atacar (Arr. *Anab.* I.8.1). Tras romper la empalizada se lanzó contra los tebanos que se hallaban ahí. Amintas, otro de los comandantes, conduciendo su propio batallón, avanzó tras el primero. Alejandro, al ver la acción de sus comandantes, puso en movimiento el resto del ejército y ordenó al cuerpo de arqueros y a los agrianes (tribu aliada de los macedonios) atacar la empalizada. En el asalto a la segunda empalizada, Perdicás resultó herido y se retiró de la batalla (Arr. *Anab.* I.8.1 – 3).

Los tebanos quedaron atrapados en una hondonada próxima al templo de Heracles (ver Fig. 3); sin embargo, tuvieron una vigorosa reacción y rechazaron a los macedonios, matando incluso a Euribotas, jefe de los arqueros, y a setenta de éstos (Arr. *Anab.* I.8.3 – 4); ante esta embestida, Alejandro decidió enviar su falange, que mantenía como reserva. Con

este contraataque logró rechazar a los tebanos quienes huyeron hacia el interior de las murallas de la ciudad, pero sin tiempo para cerrar las puertas, de tal manera que las fuerzas macedonias lograron entrar a la ciudad. La batalla se trasladó al interior de la ciudad y los macedonios y sus aliados beocios realizaron una feroz matanza (Arr. *Anab.* I.8.5 – 8).

En cuanto al destino de la ciudad, los aliados de Macedonia que habían participado en la toma de la ciudad propusieron que la ciudad fuese arrasada hasta sus cimientos, con excepción de los lugares sagrados. Alejandro estuvo de acuerdo, pero salvó la casa del poeta Píndaro (Arr. *Anab.* I.9.9).

La narración de Diodoro es un tanto diferente de la de Arriano. Según el siciliano, Alejandro dividió su ejército en tres partes. La primera se lanzó contra las empalizadas; la segunda se colocó frente a los tebanos, y la tercera quedó como fuerza de reserva, a ser empleadas según lo dictara el curso de la batalla (Diod. XVII.11.1).

Los tebanos, por su parte, dispusieron también tres grupos de combatientes: la caballería quedó dentro de la empalizada; los libertos, refugiados y metecos quedaron como una línea de defensa frente a los que atacaban los muros; y finalmente, los propios tebanos quedaron delante de la ciudad, listos para el combate contra las fuerzas comandadas por el propio Alejandro (Diod. XVII.11.2).

Al toque de las trompetas, se inició la batalla. Al acercarse los macedonios se produjo un intercambio de proyectiles. Al agotarse éstos, se trabó el combate cuerpo a cuerpo. Los macedonios eran superiores en número y constituían un cuerpo disciplinado y experimentado en el combate; los tebanos eran más fuertes debido a su preparación en el gimnasio, y les motivaba la memoria de hazañas pasadas y la determinación de evitar la caída de su ciudad (Diod. XVII.11.3 – 5).

La batalla se mantuvo en situación de equilibrio durante «mucho tiempo» (Diod. XVII.11.5); entonces entró en acción la fuerza de reserva, en relevo de las tropas macedonias que habían iniciado el combate. Los tebanos, sin embargo, no cedían y el combate se recrudeció.

En eso, Alejandro notó que una poterna había quedado desguarnecida y envió una fuerza al mando de Perdicas a tomarla y penetrar furtivamente en la ciudad, lo cual así sucedió. Al enterarse de la penetración llevada a cabo por Perdicas, los combatientes tebanos

retrocedieron al interior de la ciudad, en completo desorden. Al mismo tiempo, la guarnición macedonia de la ciudadela de Cadmea salió de la misma para entrar en acción. En ese momento la balanza se inclinó definitivamente en favor de los macedonios. Se produjo una matanza terrible. Mujeres, niños y demás sobrevivientes fueron esclavizados. Según Diodoro, los muertos ascendieron a seis mil y los prisioneros a treinta mil. Luego de consultar con «los delegados de los griegos, encomendó al consejo federal qué debía hacerse con la ciudad de los tebanos» (Diod. XVII.14.1). Este consejo resolvió «que la ciudad fuera arrasada, que los prisioneros fueran vendidos, que los exiliados tebanos fueran proscritos de toda Grecia y que ningún griego acogiese a un tebano» (Diod. XVII.14.3 – 4). La venta de los prisioneros le redituó a Alejandro la suma de 440 talentos de plata (Diod. XVII.14.4).

Este asedio se decidió más en los combates que tuvieron lugar en el exterior de la ciudad. En cuanto al uso de máquinas de asedio, aunque Diodoro menciona que Alejandro las colocó, no se menciona su uso en el desarrollo de la batalla. Además, parece poco probable que el ejército macedonio marchara desde Iliria en trece días, transportando tales ingenios. Igualmente suena improbable que en pocos días se construyeran en cantidad suficiente, como no fueran las más simples, como arietes y manteletes.

El factor estratégico decisivo parece ser la rapidez que el ejército macedonio fue capaz de desplegar para llegar a Tebas antes que los refuerzos que esperaban los tebanos.

El castigo infligido a Tebas sirvió de ejemplo a la Hélade. A partir de ese momento, prácticamente cesó todo activismo antimacedonio, y Alejandro pudo dedicarse a preparar la expedición asiática.

Mileto (334 a. C.)

Como ya se expuso, el primer enfrentamiento entre macedonios y persas fue la batalla del Gránico, con triunfo de los primeros. Después de la batalla, el ejército persa se refugió en la ciudad portuaria de Mileto (Diod. XVII.21.7). Los macedonios, por su parte, en su avance hacia el sur tomaron las ciudades de Sardes y Éfeso sin necesidad de combatir (Arr. *Anab.* I.17). Prosiguieron hacia Mileto, apoderándose de la parte exterior de ésta. Los milesios propusieron a Alejandro que se considerara a Mileto como ciudad abierta tanto para persas como para macedonios, lo que Alejandro rechazó (Arr. *Anab.* I.19.1). Era claro que no podía

dejar un puerto tan importante abierto al enemigo (English, 2009). En el mar, la flota macedonia, adelantándose a la de los persas, fondeó en la isla de Lade, frente a Mileto. Ello obligó a la flota persa a quedarse en una posición más alejada y desventajosa, el promontorio de Mícale (Arr. *Anab.* I.18.4 – 5).²² Esta acción resultó decisiva pues permitió a los macedonios obstruir la entrada al puerto de Mileto e impedir así el acceso de los persas a la ciudad (Arr. *Anab.* I.19.2 – 11). De cualquier manera, Alejandro estimó inconveniente el combate naval ante la superioridad manifiesta de los persas y puso sitio a la ciudad amurallada (Arr. *Anab.* I.18.5).²³ Además de las maniobras navales, resultaron decisivas las máquinas de asedio:

«Dispuso al punto Alejandro sus máquinas contra el muro, haciendo que unas dispararan desde lejos, y otras lo demolieran desde una distancia inferior, a fin de conseguir que sus hombres pudieran aproximarse e iniciar el asalto por donde el muro se desplomara y abriera en brechas.» (Arr. *Anab.* I.19.2)

«...pero cuando el rey con más ímpetu sacudía los muros con máquinas de guerra y hacía más duro el sitio por tierra y por mar a la vez, y los macedonios irrumpían con violencia en la ciudad a través de los muros que se caían...” (Diod. XVII.22.2 – 3)

²² Peter Green (*op. cit.*, p. 188) deduce que la flota de Alejandro estaba en Éfeso.

²³ La flota persa estaba compuesta por aproximadamente cuatrocientas naves contra ciento sesenta de la flota macedonia.

Aunque no se mencionan explícitamente en los textos, es muy probable que fuese en Mileto donde el ejército macedonio haya usado por primera vez las catapultas, dispositivo inventado en Siracusa en 399 a. C. (Diod. XIV.42.1). De ser este el caso, habría sido la primera vez en la historia que se usaron contra una fortificación (English, 2009, pág. 78). Las piezas de artillería se usaron para alejar a los defensores de las murallas y así proceder al derribo de éstas con los arietes y a tender escaleras. Las murallas se rompieron en varios puntos, y rápidamente la ciudad cayó.

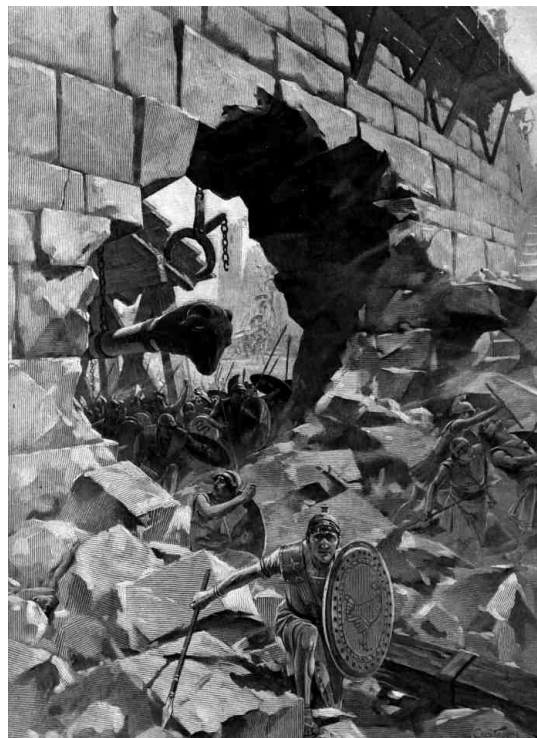


Fig. 4. El sitio de Mileto: el poderoso ariete de Alejandro superó al harpagón de los defensores milesios.

La intervención de la flota macedonia, aunque inferior en número, fue decisiva para el éxito del asedio. Su principal función consistió en obstruir la entrada al puerto y así impedir la participación de la flota persa. Arriano nos lo describe de la siguiente forma:

«Los persas estaban fondeados muy cerca, y podían ver fácilmente desde Mícale a sus amigos y aliados casi bloqueados por completo. Por su parte, los hombres de Nicanor, percatados del comienzo del ataque por parte de las tropas de Alejandro, pusieron proa hacia el puerto de Mileto, remando a lo largo de la costa por la desembocadura del puerto que era la parte más angosta; hicieron avanzar así sus trirremes proa al enemigo en cerrada formación con objeto de impedir el acceso al puerto de la flota persa y la llegada de cualquier tipo de auxilios persas a los milesios.» (Arr. *Anab.* I.19.3).

Stephen English especula, sin ninguna referencia, con la posibilidad de que se hubiesen montado piezas de artillería en algunas de las naves, tal como ocurrió en Tiro (English, 2009, pág. 78).

Los macedonios forzaron la huida de la flota persa hostigándola desde tierra, sin necesidad de un enfrentamiento naval (Arr. *Anab.* I.19.7 – 11).

El sitio de Mileto debió ser una valiosa lección de estrategia militar para Alejandro, a saber, que una flota podía ser extremadamente útil militarmente, incluso sin presentar batalla (English, 2009). Es de llamar la atención que Alejandro haya decidido disolver su flota después de este éxito.²⁴ Se debate mucho sobre este tema, pues los estudiosos no aceptan del todo las versiones de Arriano y de Diodoro. En palabras de Brian Bosworth, «En lugar de ampliarla hasta ponerla a la altura del enemigo, Alejandro tomó la que, tal vez, fuera la decisión estratégica más controvertida de su reinado y disolvió toda su flota, exceptuando un pequeño escuadrón que utilizó para transporte de carga.» (Bosworth, 2005, p. 53).

Halicarnaso (334 a. C.)

Tras la captura de Mileto, la mayor parte de los persas se replegaron hacia Halicarnaso. Fue entonces que el rey Darío confió a Memnón el mando del ejército y la flota persas, lo que éste aprovechó para reforzar las defensas de la ciudad (Diod. XVII.23.3 - 4; Arr. *Anab.* I.20.2). Enterado de ello, Alejandro encaminó su ejército a esa ciudad.²⁵ Acampó en la parte sureste de la ciudad, cerca de la puerta de Milasa, a cinco estadios de distancia (Arr. *Anab.* I.20.2), desde donde «organizó un asedio enérgico y terrible» (Diod. XVII.24.3).

Alejandro había hecho traer las máquinas de asedio por mar, una decisión ciertamente arriesgada, habida cuenta que ya no contaba con una flota y que la de los persas estaba precisamente en Halicarnaso (Diod. XVII.24.1, English, 2009, p. 86).

La ciudad de Halicarnaso estaba fuertemente defendida. Vitruvio señala que la ciudad tenía «ventajas naturales como fortaleza» y que «El sitio tenía una curvatura como la de los asientos de un teatro» (Vitruv. II.8.28,29). Sus impresionantes murallas, de más de dos

²⁴ Sobre esta decisión, se conocen al menos dos versiones: la de Arriano (*Anab.* I.20.1), según la cual Alejandro decidió disolver la flota por escasez de dinero y porque veía que su escuadra no estaba en condiciones de enfrentarse con éxito a la de los persas. Además, consideró que, al ir conquistando las ciudades costeras, provocaría la disolución de la flota persa. En la otra versión, de Diodoro Sículo, explica que «Como la fuerza naval resultaba inútil y causaba muchos gastos, licenció la armada, excepto unas pocas naves de las que se servía para el transporte de las máquinas de asedio, y entre ellas había veinte naves aliadas de los atenienses.» (Diod. XVII.22.5); «Algunos dicen que Alejandro concibió con estrategia el licenciamiento de la flota, pues al estar Darío a punto de aparecer y ser inminente una gran batalla, pensó que los macedonios lucharían con más ardor al desaparecer la esperanza de la huida.» (Diod. XVII.23.1); «El rey Alejandro transportó por mar sus máquinas de asedio y víveres hacia Halicarnaso mientras él con todo el ejército avanzaba...» (XVII.24.1).

²⁵ Arr. *Anab.* I.20.2. En su camino hacia Halicarnaso, a Alejandro se le presentó una mujer de nombre Ada, quien pertenecía a la dinastía de Caria. Alejandro le dio el mando de esta región. Diod. XVII.24.2, Arr. *Anab.* I.23.7 – 8. Según Lane Fox (2004, p. 244), Ada le confirmó la presencia de Memnón y un gran contingente de los persas en Halicarnaso.

metros de ancho, estaban rodeadas por un foso de cinco metros de profundidad y el doble de anchura. La guarnición estaba compuesta por mercenarios griegos y tropas persas, y además se vio reforzada por los efectivos de la flota (Hammond, 2012, p.77).²⁶ Las murallas estaban construidas según la técnica del *emplékton*, consistente en dos murallas de piedra o tabique, dispuestas en forma paralela, con el espacio entre ambas relleno de piedra o de mortero (Vitr.II.8.7).

El primer día del asedio, los defensores salieron de las murallas para hostilizar a los macedonios. En la escaramuza, los macedonios obligaron a los persas a resguardarse tras las murallas. Días después, Alejandro y parte de su ejército hicieron un recorrido de inspección por el lado opuesto de la ciudad. Intentó capturar la cercana ciudad de Mindo, sin éxito (Arr. *Anab.* I.20.5 – 7).

Según Arriano, lo primero que hicieron los macedonios fue rellenar el foso que rodeaba la ciudad, a fin de poder acercar las torres de asedio lo suficiente (Arr. *Anab.* I.20.8; Diod. XVII.25.3). Según English (2009, p. 86), los macedonios hicieron varios intentos por capturar la ciudad antes de contar con las máquinas de asedio. Ello hizo que Alejandro tomara la decisión de hacerlas traer por mar, para ahorrar tiempo.

Los defensores hicieron una salida por la noche con el objetivo de prender fuego a las torres de asedio, pero fueron rechazados por los sitiadores. En esta acción, murieron 170 defensores y 16 macedonios. (Arr. *Anab.* I.20.9 – 10). De cualquier manera, los macedonios lograron derribar dos torres de los defensores y dos lienzos de la muralla (Diod. XVII.25.2, 5).

Días después, un incidente iniciado por dos hoplitas macedonios ebrios desencadenó un fuerte combate durante el cual los macedonios estuvieron a punto de penetrar en la ciudad, pues lograron derribar dos torres más dos lienzos de la muralla. Sin embargo, ésta fue rápidamente reconstruida en forma de medialuna.²⁷ (Ver Figs. 5 y 6).

²⁶ Hammond menciona, sin referencias, que las murallas de Halicarnaso tenían una altura de casi 45 metros, cosa que no mencionan ni Diodoro ni Arriano; probablemente se trata de una confusión con las murallas de Tiro, cuya altura (150 pies, o 46 metros) sí es mencionada por Arriano (II.21.4).

²⁷ Arr. *Anab.* I.21.1 – 4. Arriano menciona que la muralla fue reconstruida con ladrillos curvos, lo cual se ha interpretado como una reconstrucción en forma de medialuna. Cff. Antela, 2012, p. 101. Según Stephen English (2009, p. 90), es probable que, en esa zona, las murallas se encontraran en mal estado, pues dado lo inesperado de la acción, es poco probable que los macedonios hubiesen empleado máquinas de asedio. Este mal estado de la muralla también explica el que Alejandro hubiera concentrado sus esfuerzos en esa zona.

Al día siguiente, de nuevo los macedonios acercaron las máquinas a la muralla, a lo que respondieron los defensores con una salida a fin de incendiarlas. Lograron quemar una torre, más algunos manteletes, antes de ser rechazados.

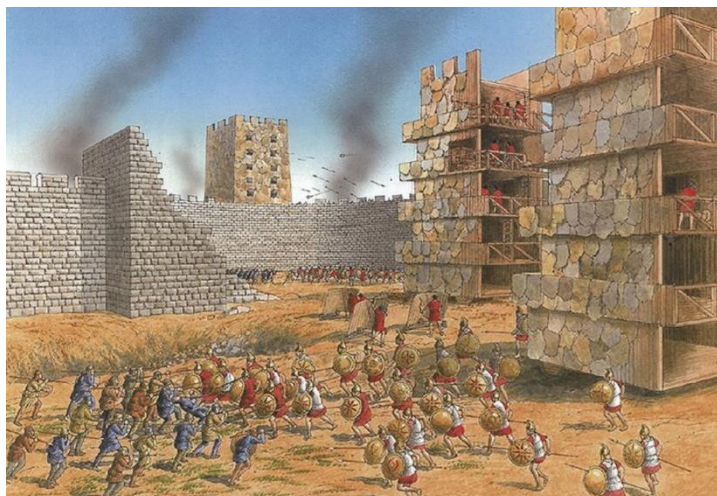


Fig. 5. Asedio de Halicarnaso. Se puede apreciar la reconstrucción de una sección de la muralla en forma curva y detrás de ésta, la torre defensiva.

Pocos días después, Los macedonios al mando del rey Alejandro lanzaron un ataque a la

parte interior (reconstruida) del muro. Los defensores respondieron con un doble ataque, por la parte derribada y por las llamadas Tres Puertas, este último con dos mil mercenarios a cargo del ateniense Efiartes (Diod. XVII.26.2). Este contraataque en un primer momento tuvo éxito para los defensores e incluso llegó a poner en serias dificultades al propio Alejandro (Diod. XVII.26.5 – 7). Fue necesario que entraran en escena los combatientes más veteranos

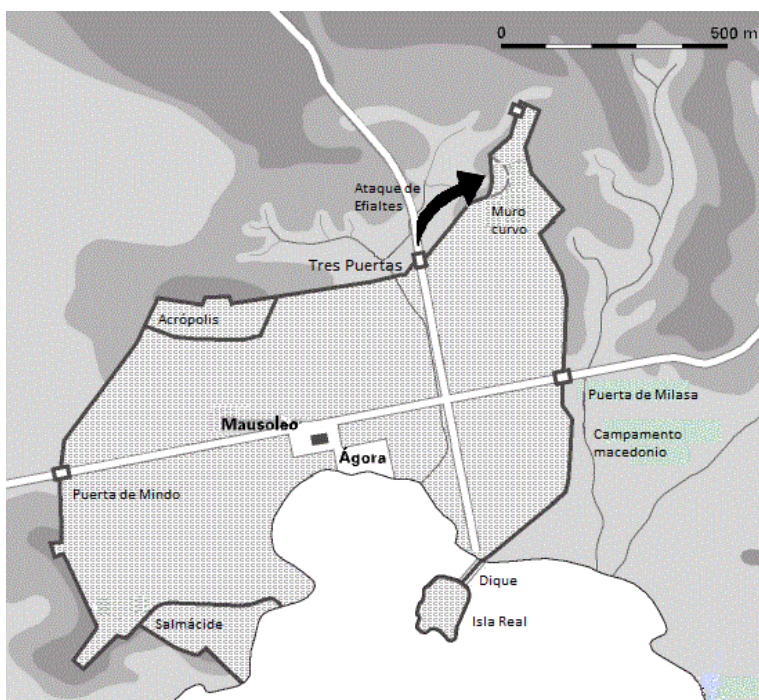


Fig. 6. Croquis de la ciudad de Halicarnaso, mostrando la ubicación de la acrópolis, así como del combate decisivo frente al muro reconstruido y el ataque comandado por Efiartes desde la puerta triple.

de los macedonios, a fin de rechazar a los mercenarios de Efiartes, quien resultó muerto en la batalla. (Diod. XVII.27.1 – 3). En la huida, los persas cayeron en su propia trampa, pues lo estrecho de la brecha abierta en el muro les obstaculizó el paso. Los que habían salido por las tres puertas, al intentar regresar al interior de la ciudad se acumularon en el puente que se hallaba sobre el foso. El puente no resistió el peso de tantos

hombres y cedió, cayendo éstos al fondo del foso. Además, las puertas fueron cerradas antes de que logaran entrar todos, quedando éstos a merced del enemigo. Según Arriano, la matanza realizada por los macedonios fue enorme. Alejandro dio entonces la orden de retirarse, ya que pretendía preservar la integridad de los habitantes y aún esperaba que la ciudad se rindiera (Arr. *Anab.* I.22).

Los jefes persas Orontóbates y Memnón, ante la situación tan desventajosa en que habían quedado después de este último enfrentamiento, decidieron abandonar la ciudad. Prendieron fuego a la torre de madera que habían construido, así como a sus almacenes de proyectiles y a las casas cercanas al muro. El fuego se propagó a gran parte de la ciudad. Soldados y habitantes se refugiaron en la ciudadela de la isla y en la de Salmácide (Arr. *Anab.* I.23.1 – 3), ambas posiciones fáciles de abastecer desde el mar (ver Fig. 5), mientras Memnón y sus generales se dirigieron a la isla de Cos, junto con la flota (Diod. XVII.27.4 – 5).

Al enterarse Alejandro de los incendios, enseguida ordenó a sus soldados entrar en la ciudad y matar a quienes aún estuvieran encendiendo fuegos. Según Diodoro, Alejandro mandó levantar un muro y cavar un foso alrededor de la ciudadela.²⁸ Dejó una guarnición de tres mil soldados y 200 jinetes y con ello dio por terminado el asedio. Continuó su avance por Asia Menor. Poco después, estando en la ciudad de Solos, recibió la noticia que la ciudadela había sido tomada (Arr. *Anab.* II.5.7).

En este episodio se puede apreciar de manera incipiente el valor estratégico de las máquinas de asedio, que en futuras acciones (Tiro y Gaza) demostrarían todo su potencial. También es de notar que los defensores también contaban con algunas de estas máquinas (Arr. *Anab.* I.23.2.; Diod. XVII.24.4).

Ante Tiro

Cuando Alejandro y su ejército se dirigían a la ciudad de Tiro, tuvieron los primeros contactos con los enviados de esta ciudad. Al principio todo fue muy cordial, le entregaron presentes al rey de Macedonia y se pusieron a sus órdenes. Pero todo se complicó cuando

²⁸ Encuentro poco probable que Alejandro haya ordenado la construcción de un muro alrededor de la ciudadela. Dicho muro, con toda probabilidad, ya existía; de otra manera, no habría sido un refugio adecuado para los defensores.

Alejandro expresó su deseo de entrar a la ciudad y ofrecer sacrificios a Melkart (el equivalente tirio de Heracles), algo a lo que los tirios se opusieron. Las negociaciones sobre este punto se prolongaron, y cuando Alejandro envió negociadores a la ciudad para urgirles a llegar a un acuerdo, éstos fueron asesinados y sus cuerpos lanzados al mar. Alejandro perdió la paciencia y decidió poner sitio a la ciudad, un sitio que se prolongaría por siete meses, para provecho de Darío, quien de esta manera dispuso de más tiempo para formar su ejército.

Sobre los detalles del encuentro con los tirios, las versiones de las distintas fuentes no difieren mucho, aunque algunas son más profusas que otras, y enfatizan distintos detalles. Según nos cuenta Arriano,

«Desde aquí continuó su avance hacia Tiro. En el camino le abordaron unos embajadores tirios, enviados por la comunidad para informarle de que los tirios habían decidido hacer lo que les recomendara el propio Alejandro. Elogió éste el buen sentido de esta ciudad y de sus embajadores (eran éstos de la nobleza tiria, y entre ellos estaba el propio hijo del rey de los tirios, cuyo padre, Acemilco, acompañaba a la flota de Autofrádates) y les ordenó que a su regreso anunciaran a los tirios que su propósito era acercarse a la ciudad para hacer un sacrificio a Heracles.» (Arr. *Anab.* II.15.6 – 7).

Y más adelante:

«Cuando les fueron comunicadas por los embajadores sus intenciones a la asamblea tiria, les pareció oportuno hacer en lo demás lo que Alejandro anunciaba, pero, en cambio, creían que no se debía dar acogida en la ciudad a ningún persa ni a ningún macedonio, en la idea de que ésta era la decisión de más fácil excusa a la vista de las circunstancias, y la más segura para ellos ante el resultado de una guerra que aún se presentaba del todo incierta.» (Arr. *Anab.* II.16.7)

La versión de Quinto Curcio no es muy diferente, pero enfatiza la importancia de la ciudad:

«Ya toda la Siria, y también toda la Fenicia, a excepción de Tiro, estaba en poder de los macedonios y el rey tenía su campamento en tierra firme, separada de la ciudad por un estrecho brazo de mar. Tiro, famosa por encima de todas las ciudades sirias y fenicias tanto por su extensión como por su gloria, daba la impresión de que estaba dispuesta a aceptar más fácilmente una alianza que un dominio. Los emisarios tirios le traían, pues, al rey, como obsequio, una corona de oro y, como si se tratara de agasajar a un huésped, habían llevado consigo desde la ciudad provisiones en abundancia. Alejandro dio orden de recibir los obsequios como procedentes de amigos y, después de dirigirse a los legados con palabras amistosas, les dijo que quería ofrecer un sacrificio a Hércules a quien los tirios rendían un culto especial: los reyes macedonios creían que su origen se remontaba hasta aquel

mismo dios y él mismo, Alejandro, había sido instado por un oráculo a hacer aquel sacrificio. Los legados respondieron que había un templo de Hércules fuera de la ciudad, en el lugar que los tirios denominan «Palaetiro»: que allí el rey podía hacer el sacrificio ritual.» (Curt. IV.2.1 – 4).

Es de señalarse un indicio que nos da Quinto Curcio, acerca de las intenciones de la ciudad, que «daba la impresión de que estaba dispuesta a aceptar más fácilmente una alianza que un dominio». Quizás este punto no concuerda con lo que las otras ciudades fenicias habían resuelto hacer, y que los tirios seguramente ya sabían.

Sin embargo, al alargarse y complicarse las negociaciones, Quinto Curcio añade que los negociadores enviados por Alejandro fueron asesinados y sus cuerpos arrojados al mar. Ello da qué pensar, pues se trataría de un hecho muy relevante como para que pasara desapercibido a los otros autores:

«Alejandro, dado que su escuadra la tenía lejos, y viendo que un asedio prolongado le acarrearía molestias para el resto de su empresa, envió parlamentarios para mover a los tirios a firmar la paz. Éstos, actuando contra todo derecho de gentes, después de asesinar a los parlamentarios, los arrojaron al mar. Alejandro, conmovido ante la muerte tan indigna de los suyos, decidió poner cerco a la ciudad.» (Curt. IV.2.15).

Justino es un poco más breve (como su mención de todo el episodio del sitio), pero mantiene los elementos esenciales de la historia:

«Cuando los habitantes de Tiro enviaron a Alejandro unos embajadores con una corona de oro de gran peso como muestra de su agradecimiento, después de aceptarla agradecido, dijo que quería ir a Tiro a cumplir una promesa a Hércules. Como los embajadores, tratando de evitar su entrada en la ciudad, le dijeran que haría esto mejor en Tiro la Vieja y en el antiguo templo, se irritó tanto que les amenazó con su destrucción.» (Iust. XI.10.10 – 12).

Diodoro, en cambio, es el más breve (aunque su narración del sitio no lo es) y no abunda en detalles sobre el tema:

«Pero los tirios, al querer el rey hacer un sacrificio en honor del Heracles tirio, le impidieron precipitadamente la entrada en la ciudad. Alejandro lo llevó a mal y cuando amenazó que haría la guerra a la ciudad, los tirios aguardaron el asedio con confianza; por un lado querían agradar a Darío y cumplir su firme buena disposición hacia él, y pensaban que recibirían a cambio por parte del rey grandes recompensas por este favor.» (Diod. XVII.40.2 – 3).

Los textos de Arriano y de Diodoro nos arrojan algo de luz sobre los motivos de los tirios para negar el acceso a Alejandro a la ciudad. Según Arriano, los tirios pretendían mantenerse neutrales, a la espera del resultado de la guerra con Persia. Sin embargo, de hecho, los tirios no eran del todo neutrales: habían existido durante siglos bajo la tutela de diversos imperios orientales (Egipto incluido), de los cuales Persia era el más reciente. Estos imperios habían ejercido un dominio a veces firme, a veces laxo, sobre la ciudad. Quizá entendían que, a la larga, prevalecería la presencia de Oriente sobre la europea. Por lo tanto, más valdría mantenerse leales a Darío, al menos por el momento.

Diodoro por su parte, explica es que los tirios, a diferencia de los demás fenicios, deseaban mantenerse leales a Darío, en la esperanza de que recibirían grandes recompensas por ello.

Versiones actuales, que parten del análisis general de la situación, agregan otros posibles motivos. Amitay (2008) señala los siguientes argumentos: los fenicios (a excepción de Tiro) habiendo analizado la situación, decidieron ponerse del lado de Alejandro. Este había derrotado a los persas en sucesivos enfrentamientos (Gránico, Halicarnaso, Isso). Darío huyó vergonzosamente después de Isso y se hallaba muy ocupado preparando la siguiente confrontación. Ciertamente, el rey tenía vastos recursos a su disposición, pero su liderazgo y talento militar provocaba serias dudas entre sus súbditos, ante la ofensiva relámpago de los macedonios. Por otra parte, la batalla de Isso había dejado a las ciudades de Chipre y Fenicia en una situación muy delicada. Sus flotas de guerra se hallaban en Halicarnaso con los generales persas Farnábazo y Autofrádates. Oficialmente eran aliados de Persia y, por lo tanto, enemigos de Alejandro. No obstante, las circunstancias estaban cambiando a favor de Macedonia, y ello imponía nuevas consideraciones. De esta manera, las ciudades fenicias decidieron someterse a Alejandro.

Los tirios, por su parte, en su propio análisis de la situación, deben haber notado un hecho de capital importancia: que Alejandro no tenía flota, ya que la había disuelto después de la captura de Mileto (Arr. *Anab.* I.20.1; Amitay, 2008 p. 91). Por otro lado, no perdían de vista el fabuloso tesoro de Damasco, que Alejandro había capturado (Arr. *Anab.* II.11, 9; Curt. III.12.27, 13.1 – 17), y que les representaba un sinnúmero de oportunidades de negocio.

Quizá este hecho explica su posición ambivalente, al ofrecerle a Alejandro presentes y suministros, por un lado, y negarle la entrada a la ciudad por el otro.

Otro factor de peso en el análisis de la situación era el poderío marítimo. Desde la perspectiva naval, los verdaderos amos de la flota persa eran los fenicios y entre ellos, los tirios; en caso necesario, no dudarían en hacer uso de ella para defenderse, pues era obvio que, por el carácter insular de la ciudad, en el intento de asalto ambos bandos tendrían que combatir en el mar.

En conclusión, y siguiendo el análisis de Amitay, al principio parecía que los tirios también se someterían sin mayor trámite. Sin embargo, ello no ocurrió. En línea con lo que dice Diodoro, los tirios, a diferencia de los demás fenicios, deseaban mantenerse leales a Darío, desafiando a los macedonios y enredándolos en una acción militar que se perfilaba como muy complicada y que tomaría mucho tiempo (seguramente evocaban el intento de Nabucodonosor de cuatro siglos años antes), y confiando en lo inexpugnable de su ciudad, emplazada en una isla y protegida por grandes murallas. Esto le daría más tiempo a Darío para preparar otro ejército con el cual enfrentarse a Alejandro. A cambio, esperaban la debida recompensa por parte de Darío, que no podía ser otra que recuperar la supremacía entre las ciudades fenicias. Su expectativa habría sido, pues, resistir el asedio del ejército macedonio lo suficiente como para dar tiempo a que los persas llegaran al rescate con un gran ejército, desgastar las fuerzas macedonias y al mismo retrasar los planes de Alejandro. Sonaba razonable.

Los motivos de Alejandro para capturar Tiro

Para el análisis de este punto es obligado partir del texto de Arriano, en el que Alejandro se dirige a su Estado Mayor en los siguientes términos (Arr. *Anab.* II.17.1 – 4):

«Amigos y aliados: no veo que tengamos nosotros el paso a Egipto seguro mientras los persas sean los dueños del mar. De otra parte, no garantizaremos nuestra seguridad si perseguimos a Darío dejando a nuestras espaldas a una ciudad de tan ambigua conducta como es ésta de Tiro, y con Egipto y Chipre en manos de los persas; no tendremos seguridad por lo que he dicho, pero, además y muy especialmente, porque tal como están nuestros asuntos en Grecia corremos el peligro de que los persas se impongan de nuevo a los pueblos costeros (mientras nosotros avanzamos con nuestro ejército contra Babilonia yendo en pos de Darío) y con una flota más numerosa cambien el escenario y desplacen el teatro de operaciones a Grecia. Allí los

lacedemonios son abiertamente enemigos nuestros, y por lo que a Atenas respecta, se mantiene ahora sumisa más por miedo que por benevolencia hacia nosotros. Pero si tomamos Tiro, es de presumir que caiga toda Fenicia; y especialmente toda su flota, que forma la mayor y más potente parte de la escuadra persa, se pasará a nosotros. Y sus remeros y marineros no querrán exponerse al riesgo de embarcarse, riesgo del que sólo podrán obtener provecho otros, dado que sus ciudades estarán ya bajo nuestro control. Y Chipre, a la vista de ello, o se pasará fácilmente a nuestro bando, o la tomaremos fácilmente cuando nuestra flota ataque. Y así, con las naves que trajimos de Macedonia y con las fenicias, a las que se añadirán las de Chipre, controlaremos el mar con total seguridad, e incluso la expedición a Egipto resultará igualmente cómoda para nosotros. Una vez anexionado Egipto, no quedará ningún territorio sospechoso para Grecia ni para nuestra patria, y haremos nuestra expedición contra Babilonia teniendo seguros los asuntos de nuestra patria y con un prestigio mayor, habiendo dejado todo el mar y el territorio de este lado del Éufrates fuera del dominio persa.»

Se ha discutido sobre la autenticidad de este discurso, llegándose a afirmar que se trata de una invención de Arriano. (Bloedow, *Alexander's Speech on the Eve of the Siege of Tyre*, 1994). No obstante, resulta esclarecedor cuando nuestro interés está centrado en las circunstancias que motivaron a Alejandro para capturar la ciudad de Tiro, así como la estrategia que trazó para lograrlo. En su análisis, Bloedow descompone el texto en los siguientes elementos:

- 1) Será peligroso ir a Egipto mientras los persas tengan control del mar.
- 2) Será peligroso proceder contra Darío dejando Tiro en una condición incierta.
- 3) Será peligroso proceder contra Darío con Egipto y Chipre aún bajo control persa.
- 4) Será particularmente peligroso moverse contra Darío, dada la situación en Grecia.
- 5) Mientras se persigue a Darío pueden suceder tres cosas:
 - a. Los persas pueden apoderarse de las bases costeras y luego llevar la guerra a Grecia.
 - b. Esparta ya está involucrada en hostilidades y, por lo tanto, solo se puede esperar que intensifique sus acciones.
 - c. La actitud de los atenienses es poco fiable, por lo que también se puede esperar que organice actividades hostiles.
- 6) En el lado positivo, con el control de Tiro, tendremos el control de toda Fenicia.
- 7) De esto se obtendrán dos resultados más:
 - a. La mejor parte de la flota persa, es decir, la fenicia, fácilmente se pondrá de nuestra parte.
 - b. Al quedar en posesión de las ciudades fenicias, ni remeros ni marinos de esas ciudades se pondrán al servicio de otros.
- 8) Chipre caerá rápidamente o podrá ser tomada fácilmente por un ataque naval.
- 9) Con contingentes navales de Macedonia y Fenicia, y Chipre de nuestro lado, es decir, con el control total del mar, será mucho más fácil trasladarse a Egipto.

- 10) El control de Egipto asegurará el control de Grecia y Macedonia, y así hará posible el avance contra Darío sin ningún contratiempo.
- 11) En resumen, quedará asegurado el control macedonio tanto en el mar como en tierra de este lado del Éufrates.

En esencia, estos argumentos se pueden resumir como sigue: sin Tiro será imposible tomar Chipre y Egipto, y, en particular, sin Egipto será imposible perseguir a Darío en Mesopotamia.

Para Bloedow, los argumentos del discurso corresponden más a una intención propagandística de Alejandro que a una valoración estratégica. Sin embargo, el discurso de Alejandro, a pesar de las dudas sobre su autenticidad, parece estar basado en una fuente contemporánea (Romane, 1987). En todo caso constituye un planteamiento muy razonable por lo siguiente:

- a) El fin último de Alejandro era conquistar el gran Imperio Persa. En este contexto, cada paso en esa dirección resultaba crucial y no era posible dejar al azar el desarrollo de los acontecimientos, ni pecar de optimismo.
- b) Aunque Bloedow minimiza la amenaza de la flota persa²⁹, ésta aún representaba un peligro real que podría materializarse en cualquier momento y en cualquier puerto del Mediterráneo oriental.
- c) Tiro era el puerto comercial y naval más poderoso entre Cilicia y Egipto (Green, 2013). Por ello, no habría sido de mucha sensatez pasarlo por alto. El grueso de la flota tiria, al mando de su rey Acemilco, estaba en el Egeo a las órdenes del general persa Autofrádates. Ello representaba una amenaza latente para los macedonios (Arr. *Anab.* II.15.7).
- d) Esparta sí que estaba activa: Sabemos, por las fuentes clásicas, de los contactos de Agis III con los comandantes de la flota persa y de sus incursiones en Creta, así como en el Peloponeso (Diod.XVII.48.1 – 2, 62.7, 63.1 – 4; Curt. IV.1.39 – 40; VI.1.1 – 16.).

²⁹ Según Bloedow, la flota persa estaba en proceso de desintegración. Efectivamente, los contingentes de Arados y Biblos abandonaron la flota después de la batalla de Issos (Arr. *An.* II.20.1). Sin embargo, Darío estaba muy consciente de la importancia de este recurso estratégico, como lo demuestran sus actividades en el mar Egeo.

- e) Debemos tener presente que la misión de Alejandro era la conquista del imperio.³⁰ Sin duda, se trata de una empresa de gran magnitud, algo que nadie se había propuesto antes del ascenso de Macedonia. Tal empresa no daba lugar a errores u omisiones de carácter estratégico, como dejar abierta una entrada a la flota persa, aunque ésta estuviese en descomposición. Tal descuido podía haber costado el fracaso de la campaña entera. Seguramente este tipo de consideraciones estuvo siempre presente en los pensamientos de un líder al mando de un ejército de más de 40 000 hombres, a dos mil kilómetros de su patria y con el objetivo de conquistar el imperio más grande de su tiempo.

En opinión de Patrick Romane (1987, pág. 80), es probable que Alejandro y sus generales ya hubiesen tomado la decisión de capturar Tiro, incluso antes de recibir la embajada tiria.

El plan estratégico

“...strategy forms the plan of the war, and to this end it links together the series of acts which are to lead to the final decision...”

Von Clausewitz³¹

Después de valorar el tema, debemos llegar a la conclusión que, ya fuera de forma explícita o no, Alejandro hizo un serio análisis de la situación y valoró la conveniencia de no pasar sin dejar Tiro bajo su control.

Así pues, el discurso de Alejandro detalla las circunstancias que le llevaron a justificar el asedio. Pero la empresa planteaba desafíos de consideración, al ser una isla con una excelente fortificación.

Es difícil, si no imposible, determinar cómo era el proceso de planeación llevado a cabo por Alejandro y su equipo. La literatura nos presenta solo algunos breves episodios acerca de las deliberaciones que sostenía con sus generales para establecer algún curso de

³⁰ Originalmente era castigar las insolencias cometidas por los persas en Grecia (Green, *op. cit.*, p. 94), misión que luego se transmutó.

³¹ Von Clausewitz, citado en Worthington, Ian (ed.), *Alexander the Great. A Reader*. London, Routledge, 2003, p. 181.

acción.³² Sin embargo, es razonable suponer que en esas reuniones se trazaban planes de batalla y en general, temas relativos a la campaña. Un plan hipotético para el asedio de Tiro debía tener una estructura lógica muy semejante a la que practican las organizaciones actuales.

Mediante una somera revisión de las concepciones modernas de estrategia militar podemos intentar adentrarnos en el pensamiento estratégico de Alejandro y sus generales. En la actualidad, la estrategia militar se define como la práctica de reducir la capacidad física de un adversario y su voluntad de luchar, y continuar haciéndolo hasta que lograr los propios objetivos. En pocas palabras, la tarea de un estratega consiste en contrarrestar las fortalezas y explotar las debilidades de un oponente a fin de aumentar las probabilidades de lograr el propio propósito. En la práctica, la estrategia se reduce a superar a los rivales, no solo militarmente, sino también diplomáticamente y, si es posible, económica y culturalmente, incluso antes del choque armado (Echevarria II, 2017).

El proceso de planeación estratégica empieza por evaluar las fuerzas y debilidades tanto del adversario como las propias, en relación con el objetivo planteado. A partir de ahí, se establecen cursos de acción y se ajustan según progresa el enfrentamiento. El proceso termina cuando una de las partes se declara incapaz de continuarlo.

Los componentes esenciales de un plan estratégico son cuatro: (a) los fines que se persiguen; (b) el curso de acción; (c) los recursos, y (d) el riesgo inherente al plan, entendido éste como la probabilidad de fracasar en su realización. Una buena estrategia es aquella en la cual los cuatro componentes están en equilibrio; dicho de otra forma, cuando los recursos son suficientes para alcanzar el objetivo por el curso de acción dado, con un riesgo mínimo (Echevarria II, 2017, p. 5).

La potencia militar es multidimensional. Típicamente se categoriza como potencia terrestre, marítima, etc. Así, la potencia terrestre es la capacidad de las fuerzas terrestres para controlar centros de poder y autoridad –generalmente ubicados en tierra–; la potencia marítima puede considerarse como la capacidad para controlar las vías marítimas comerciales y de comunicación, así como para proyectar fuerzas militares a zonas distantes. La potencia

³² Por ejemplo, el famoso pasaje en el que se discute la oferta de Darío, posterior a la batalla de Issos. Diod. XVII.54. 1 – 5; Arr., *Anab.* II.25.2.

relativa a la información se refiere a las comunicaciones estratégicas de una fuerza militar (Echevarria II, 2017, pp. 7 – 8).

Al momento de elaborar el plan estratégico de una acción militar, usualmente se observan los siguientes principios (Echevarria II, 2017, p. 8):

- a) Objetivo: definir la meta y asegurando que cada acción militar contribuya a lograrla;
- b) Maniobra: ganar ventaja posicional;
- c) Sorpresa: atacar al enemigo de una manera inesperada;
- d) Masa (acumulación de fuerzas): concentrar el poder militar para lograr la superioridad; y su inversa
- e) Economía de fuerza: asegurar que los esfuerzos secundarios reciban sólo la fuerza necesaria;
- f) Ofensiva: ganar la iniciativa o la ventaja temporal;
- g) Seguridad: asegurar que las fuerzas propias estén bien protegidas;
- h) Simplicidad: evitar esquemas y comunicaciones demasiado complicados; y
- i) Unidad de mando: colocar la dirección de la guerra bajo una única autoridad político-militar para evitar conflictos de intereses.

El análisis de Lonsdale concluye que Alejandro, como regla general, aplicó estos principios correctamente –Por ejemplo, ejecutó con astucia el principio de acumulación de fuerzas en puntos decisivos de sus batallas, lo que fue clave de sus éxitos tácticos contra los persas– (Lonsdale, 2007, pp. 198 ss.). Una de las excepciones a esta observancia fue precisamente el sitio de Tiro, al que dedicó muchos recursos –principio de economía de fuerza–.

El tema de la tecnología es particularmente relevante para este trabajo. Sabemos que Alejandro usó profusamente las máquinas de guerra, y que impulsó el perfeccionamiento de sus máquinas, así como el desarrollo de nuevos ingenios, que le dieran ventajas decisivas en sus batallas. La tecnología es vital para la práctica de la estrategia militar porque concierne a los propios medios. Éstos obviamente influyen en el curso de acción que los contendientes puedan elegir. En cualquier evaluación, es esencial preguntarse cómo determinadas tecnologías pueden influir en la propia capacidad para superar al enemigo (Echevarria II, 2017, p. 11).

A partir de la discusión anterior, se pueden definir los elementos básicos de un plan estratégico:

- a) Definir el objetivo
- b) Analizar y valorar la situación propia: fuerzas (cómo aprovecharlas al máximo) y debilidades (cómo eliminarlas o evitar que se conviertan en un factor de importancia)
- c) Analizar y valorar la situación del enemigo: sus fuerzas (cómo neutralizarlas o minimizarlas) y debilidades (cómo explotarlas)
- d) Definir el plan de acción: movimientos, maniobras, tácticas y otras operaciones dirigidas a la consecución del objetivo, así como responsables de su ejecución.
- e) Definir los recursos necesarios, cómo obtenerlos y responsables de su ejecución.
 - i. Recursos materiales
 - ii. Recursos técnicos
 - iii. Recursos humanos
- f) Poner en marcha del plan.
- g) Evaluar resultados y hacer los ajustes necesarios.
- h) Volver al inicio y repetir el proceso.

Objetivo: Capturar Tiro

El objetivo queda establecido la discusión sobre el discurso de Alejandro. En resumen, Capturar la ciudad de Tiro era preciso a fin de consolidar el dominio marítimo, cuidarse las espaldas mientras se proseguía hacia Egipto y posteriormente a Mesopotamia, controlar y desalentar las iniciativas espartanas contra Macedonia, asegurar la línea de suministro y finalmente, quitarle a Darío un recurso valioso con vistas al inminente enfrentamiento con él. J. F. C. Fuller señala, a partir del análisis del discurso de Alejandro previo al sitio de Tiro, que «el propósito de su estrategia era no solo privar al enemigo de su poderío naval, sino además obtenerlo para sí y de esta manera lograr el mando en el Mediterráneo oriental, asegurar su base en Grecia y sus conquistas en Asia Menor de manera definitiva. Solo entonces consideraría estar en libertad de reanudar sus operaciones terrestres contra Darío» (Fuller, 2003, p. 184).

Análisis de la situación propia:

En dos batallas terrestres decisivas, en el Gránico y en Issos, los macedonios demostraron que su ejército era muy superior al persa y que estaba encabezado por un comandante valiente y talentoso. Los persas, a pesar de sus vastos recursos y superioridad numérica, no podían igualar el genio incomparable de Alejandro en asuntos estratégicos y tácticos. Además, la moral griega y macedonia, en contraste con la persa, estaba muy en alto

y sus hombres mantenían un estado de ánimo triunfal (Parpas, 2015). De hecho, con el ejército más poderoso y efectivo de su tiempo, su capacidad militar no era la principal preocupación de Alejandro. Incluso había sitiado y tomado ciudades con éxito, como Tebas, Mileto y Halicarnaso (Arr. *Anab.* I.7 – 8; 21 – 23). Pero Tiro, siendo una localidad insular, sería un objetivo particularmente difícil. Un detalle que habría que resolver.

En cuanto a recursos financieros, Después de la victoria en Issos, Alejandro resolvió su problema de flujo de caja y prácticamente nadaba en efectivo. Los macedonios encontraron el tesoro de Darío en el cuartel general persa en Damasco, así como el mobiliario real del rey y otros tesoros de gran valor. Esto, aunado al botín y los tributos que ya habían recaudado a lo largo de su camino por Asia Menor, las finanzas de Alejandro mejoraron mucho y fueron más que suficientes para financiar la campaña de los macedonios (Arr. *Anab.* II.15.1. Plut. *Alex.*, 24.1; Curt. III.12.27, 13).

Debemos considerar también que Alejandro contaba con los servicios de sus ingenieros militares:

«Había reunido Alejandro ya gran número de ingenieros venidos de Chipre y de toda Fenicia para que le construyeran todo tipo de máquinas.» (Arr. *Anab.* II.21.1.)

Estos ingenieros estaban encabezados por Diades de Pela y Carias. Sobre este tema profundizamos más adelante.

Análisis de la situación del enemigo

«...pero ellos, confiados en su situación estratégica, decidieron hacer frente al asedio.»
(Curt. IV.2.6 – 7)

Tiro era un reino semiindependiente fuerte, estable y próspero en el Imperio Persa, con colonias satélites importantes y exitosas (Cartago, Cítio y Gades). Después de la destrucción de Sidón a manos de Artajerjes III Oco, en el 345 a. C., (17) se convirtió en la principal potencia comercial y militar de Fenicia. En general, los reinos fenicio y chipriota debido a su poderío naval y la industria de la construcción naval, que tuvieron que poner incondicionalmente al servicio de sus amos persas, gozaron de privilegios especiales en

forma de inmunidad al servicio militar obligatorio y pago de tributos reducidos de acuerdo con su contribución en barcos militares y marineros en las campañas persas. Los tirios, que fueron lo suficientemente sabios como para mantenerse alejados de los recientes levantamientos contra los aqueménidas, especialmente a principios de la segunda mitad del siglo IV a.C., no estaban interesados en alterar el *statu quo* cambiando de un amo persa, a quien ellos sabían bien cómo tratar, a un macedonio que era completamente desconocido para ellos. La estabilidad de la ciudad está atestiguada por la duración del reinado de Azemilco, su último rey. El hecho de que hubiera logrado alejar a su ciudad de los problemas revela que fue un gobernante cuidadoso y prudente que sabía cómo defender y preservar los mejores intereses de su reino contra la voluntad de una superpotencia. Se ha sugerido que lo más probable es que Azemilco no estuviese de acuerdo con la política de su hijo y los otros ancianos de Tiro de resistir a Alejandro. Esta es quizás la razón por la que después de la toma de Tiro fuera reinstalado como rey (Parpas, 2015).

Por otro lado, la condición insular de la ciudad dificultaría el asedio a los macedonios. Además, aunque el grueso de su flota estaba en el Egeo al mando de los persas, aún conservaban una considerable fuerza naval a su disposición. Según Diodoro:

«Al principio, los tirios, acercándose por mar al terraplén, se burlaban del rey diciendo si le parecía que iba a superar a Poseidón. Luego, al aumentar el terraplén inesperadamente, votaron que los hijos, las mujeres y los ancianos se trasladaran a Cartago, que se escogieran a los que estaban en la flor de la edad para el combate en la muralla y prepararan con decisión un combate naval, al tener ochenta trirremes.» (Diod. XVII.40.1 – 2).

Arriano, en su narración, confirma la potencia naval de los tirios:

«En efecto, la ciudad es una isla y está fortificada en todo su perímetro con elevados muros, y por aquel entonces el dominio del mar parecía ser todavía de los tirios, que aún disponían de gran abundancia de naves... Además, los tirios hacían salidas repentinas desde el dique por aquí y por allá, y seguían siendo aún los dueños del mar.» (Arr. *Anab.* II.18.2, 5)

Otra de las fortalezas de los tirios radicaba en sus formidables murallas, que según fuentes tenían hasta 46 metros de altura en la zona que daba al terraplén que habían construido los macedonios, según el detalle proporcionado por Arriano:

«La altura de la muralla frente a la que los macedonios habían construido el terraplén era de unos ciento cincuenta pies.» (Arr. *Anab.* II.21.4)

Estas murallas, aunadas al hecho de ser una isla, le daban a Tiro la reputación de ser una fortaleza inexpugnable (Tucker, 2011, p. 40). Stephen English (2009, p. 100) señala que en la Antigüedad capturar una ciudad fortificada era una tarea en extremo difícil, ya que ésta contaba con todas las ventajas en el enfrentamiento. Tiro, en particular, contaba con la ventaja ya mencionada de ser una isla, con una flota considerable que podría asegurarle los suministros necesarios para un asedio prolongado.

Un último factor de relevancia, que contribuyó a reforzar la confianza de los tirios, fue que por ese tiempo se hallaba de visita en la ciudad una delegación cartaginesa, quienes prometieron ayuda militar:

«Entre tanto una circunstancia insignificante reavivó la confianza de los tirios. Habían venido de Cartago unos legados con el fin de celebrar, siguiendo la costumbre nacional, un sacrificio anual, ya que Cartago, fundada por colonos tirios, había considerado siempre a Tiro como a su madre patria. Estos legados comenzaron a exhortarles a que afrontaran el asedio con espíritu decidido: Cartago en breve les mandaría refuerzos. En efecto, por aquel tiempo los mares, en una gran parte, estaban bloqueados por las flotas cartaginesas.» (Curt. IV.2.10 – 11).

Diodoro también menciona la posible ayuda cartaginesa:

«los tirios aguardaron el asedio con confianza... confiaban en la fortaleza de su isla y en los armamentos que había en ella, e, incluso, en sus descendientes cartagineses.» (Diod. XVII.40.3).»

Hammond (2012, pág. 102) resume adecuadamente la situación de los tirios y justifica su decisión de resistir la ofensiva de los macedonios:

«Los tirios eran un pueblo excepcionalmente capaz y valiente, grandes expertos en guerra naval, fortificación y artillería y se pensaba que su ciudad, una isla-fortaleza a unos 800 m de la costa, era inexpugnable. La muralla que circundaba la isla era de sillares unidos con yeso —no de piedras en seco como las griegas— y tenía una altura de unos 45 m (como la torre de Halicarnaso) en la parte que miraba al continente. La población era del orden de los 50.000 habitantes, más que suficiente para cubrir el perímetro de la muralla que tenía casi 5 km. de longitud, y la ciudad estaba bien abastecida de provisiones y materiales de guerra. Aunque había una flotilla tiria con la flota persa del Egeo, los tirios disponían aún de 80 trirremes y esperaban ayuda de

Cartago, colonia de Tiro. Además, la flota persa tenía la supremacía en el Egeo. Todas las circunstancias parecían estar a favor de Tiro.»

El plan de acción para la toma de Tiro

Dado que la principal fortaleza defensiva de la ciudad de Tiro era su condición insular, el curso de acción de Alejandro no pudo ser más brillante: unir la isla al continente. De esta manera, no solo eliminaría la ventaja defensiva mencionada, sino que su ejército quedaría en posición de ejercer su máximo potencial, dada su vasta experiencia poliorcética (ver la sección «Antecedentes poliorcéticos de Tiro: los asedios de Tebas, Mileto y Halicarnaso»). Por si ello fuera poco, la fuerza macedonia se potenciaría aún más al incorporar el uso de las máquinas de asedio, tema sobre el que abundaré más adelante.

Esta solución muestra la importancia del factor geográfico en el pensamiento estratégico. Junto con el precedente de la marcha hacia Tebas, el terraplén de Tiro constituye una demostración de que los obstáculos geográficos, debidamente considerados, se pueden usar decisivamente a favor en una contienda.

Ciertos indicios apuntan al hecho de que la idea de construir un terraplén para unir la isla al continente pudo no ser original de Alejandro ni de sus consejeros. Plutarco, en sus *Vidas paralelas* cuenta la siguiente anécdota:

«Por otra parte, como en las zonas interiores de Asia no le era fácil hacerse con otros libros, ordenó a Hárpalo que le enviase una remesa, y aquél le mandó las obras de Filisto, gran cantidad de tragedias de Eurípides, Sófocles y Esquilo, y los ditirambos de Telestes y Filóxeno.» (Plut. *Alex.*, 8.3)

Filisto fue un político e historiador, natural de Siracusa, que vivió entre la segunda mitad del siglo V y la primera del siglo IV a. C. Amigo y aliado de los tiranos Dionisio I y Dionisio II, escribió sobre la historia de Sicilia, incluyendo el reinado de éstos (Smith, 1849, p. 295). Sobre el primero, Filisto narra la captura de la isla de Motia en el año 397 a. C., en el marco de las guerras contra Cartago. Aunque las obras de Filisto no se conservan, el consenso actual es que seguramente Diodoro las usó como fuente. (Parreu Alasà, 2001, p. 24, Lewis, 2006, pp. 1 – 5). Según el relato, para capturar la isla reconstruyó un camino de tierra que unía la isla de Motia con la de Sicilia, y que había sido destruido por los motienos como medida defensiva (Diod. XIV.49.3 – 53; Nawotka, 2010, p. 187).

La ciudad de Tiro y su posición era muy conocida, y sin duda su hipotética captura era tema de especulaciones tanto en círculos griegos como macedonios, antes del asalto de Alejandro (Romane, 1987, pág. 81).

El resto del plan es sencillo de dilucidar: una vez construido el terraplén, se aplicarían las técnicas de sitio ya conocidas y dominadas por los macedonios. Se emplearía la maquinaria de asedio –catapultas de dardos, litóbolos, arietes, torres, puentes de asalto, etc.– con el objetivo principal de romper las murallas y así forzar el ingreso a la ciudad, donde los soldados macedonios, superiores a los defensores tirios, culminarían el trabajo.

Faltaba un punto por resolver. La isla se aprovisionaba por mar y, al menos en un principio, Alejandro descuidó ese detalle, algo de lo que se ocuparía posteriormente. Recordemos que la ejecución del plan estratégico implica revisar su avance, reevaluar la situación, y ajustarlo conforme se vayan presentando las circunstancias.

Planeación de los recursos

Recursos materiales

Una vez decidido el curso de acción, la necesidad principal era hacerse de material de relleno para el terraplén. Diodoro nos dice que, para ello, su principal fuente de abastecimiento fue la vieja ciudad de Tiro, la cual procedió a demoler a fin de abastecerse del material (Diod. XVII.40.4 – 5). Arriano, menos específico, dice, refiriéndose a las características del terreno: «El lugar es un estrecho fangoso, donde la parte del mar que da al continente es pequeña y de aguas turbias, y la que da a la ciudad es de aproximadamente tres orguias³³ en aquellos puntos donde su travesía alcanza mayor profundidad» (Arr. *Anab.* II.18.3). En cuanto a la obtención de material para el terraplén: «Hay también allí abundancia de piedra y madera, con las que empezaron a construir fácilmente empalizadas sobre el fondo fangoso, aprovechando el propio cieno como ligazón para hacer fraguar la madera con las piedras» (Arr. *Anab.* II.18.3). Quinto Curcio no hace referencia a la fuente del material de relleno; solo menciona la dificultad que se tuvo para realizarlo debido al oleaje provocado por los vientos del suroeste (Curt. IV.2.7). Ni Justino ni Plutarco mencionan el tema.

³³ Tres brazas, equivalentes a cinco metros. *Vid.* Arriano, nota 219, p. 237.

El otro material a que las fuentes hacen referencia fueron árboles, que se usaron para dar al terraplén resistencia contra el oleaje:

«Alejandro... hacía talar y transportar enormes árboles desde la montaña y enterrándolos con sus propias ramas cerraba la violencia del oleaje.» (Diod. XVII.42.5–7).»

Recursos técnicos

«Diades... el hombre que capturó Tiro con Alejandro»³⁴

La toma de Tiro fue un alarde tecnológico: los ingenieros militares de Alejandro, en especial, el brillante tesalio llamado Diades, construyeron un formidable arsenal ofensivo nunca visto en una guerra de asedio helénica (Bosworth, 2005, pág. 76). Ya en operaciones anteriores se dejan ver algunos de los ingenios empleados en el asalto a las ciudades fortificadas (Tebas, Mileto y Halicarnaso; anteriormente, su padre Filipo en Anfípolis, Bizancio y Perinto (Diod. XVI.8.2, 74.2 – 5; 75; 76; 77.1 – 3)), pero es en esta ciudad donde se usó la maquinaria de asedio con mayor variedad y profusión. Mucho del éxito se debe a los ingenieros militares de Alejandro, encabezados por Diades y Carias. Sobre Diades, se sabe que nació en Pela y que fue discípulo de Polido de Tesalia, quien a su vez era ingeniero militar en las fuerzas de Filipo II de Macedonia (Heckel, 2006, p. 111). El autor romano Vitruvio, en el apartado dedicado a las máquinas de asedio, menciona tanto a Diades como a Carias, otro ingeniero militar de la campaña de Alejandro:

«Estos fueron los primeros pasos que se dieron hacia ese tipo de maquinaria, pero luego, cuando Filipo, el hijo de Amintas, asediaba Bizancio, se desarrolló en muchas variedades y Polido el tesalio lo hizo más manejable. Sus alumnos fueron Diades y Carias, quienes sirvieron con Alejandro.» (Vitr.X.13.3).

Vitruvio deja constancia de Diades como autor:

«Diades muestra en sus escritos que inventó las torres móviles, que también solía desarmar y transportar con el ejército, y también el barrenador y la máquina de escalar, por medio de las cuales se puede cruzar a la pared a un nivel con la parte superior, así

³⁴ Texto del papiro *Laterculi Alexandrini*, citado en Tarn, W. W., *Hellenistic Military & Naval Developments*, Cambridge, Cambridge University Press, 2010, p. 107. También en Arr. *Anab.*, nota 226, p. 242.

como el destructor llamado cuervo, o por otros la grúa... También empleó el ariete montado sobre ruedas, un relato que dejó en sus escritos.» (Vitr. X.13.3 – 4).

Ateneo el mecánico, en su obra *Sobre las máquinas*, también menciona a Diades y a Carias, en términos muy similares (Ath. Mech. 5, 10). Sobre Carias no se sabe mucho, salvo lo ya mencionado, además de que también escribió sobre su especialidad (Vitr. 7, *praef.* 14). Un tercer ingeniero del ejército macedonio, escasamente mencionado del que se sabe muy poco, fue Posidonio, constructor de una máquina no especificada, pero «muy efectiva» (Heckel, 2006, p. 102).

Además de estos ingenieros, Alejandro reclutó otros más, según consigna Arriano:

«Había reunido Alejandro ya gran número de ingenieros venidos de Chipre y de toda Fenicia para que le construyeran todo tipo de máquinas.» (Arr. *Anab.* II.21.1).

Se puede afirmar que la batalla de Tiro se realizó en gran medida, en el campo de la ingeniería militar, pues los tirios también contaban con esas capacidades, según Diodoro:

«Y aunque tenían mucha abundancia de catapultas y de las demás máquinas útiles para un asedio, prepararon con facilidad otras muchas, porque había en Tiro ingenieros y otros artesanos de todas clases.» (Diod. XVII.41.3).

«Los tirios, al tener artesanos del bronce e ingenieros, prepararon ingeniosos remedios.» (Diod. XVII.43.1).

«...los tirios, gracias a la inventiva de sus mecánicos, tenían muchas armas defensivas para la lucha por la muralla.» (Diod. XVII.43.7).

Las máquinas que se usaron en el sitio de Tiro, de acuerdo con las fuentes, se muestran en los siguientes cuadros:

CUADRO NÚM. 1. MÁQUINAS DE ASEDIO EMPLEADAS POR ALEJANDRO EN LA TOMA DE TIRO		
DISPOSITIVO	FUENTES CLÁSICAS	FUENTES MODERNAS
Arietes	Diod. 17.43.4, 46.2–3 Curt. IV.3.13	Marsden, 1969, p. 103; Bosworth, 2005, p. 76
Torres de asedio	Arr. <i>Anab.</i> II.18.6; Diod. XVII.43.7; 45.2	Marsden, 1969, p. 102–3 Fox, 2015, pp. 324, 333.
Catapultas	De flechas	Diod. XVII.42.7, 45.2 Marsden, 1969, p. 102–3; Fox, 2015, p. 324
	De piedras	Diod. XVII.45.1–2 Marsden, 1969, p. 103
Puentes de abordaje	Arr. <i>Anab.</i> II.23.1 Diod. XVII.43.7, 10; 45.6 Ath. Mech. 10	Marsden, 1969, p. 103; Bosworth, 2005, pp. 76–77; Fox, 2015, p. 333.
Barcos equipados con catapultas y otros dispositivos	Arr. <i>Anab.</i> II.21.1–2; II.23.1; Curt. IV.3.13 – 15 Diod. XVII.43.3, 4; 46.1	Marsden, 1969, p. 103; Phang <i>et al.</i> , 2016, p. 571.

Por su parte, los tiros también hicieron gala de su inventiva, según se muestra en el siguiente cuadro:

CUADRO NÚM. 2. DISPOSITIVOS MECÁNICOS EMPLEADOS POR LOS TIROS		
DISPOSITIVO	FUENTES CLÁSICAS	FUENTES MODERNAS
Catapultas de flechas	Diod. XVII.41.3; Curt. IV.2.12	Campbell, 2006, p. 67
Harpagones, cuervos y tridentes	Curt. IV.2.12; Diod. XVII.43.7 – 10	Green, 2013, p. 258
Arena incandescente	Diod. XVII.44.1 – 3	Green, 2013, p. 260
Redes de pesca	Diod. XVII.43.10	Green, 2013, p. 258
Ruedas para bloquear dardos	Diod. XVII.43.1	Fox, 2015, p. 333
Amortiguadores	Diod. XVII.43.1	Green, 2013, p. 257; Fox, 2015, p. 333
Brulote	Arr. <i>Anab.</i> II.19.1–5 Curt. IV.3.2 – 8	Campbell, 2006, p. 67 Mayor, 2009, p. 215
Torres	Arr. <i>Anab.</i> II.21.3	

El ariete. Es un dispositivo que consiste en un tronco pesado, comúnmente montado en una estructura rodante en la cual va suspendido por cordones o cadenas de manera que se le aplica un movimiento de péndulo para golpear puertas y murallas con el propósito de derribarlas; diseños posteriores reemplazaron el arreglo de péndulo por una bancada de rodillos sobre los cuales se desplazaba el tronco. Comúnmente llevaba en la punta un refuerzo de metal. Las formas más refinadas incluían una cubierta llamada *χελώνα* («tortuga») para proteger a los



Fig. 8. Ariete tipo tortuga, Descrito por Vitruvio (10.13.6). Se desplaza sobre rodillos y tiene cabeza de metal.

operarios de los proyectiles lanzados por el enemigo. Este ingenio se usó por primera vez en la región de Mesopotamia. Según Sáez Abad (2011), es probable que sea de origen hurrita (mediados del tercer milenio hasta mediados del segundo milenio a. C.). De ahí se extendió al resto del Próximo Oriente. Según Vitruvio y Ateneo el Mecánico, los cartagineses lo inventaron durante el asedio de Gades.³⁵ Esta versión se considera ficticia, pero nos da una idea del conocimiento que se tenía del uso del ariete en el mundo antiguo, particularmente

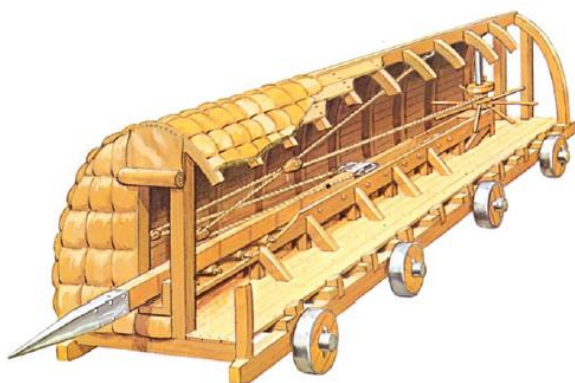


Fig. 7. Trépano de Diades según Vitruvio (10.13.7). También sobre rodillos, y con un mecanismo de poleas y elementos elásticos para acumular energía.

en el Mediterráneo occidental. Diodoro de Sicilia detalla la construcción y el uso de arietes en el mundo helénico. Pericles los utilizó en el asedio de Samos de 440 – 439 a. C. (Diod. XII.28.3). También se usaron en Sicilia, primero por Aníbal Magón en 409 – 408 a. C. (Diod. XIII.54.7) y después en las campañas de Dionisio I de Siracusa a principios del siglo IV a. C. (Diod.

³⁵ Vitr. X.3.1 – 2; Ath. Mech. 9. Ninguno de estos autores no nos da información de tipo cronológico, aunque según Álvarez Martí – Aguilar (2006), este asedio probablemente se produjo a fines del siglo III a. C.

XIV.51.1, 3). Ya en Macedonia, Filipo II los empleó tanto en Anfípolis como en Perinto (Diod. XVI.8.2., XVI.74.2 – 3) y, probablemente, también en Bizancio (Diod. XVI.76.3 – 4). Ateneo, citando a Diades, el ingeniero principal de Alejandro, detalla la forma de construir un ariete con la correspondiente tortuga (Ath. Mech. 11).

Una variante del ariete, pero con la punta afilada, era el llamado trépano o barreno, el cual se usaba para abrir boquetes en los muros (Sáez Abad, 2004). También atribuido a Diades, Vitruvio da los detalles de su construcción (Vitr. X.13.7).

Torres de asedio. Se trata de estructuras de varios pisos, equipadas con armas diversas como catapultas, arietes y puentes levadizos, y ocupadas por combatientes que operaban las armas y que tomarían por asalto las almenas de las murallas de la ciudad sitiada. Sáez Abad (2011, pág. 121) menciona que las torres aparecen descritas ya en el segundo milenio a. C. en las tablillas de Mari, en la alta Mesopotamia. En la esfera helénica, aparecen mencionadas en Diodoro, en las guerras sicilianas.³⁶ Posteriormente, de nuevo aparecen como parte del arsenal de Filipo II, en el asedio de Anfípolis, y casi seguramente en Perinto y en Bizancio (Diod. XVI.8.2., XVI.74.2 – 3). Diades, citado por Vitruvio, indica que las torres deben medir «no menos de sesenta codos de altura y diecisiete de ancho en la base, y una quinta parte menos en lo alto» (28 metros de alto por 8 en la base y 6.50 en lo alto). Los cuatro postes que forman parte de la estructura deben medir nueve pulgadas (22 cm) en la base y medio pie (15 cm) en lo alto (Vitr. X.13.4). A juzgar por los datos que nos da Arriano sobre la altura de las murallas de Tiro, y la afirmación de Diodoro («Al aplicar los macedonios torres de la misma altura que la muralla...») estas medidas deben haber sido insuficientes.³⁷ Con 46 metros de altura, y respetando las proporciones prescritas por Diades, entonces el ancho en la base sería de trece metros y en la parte superior de diez metros y medio.

³⁶ Diod. XIII.54.7, XIII.55.6 – 7, XIII.85.5 menciona el uso de torres por el cartaginés Aníbal; Diod. XIV.51.1, 7, por Dionisio I de Siracusa, durante el asedio de Motia.

³⁷ Arr. *Anab.* II.21.4, Diod. XVII.46.6 – 7. Aunque según Vitruvio, Diades afirma que la torre más grande que construyó medía 120 codos (55.5 m) de altura por 23.5 (10.9 m) de ancho en la base y 8.7 en lo alto. Vitr. X.13.5.

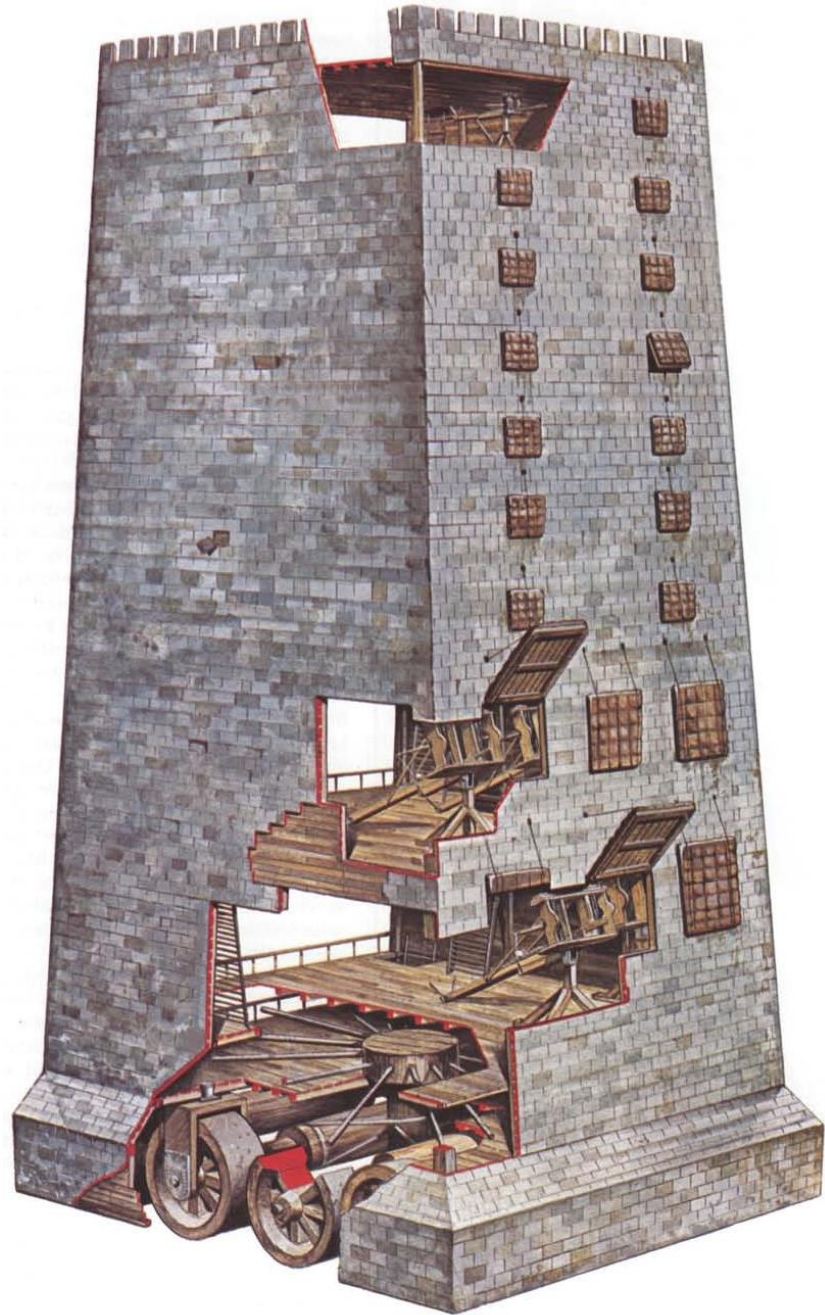


Fig. 9. Torre de asedio de Epímaco, de la época helenística, construida para el sitio de Rodas, inspirada en los diseños de Diades de Pella. Nótese la disposición de diversas armas en los distintos niveles de la torre.

Catapultas de flechas. Catapulta es el término con el que se designan los dispositivos utilizados en la Antigüedad para lanzar proyectiles (flechas o piedras). El término proviene del griego *καταπάλτης ὄξυβόλος* (Marsden, 1969, p. 1). Según Diodoro, estos ingenios fueron inventados en Siracusa bajo los auspicios del tirano Dionisio I, hacia el año 399 a. C. (Diod. XIV.42.1). Otra versión, de Plinio el Viejo, atribuye su invención a los sirios, en época no determinada (Plin. *Nat.* 7.56(57).201). La forma más simple de este ingenio sería el llamado *γαστραφέτης* («gastrafetes» o «arco de vientre»), llamado así porque el arquero debía apoyar el artefacto en el vientre para tensarlo. Aparece descrito en detalle en la obra *Βελοποιικά*, (Herón, 1918, págs. 7-15). El diseño de esta arma permitía acumular más energía potencial que en los arcos convencionales.



Fig. 10. El gastrafetes y cómo se tensaba.

En la época de Alejandro ya existían las máquinas de torsión, inventadas bajo los auspicios de su padre Filipo (Cartledge, 2009, pág. 188) mucho más eficientes que las anteriores de flexión (o de «no torsión»). Estas últimas acumulaban la energía necesaria para lanzar los proyectiles al tensar un material deformable, de la misma forma que en los arcos convencionales. Las de torsión, en cambio, acumulaban la energía al torcer materiales elásticos o resilientes, tales como tendones de animales, cabellos o similares, los cuales, una vez retorcidos, se soltaban para liberar la energía acumulada y producirse el lanzamiento de los proyectiles (Marsden, 1969, pág. 2), aunque es probable que las catapultas de los tirios no fuesen del tipo de torsión (Marsden, 1969, pág. 102).

Las fuentes mencionan las catapultas de manera reiterada, lo cual demuestra su importancia estratégica (Diod. XVII.41.3, 42.1, 45.1 – 3; Arr. *Anab.* II.18.6, 19.3 – 6, 21.3).

Catapultas de piedras. Similares a las anteriores, estaban diseñadas para lanzar piedras. El término griego es *καταπάλης λιθοβόλος* (o *καταπάλης πετροβόλος*, «katapaltes lithobolos» o «katapaltes petrobolos») (Marsden, 1969, pág. 1). Arriano cuenta el uso de ambos dispositivos (catapultas de flechas y de piedras) durante el sitio de Tiro:

«Alejandro dispuso en los lugares apropiados las catapultas lanzadoras de piedras y disparando enormes rocas sacudía la muralla, y tirando con las lanzadoras de dardos gran cantidad de proyectiles de todas clases desde las torres de madera hería terriblemente a los que se encontraban sobre los muros.» (Diod. XVII.45.1 – 2).



Fig. 11. Catapulta lanzadora de piedras (*καταπάλης λιθοβόλος*). A la izquierda, detalle del elemento elástico.

Puentes de abordaje. Normalmente estaban instalados en las torres de asedio, y se desplegaban al aproximarse las torres a las murallas enemigas. La invención de este puente llamado *ἐπιβάθρα* (*epíbatra*), se atribuye al mismo Diades (Ath. Mech. 10). En cuanto al sitio de Tiro, encontramos menciones a estos puentes solamente en Diodoro; primero, al alcanzar el terraplén el muro de la ciudad, cuando los macedonios intentan los primeros asaltos (Diod. XVII.43.7, 10); Más adelante, al contraatacar los tirios, lanzándose hacia los mismos puentes y dando muerte a Admeto, uno de los comandantes macedonios (Diod. XVII.45.6); y finalmente, en el famoso episodio en el que Alejandro se lanza al ataque por el puente de una torre que iba montada sobre un barco, encabezando a sus soldados, en el asalto decisivo a la ciudad (Diod. XVII.46.2, 3).

Barcos equipados. Las fuentes señalan en diversos pasajes que los barcos tanto de tirios como de macedonios llevaban montadas diversas máquinas. Diodoro narra que los tirios «llenaron muchos pequeños esquifes con máquinas lanzadoras de dardos y también catapultas...» (Diod. XVII.42.1). Por su parte, Alejandro «ensamblando las trirremes y colocando sobre ellas máquinas de todo tipo, derribo el muro el ancho de un codo...» Más adelante: «Como notó que el muro cerca de los arsenales era más débil, por éste hizo avanzar las trirremes amarradas y que transportaban máquinas.» (Diod. XVII.43.3, 4) Por su parte, Arriano cuenta que los tirios «se defendían con proyectiles contra las máquinas que por doquier se acercaban, disparando flechas incendiarias contra las naves...» (Arr. *Anab.* II.21.3). También Arriano menciona que algunas de las máquinas «las cargaron en los barcos de transporte que Alejandro había traído consigo desde Sidón.» También menciona «trirremes y cargueros macedonios que transportaban las máquinas al muro» (Arr. *Anab.* II.21.1, 4). Según William W. Tarn (1930, pág. 109), el asedio de Tiro por Alejandro Magno es el único caso conocido de barcos equipados con arietes.

Quinto Curcio menciona también el ataque general ordenado por Alejandro, con barcos equipados con arietes y catapultas: «Al día siguiente acercó la escuadra a las murallas y desde todas partes comenzó a batirlas con sus piezas de artillería, principalmente a golpes de ariete» (Curt. IV.3.13); además, detalla la forma en que Alejandro ordenó unir barcos de dos en dos, a modo de hacer una plataforma marina donde cupieran soldados y máquinas de asedio. Se unían por la proa y se separaban lo más posible por la popa, cubriendo el espacio

así formado con antenas y vigas, y extendiendo sobre éstas unos puentes. Desde las naves así equipadas, arrojaban proyectiles contra los defensores de la ciudad (Curt. IV.3.14, 15).

Una variante particular de los barcos equipados, llevada a cabo por los macedonios, consistió en unir dos cuatrirremes por las proas y separarlos por las popas tanto como fuera posible, quedando dispuestos en forma de ángulo recto. En el espacio entre popas se colocaron tablonces a manera de plataformas para instalar ahí soldados de artillería y, presumiblemente, catapultas. Estas unidades se aproximaron a la ciudad en distintos puntos para atacar a los defensores apostados en las murallas de la ciudad. Esta idea no tuvo el éxito esperado, pues un violento temporal zarandeó las naves, haciéndolas chocar unas con otras y provocando su destrucción (Curt. IV.3.14 – 18).

Manteletes. Eran una suerte de escudos de madera con ruedas y jaladeras grandes que se ponían en el suelo, y tras los cuales se protegían los atacantes en su avance hacia la ciudad sitiada. En el sitio de Tiro aparecen citados en Diod. XVII.44.4, cuando los tirios lanzaban «cuervos y garfios de hierro que arrastraban a los que estaban en los manteletes».



Fig. 12. Mantelete

Harpagones, cuervos y tridentes. En general eran garfios y tenazas ideados para inutilizar los arietes y otras máquinas que pudieran acercarse lo suficiente a las murallas. Quinto Curcio apenas los menciona: «Se preparaban también las manos de hierro (a las que llaman “harpagones”) para lanzarlas contra las obras del enemigo, los “cuervos” y otros instrumentos inventados para la defensa de ciudades.» (Curt. IV.2.12) Los llamados tridentes empleados por los tirios, de acuerdo con Diodoro, podrían haber sido muy efectivos:

«Forjaron en bronce enormes tridentes armados con garfios y golpeaban con éstos a corta distancia a los que estaban sobre las torres. Al quedar los garfios clavados en los escudos y tener cables atados a ellos, tiraban hacia sí recogiendo los cables. Así que era preciso o tirar las armas y cubrirse de heridas en sus cuerpos al estar al descubierto por los muchos proyectiles que se lanzaban o, conservando las armas por pundonor, caer desde las altas torres y morir.» (Diod. XVII.43.7 – 10)

Otros ingenios también hacían su parte en la defensa:

«y con cuervos y garfios de hierro arrastraban a los que estaban en los manteletes. Y al poner en actividad todas las máquinas mataron a muchos de los sitiadores.» (Diod. XVII.44.4)

Arena incandescente. Tanto Diodoro como Quinto Curcio mencionan el uso de arena incandescente que arrojaban, causando estragos entre las filas enemigas:

«Preparaban unos escudos de bronce y hierro y, llenándolos con arena, los quemaban poniendo debajo una llama fuerte y dejaban la arena al rojo vivo. Mediante cierto dispositivo la lanzaban contra los que luchaban con más empeño e infligían a los que caían debajo los peores sufrimientos, pues a través de las corazas y los vestidos la arena se colaba y por lo elevado de la temperatura dañaba la carne y causaba un sufrimiento sin posible remedio.» (Diod. XVII.44.1 – 3)

«...por otro lado, calentaban al rojo vivo, exponiéndolos al calor de un gran fuego, escudos de bronce que, repletos de arena ardiente y de barro cocido, arrojaban de súbito desde lo alto de las murallas. Ninguna calamidad era más temida: cuando la arena ardiente penetraba entre la coraza y el cuerpo, no podía ser expulsada por ningún procedimiento y quemaba todo lo que tocaba...» (Curt. IV.3.25 – 26)

Peter Green (2013, pág. 260) califica este recurso de «un precursor espantosamente eficaz del napalm».

Redes de pesca. Los tirios lanzaban redes de pesca sobre los soldados macedonios que avanzaban sobre los puentes colgantes para inmovilizarlos y derribarlos (Diod. XVII.43.10).

Ruedas para bloquear dardos. A fin de neutralizar la intensidad de la artillería macedonia, los tirios idearon unas ruedas divididas en radios apretados que, al hacerlas girar a manera de aspas de molino (English, 2009, pág. 121), desviaban los proyectiles (Diod. XVII.43.1, 45.2, 3).

Amortiguadores. A fin de amortiguar el impacto de las rocas lanzadas desde los *litóbolos*, los tirios colocaron sobre las murallas de la ciudad «materiales blandos» (Diod. XVII.43.1, 2) y «cosiendo odres y zurrónes dobles rebosantes de algas recibían en ellas los impactos de las lanzadoras de piedras, y al ser blando el interior disminuía la fuerza de las piedras que se tiraban» (Diod. XVII.45.3, 4).

El brulote. Los tirios prepararon un barco con materiales inflamables y con él lograron incendiar y destruir las dos torres de asedio que los macedonios habían dispuesto al frente del terraplén, obligándoles a construir otras. Además, lograron abordar el terraplén y causarle graves daños. Alejandro respondió con la construcción de un nuevo terraplén, más ancho y

mejor orientado. Este ataque de los tirios coincidió con un temporal que contribuyó a la destrucción del terraplén (Arr. *Anab.* II.19.1 – 5; Curt. IV.3.2 – 8). Adrienne Mayor (2009, pág. 215) describe este ingenio de manera muy gráfica:

«El brulote más asombroso que se haya visto jamás fue fabricado en el 332 a. C., por los fenicios, durante el famoso sitio de Tiro (una ciudad insular en la costa del Líbano) por Alejandro Magno. Los historiadores Arriano y Quinto Curcio describieron el barco como una bomba incendiaria química flotante. Los ingenieros fenicios instalaron un barco de transporte muy grande (originalmente utilizado para transportar caballos de caballería) con dos mástiles y macarrones. De ellos suspendieron cuatro calderos rebosantes de azufre, betún y “todo tipo de material apto para encender y alimentar las llamas”. La cubierta de proa del barco estaba repleta de antorchas de cedro, brea y otros materiales inflamables, y la bodega se llenó de matorrales secos abundantemente mezclados con más combustibles químicos.»

El dispositivo de encendido del brulote era ciertamente muy ingenioso. Los calderos ya encendidos caerían sobre el resto del material inflamable al chocar el barco contra la orilla del terraplén.

Torres defensivas. Según Arriano, Los tirios «dispusieron torres de madera sobre las almenas que daban al terraplén para defenderse desde ellas» (Arr. *Anab.* II.21.3). No da detalles sobre las características de las torres, pero es de suponerse que fueran estructuras de menor tamaño que las de asedio, que pudieran montarse sobre las murallas.

Recursos humanos

La construcción de un terraplén que uniera la isla de Tiro al continente exigía una cantidad ingente de mano de obra. Para ello, Los macedonios se dieron a la tarea de reclutar gente de las aldeas vecinas:

«Al haber tomado en masa a los que habitaban las ciudades vecinas, pronto, gracias a la multitud de brazos, realizó las obras.» (Diod. XVII.40.5)

Quinto Curcio menciona también la activa participación de los soldados macedonios en la construcción del terraplén (Curt. IV.2.20). En cuanto a la procedencia de la mano de obra, las versiones de Diodoro y Curcio parecen contradecirse. Quizá la explicación es que en un principio se asignó a los soldados la tarea y, posteriormente, al ir aumentando el grado de dificultad, Alejandro dispuso la realización de redadas en las ciudades cercanas.

Suministros

Los suministros más importantes del ejército macedonio eran, lógicamente, el agua y la comida. Durante el sitio de Tiro, los macedonios se abastecieron de agua principalmente del río Litani, distante unos ocho kilómetros de la ciudad (Engels, 1980, pág. 55). Pero el grano se obtenía de lugares más alejados: El Antilíbano, Siria, Palestina y más allá. Donald Engels calcula que, para alimentar al ejército macedonio, sus acompañantes y caballos durante el sitio de Tiro, se necesitarían aproximadamente 25 600 toneladas de grano. A ello habría que agregar las necesidades de las tripulaciones de los 200 barcos aliados que se unieron al sitio. La planicie costera de Tiro mide aproximadamente 34 kilómetros cuadrados, por lo que su producción sería de unas 1900 toneladas al año. La situación se vería agravada debido a que las cosechas en esa región se inician en junio, y por lo tanto los macedonios habrían tenido que pedir abastecimientos de los graneros de poblados cercanos, que para ese momento (invierno de 333 – 332 a. C.) estarían cerca de agotarse. En este contexto, parece auténtica la carta que, según Flavio Josefo, Alejandro le escribió al sumo sacerdote de Jerusalén solicitándole provisiones, así como ofreciendo una alianza. La incursión de Alejandro al Antilíbano, que según las fuentes tenía el propósito de asegurar el suministro de madera para la construcción del terraplén, pudo tener también el objetivo de abrir líneas de abastecimiento hacia esa fértil región (Green, 2013, pág. 251).

Ejecución. El sitio y sus etapas

«No le resultó difícil a Alejandro convencer a los suyos con estas palabras para que se dispusieran para el ataque contra Tiro.»
(Arr. *Anab.* II.18.1)

En enero del año 332 a. C. se iniciaron las operaciones del sitio de Tiro.³⁸ Para efectos de este trabajo, podemos establecer las siguientes etapas:

- a) Primer terraplén y destrucción de éste
- b) Segundo terraplén y constitución de la segunda flota de Alejandro
- c) Asalto final y captura de la ciudad

English (2009, pág. 101) divide el sitio en dos fases operativas: la primera coincide con la propuesta en este trabajo, pero solo agrega una más, desde el arranque de la construcción del segundo terraplén, hasta el desenlace. Romane (1987, págs. 79-90) por su parte, lo divide en tres partes, división que coincide aproximadamente con la nuestra. Otros autores consultados no establecen explícitamente un análisis del asedio por etapas.

El primer terraplén

«...pero bien pronto os haré ver que también vosotros formáis parte del continente.»
(Curt. IV.2.5)

La construcción del primer terraplén se inició de inmediato. El mismo Alejandro «colocó la primera piedra»: llevó el primer bulto de cascajo y lo depositó en el mar, dando inicio a la construcción:

«Cuando Alejandro sitiaba Tiro, decidido a rodear los muros de los tirios con un gran montón de tierra, después de coger él el primero una espuerta y llenarla de tierra, la acercó a los muros.» (Polyaen. IV.3.3)

³⁸ Diodoro nos da una referencia cronológica del sitio de Tiro: durante el arcontado de Nicérato en Atenas (jul. 332 – jul. 331; el consulado de Marco Atilio y Marco Valerio en Roma (335 a. C.) y la CXII Olimpiada (julio de 332 a. C.). El dato del consulado está claramente alejado de los otros dos. Diod. XVII.40.1 y nota 84. También, Arriano (II.24.6) menciona que la captura de Tiro se consumó “siendo Niceto arconte en Atenas, y en el mes Hecatombeo”.

Quinto Curcio pone énfasis en las dificultades que se presentaron desde el inicio; menciona una condición que quizá los estrategas macedonios subestimaron: el fenómeno meteorológico del ábrego, fuerte viento del suroeste que levantaba fuertes oleajes y dificultaba los trabajos (Curt. IV.2.7 – 9). Más adelante señala el desaliento de los soldados macedonios ante lo difícil del avance, debido principalmente al viento y al oleaje (Curt. IV.2.16).

Diodoro enfatiza la determinación de Alejandro y la presteza con que se inició la construcción del terraplén:

«Al punto demolió la llamada Vieja Tiro y, como decenas de miles de hombres transportaban las piedras, construyó en la superficie un terraplén de dos pletros de ancho. Al haber tomado en masa a los que habitaban las ciudades vecinas, pronto, gracias a la multitud de brazos, realizó las obras.» (Diod. XVII.40.4 – 5)³⁹

Arriano inicia su narración describiendo las condiciones del estrecho que se iba a rellenar, pero a diferencia de Curcio, se concentra en las condiciones materiales del suelo marino:

«El lugar es un estrecho fangoso, donde la parte del mar que da al continente es pequeña y de aguas turbias, y la que da a la ciudad es de aproximadamente tres orguias en aquellos puntos donde su travesía alcanza mayor profundidad. Hay también allí abundancia de piedra y madera, con las que empezaron a construir fácilmente empalizadas sobre el fondo fangoso, aprovechando el propio cieno como ligazón para hacer fraguar la madera con las piedras.» (Arr. *Anab.* II.18.3)

Pero de igual manera en un tono triunfalista, enfatiza la determinación y el ánimo contagioso de Alejandro:

«Los macedonios emprendieron esta tarea con gran celo, y grande era también el del propio Alejandro, que haciendo acto de presencia aquí y allá dirigía las tareas y animaba a sus hombres, recompensando en metálico a los que veía esforzarse de modo sobresaliente.» (Arr. *Anab.* II.18.4)

En la proximidad del continente, las aguas eran someras, de manera que los trabajos de construcción del camino de tierra hacia la isla progresaron con rapidez. Como ya lo hemos mencionado, (ver sección «Suministros») se demolió la Vieja Tiro, que se encontraba en

³⁹ En cuanto a la anchura del terraplén, la nota 89 del texto de Diodoro dice 51.2 m, mientras que la nota 2, p. 95 del texto de Marsden establece como equivalencia “3 plethra... i. e. 100 yards”, lo cual nos da 60.9 m.

tierra continental, y se procuró madera de los bosques de las montañas del Líbano. De los árboles se obtenían troncos del tamaño adecuado que servían para formar las empalizadas. Se armaron dos de estas empalizadas en paralelo y el área delimitada por éstas se fue rellenando con piedras y arena. A medida que el terraplén se elevaba sobre el nivel del mar, se iba añadiendo una capa de

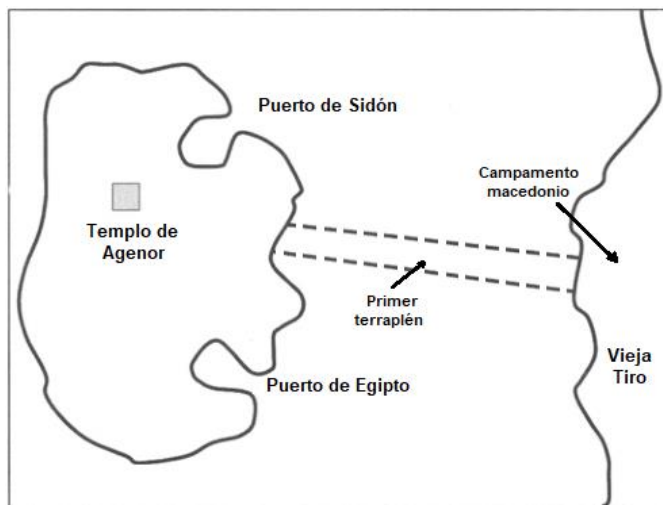


Fig. 13. Trazo del primer terraplén. Tomado de English (2009).

tierra encima, la cual se compactaba a fin de conferir a la obra la estabilidad necesaria para el tránsito de hombres y máquinas que el asedio implicaría. Este procedimiento, en apariencia simple, fue en realidad una hazaña de ingeniería y testifica el talento de los ingenieros de Alejandro (English, 2009, pág. 102). Aunque las fuentes no son muy profusas en cuanto al tema del terraplén, es claro que su construcción tomó meses. Además, el mar era más profundo a medida que se avanzaba, lo cual fue retrasando el avance de la obra, según se deduce del pasaje de Quinto Curcio:

«y cuanto la escollera se apartaba más del litoral tanto más se engullía en sus profundidades cuanto en ellas se echaba.» (Curt. IV.2.22 – 23)

Según English (2009, pág. 99), las aguas eran más o menos someras hasta unos doscientos metros de la fortaleza; en este punto, el fondo del mar caía marcadamente hasta las tres orguias indicadas por Arriano (II.18.3).

Los tirios, al principio muy escépticos acerca de la idea del terraplén, se limitaban a hacer mofa de Alejandro y sus hombres. Según Quinto Curcio:

«...los tirios, acercándose con sus naves ligeras, entre burlas se mofaban de ellos, echándoles en cara que unos soldados renombrados por sus hechos de armas acarreaban los materiales sobre sus espaldas como si fueran bestias de carga, y encima les preguntaban si Alejandro era más poderoso que Neptuno...» (Curt. IV.2.20)

Diodoro también hace mención del escepticismo y buen humor de los tirios:

«Al principio, los tirios, acercándose por mar al terraplén, se burlaban del rey diciendo si le parecía que iba a superar a Poseidón.» (Diod. XVII.40.5, 41.1)

Sin embargo, al ver que la obra avanzaba, los tirios comenzaron a tomarla en serio (Curt. IV.2.21) y emprendieron acciones más agresivas. Como primera medida, según Diodoro, votaron que las mujeres, los niños y los ancianos se trasladaran a Cartago, y que se preparase un combate naval, teniendo en cuenta que contaban con ochenta trirremes (Diod. XVII.41.1 – 2). Desgraciadamente para ellos, no pudieron evacuar más que a una pequeña parte de la población:

«Al final se adelantaron a salvar junto a los cartagineses a una parte de los hijos y las mujeres, pero superados por la rapidez de la multitud de obreros y al no ser capaces de combatir con las naves se vieron obligados a soportar el asedio con casi toda la población.» (Diod. XVII.41.2 – 3)

Reforzaron sus defensas, aumentando el número de catapultas y otras máquinas en las murallas (Diod. XVII.41.3 – 4); aceleraron la manufactura de armas y las distribuyeron entre los jóvenes (Curt. IV.2.12). Con embarcaciones de pequeñas dimensiones («chalupas», según Curcio) realizaron diversas aproximaciones al terraplén en construcción y hostigaron con proyectiles a los trabajadores (Curt. IV.2.21 – 22; Arr. *Anab.* II.18.5 – 6; Diod. XVII.41.7 – 42.2). Al menos en una ocasión, Alejandro contraatacó con sus naves y logró poner en fuga a los atacantes (Diod. 42.2 – 4). Dispuso que se colocaran pieles a manera de barreras contra los dardos de los tirios (Curt. IV.2.23). Además, se instalaron dos torres en la cabecera del dique en construcción, desde las cuales poder disparar proyectiles contra las chalupas. Las torres estaban cubiertas con pieles para protegerlas contra los dardos incendiarios, y resultaron muy efectivas contra las incursiones de los tirios (Arr. *Anab.* II.18.6). Alejandro completó el dispositivo de defensa del terraplén disponiendo embarcaciones alrededor de éste (Diod. XVII.42.5).

En forma simultánea a estas acciones, los tirios lanzaron un ataque a tierra firme y mataron a muchos de los trabajadores que llevaban las piedras al terraplén (Curt. IV.2.24). Al mismo tiempo, se supo de ataques perpetrados en la cordillera del Líbano contra los macedonios que trabajaban en la extracción de árboles. Alejandro personalmente dirigió una expedición con el propósito de castigar a los agresores y de asegurar el suministro de madera, dejando a sus generales Perdicas y Crátero a cargo de la construcción del malecón.

Estando Alejandro ocupado en el Líbano, los tirios ejecutaron un contragolpe muy efectivo: el ataque con el barco incendiario. Tomamos la descripción de Arriano, que a nuestro juicio es la más detallada y vívida:

«Ante esta táctica, los tirios contraatacaron de la siguiente manera: llenaron una nave, de las que se utilizan para transportar caballos, con sarmientos secos y matojos combustibles, y en su proa hincaron dos mástiles y a su alrededor idearon poner unos macarrones lo más abiertos posible, a fin de dar cabida en ellos a gran cantidad de rastrojos y material de fácil combustión; a todo ello añadieron pez, azufre y otras cosas que pudieran contribuir a provocar una gran llamarada. Sobre los dos mástiles extendieron una doble viga desde la que cargaban en calderos todo tipo de materiales que pudiera luego avivar el fuego al ser apilado y depositado sobre él; en la popa echaron un lastre para que al estar la nave cargada en la popa levantara a mayor altura la proa». (Arr. *Anab.* II.19.1 – 2)

Planearon el ataque teniendo en mente los fuertes vientos del suroeste:

«Tuvieron ahora que aguardar a que el viento soplara en dirección al terraplén, y cuando así ocurrió ataron la popa de la nave a unas trirremes y la remolcaron. Cuando se encontraba ya cerca del terraplén y de las torres, prendieron fuego a la leña, y tirando de ella las trirremes con toda fuerza hacia adelante estrellaron la nave contra el extremo del terraplén». (Arr. *Anab.* II.19.3)

Romane (1987, pág. 81) enfatiza el conocimiento que tenían los tirios de las condiciones climáticas, ya que al ser muy dependientes del mar eran, asimismo, muy sensibles a dichas condiciones climáticas.

A diferencia de Arriano, quien afirma que el barco fue remolcado, Curcio menciona que el barco fue puesto en movimiento a golpes de remo y con el impulso del viento al desplegar su velamen (Curt. IV.3.2); como fuese, la nave incendiada dio contra el extremo del terraplén y alcanzó las torres, destruyéndolas rápidamente.

En ese momento, los tirios salieron en embarcaciones ligeras y abordaron el terraplén, destruyeron la empalizada que estaba al frente del terraplén y prendieron fuego al resto de máquinas de los macedonios (Arr. *Anab.* II.19.3).

El ataque, combinado con el fuerte oleaje provocado por el viento del suroeste, terminó por arruinar el terraplén:

«La construcción no sólo fue devorada por el incendio, sino que, al soplar casualmente aquel día un viento más huracanado que de costumbre, las aguas, removidas desde lo profundo, se precipitaron contra la escollera; las juntas de la construcción, zarandeadas por el ir y venir de las olas, se aflojaron y el agua, penetrando entre las piedras, abatió la obra por su mitad. Así pues, las piedras apiladas que sostenían la capa de tierra fueron derribadas y aquélla se vino abajo, precipitándose en el mar, de modo que Alejandro, al volver de Arabia, apenas si encontró rastro de tan importante construcción.» (Curt. IV.3.7)

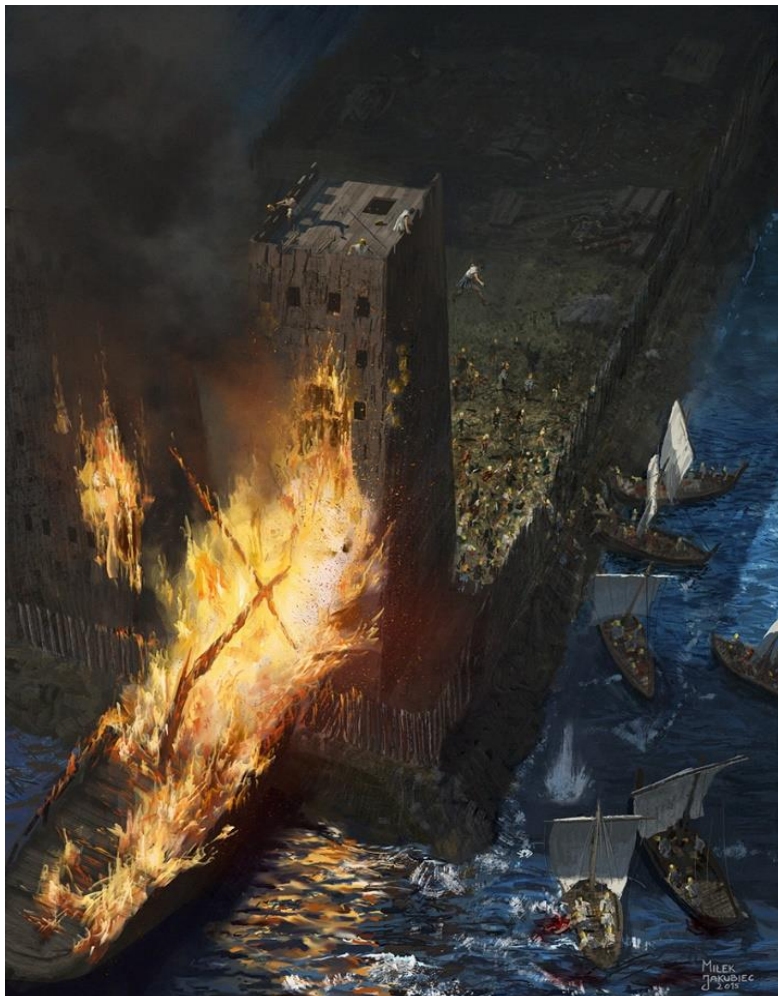


Fig. 14. El ataque de los tirios con el brulote.

Alejandro, a su regreso, se encontró con un panorama de desolación. Los responsables se culpaban unos a otros (Curt. IV.3.7), aunque en realidad debe reconocerse el buen éxito de la estratagema de los tirios, bien planeada y ejecutada. Sin duda éste fue su mejor momento. English (2009, pág. 108) comenta que este brulote es un buen ejemplo de la guerra química en la Antigüedad.

El segundo terraplén

La única falla en el plan de los tirios fue que no tomaron en cuenta el carácter de Alejandro. Si creyeron que lo habían derrotado, se equivocaron. J. G. Droysen (2001, págs. 175-176) explica que después de este revés, Alejandro, lejos de renunciar a la captura de Tiro, consideró que no podía permitirse tal fracaso. De tal manera, y siguiendo los principios básicos del proceso de planeación («evaluar resultados y hacer los ajustes necesarios; volver al inicio y repetir el proceso»), y habiendo asimilado las lecciones que dejó el primero, ordenó que se iniciara un nuevo terraplén, esta vez mejor orientado (en dirección Noreste – Suroeste) y más ancho:⁴⁰

«El rey emprendió la construcción de un nuevo dique, dirigiendo la obra de cara al viento, no de costado sino de frente; el dique así protegía todas las demás obras como si estuvieran escondidas tras él; también ensanchó el terraplén de modo que las torres levantadas en medio quedaran fuera del alcance de los dardos enemigos.» (Curt. IV.3.8–9).

De esta manera, el frente de la estructura protegería el resto de ésta y resistiría mejor los oleajes. Además, es de suponerse que los restos del primer terraplén aminorarían el oleaje. Según la narración de Quinto Curcio, la construcción del segundo terraplén fue más compleja que la del primero, ya que se dispusieron capas alternadas de madera y piedras. Además, los árboles se ponían con todo y sus ramas, de manera de formar un entrelazamiento en la estructura (Curt. IV.3.9).

Los tirios realizaban acciones de sabotaje de esta segunda obra, con cierto éxito, aprovechando la superioridad naval que poseían (Bosworth, 2005, pág. 76). Enviaban buzos a romper la estructura, jalando los árboles por las ramas que sobresalían. (Curt. IV.3.9 – 10).

⁴⁰ La versión de Diodoro (XVII.42.7) contradice las de Quinto Curcio y la de Arriano, pues aquel no menciona un nuevo terraplén; más bien refiere que el original fue reparado.

A juzgar por el relato de Arriano, el fracaso del primer terraplén hizo reflexionar a Alejandro acerca de la necesidad de una flota; así, mientras avanzaba la construcción del segundo terraplén, Alejandro partió a Sidón con el propósito de hacerse de cuantos barcos tuvieran disponibles, «porque estaba convencido de que el asedio de Tiro sería inviable mientras fueran los propios tirios quienes controlaran el mar.» (Arr. *Anab.* II.19.6).

La narración de Arriano es la más detallada. Refiere que, después de la derrota de Darío en Issos y la rendición de las ciudades fenicias ante Alejandro, la flota persa se había disuelto. Los contingentes navales fenicios y chipriotas regresaron a sus ciudades y se pusieron a disposición del rey de Macedonia. Tan solo las ciudades fenicias de Arados, Biblos y Sidón aportaron ochenta navíos; los distintos reinos chipriotas, «unas ciento veinte»; Rodas, diez; Licia, diez; Solos y Malo, tres; y finalmente, un pentecóntero llegó de Macedonia. Esta cuenta hace un total de aproximadamente 224 naves (Arr. *Anab.* II.20.1 – 3). A esta flota hay que agregar un contingente de cuatro mil mercenarios griegos traídos del Peloponeso por Cleandro (Arr. *Anab.* II.20.5 – 6), a quien Alejandro había enviado con este fin después de la toma de Halicarnaso (Arr. *Anab.* I.24.3). Todos estos refuerzos cambiaron el curso del sitio de Tiro a favor de los macedonios: Alejandro tenía ventaja en el número de barcos de guerra y podía acorralar a los tirios en su isla. Ahora, los preparativos para tomar por asalto la ciudad podían acelerarse (Bosworth, 2005, pág. 76).

Mientras las naves estaban siendo equipadas con ingenios militares, Alejandro realizó una incursión contra las tribus arábicas del Antilíbano (Arr. *Anab.* II.20.4 – 5), para someterlas dado que estas tribus dominaban los caminos que llevan del valle del Orontes a la costa. Como resultado de esta incursión, los poblados de la región se sometieron al rey macedonio y quedó asegurado el suministro de madera para el terraplén y para la maquinaria de guerra (Droysen, 2001, págs. 176–177; Romane, 1987, pág. 83).

A su regreso a Sidón, Alejandro encontró que la flota estaba equipada y lista para partir; en previsión de una eventual ruptura del cerco defensivo de los tirios y el consiguiente combate cuerpo a cuerpo, puso a bordo de las naves a cuantos hipaspistas⁴¹ cupieran, y así se hizo a la mar en formación, él mismo al frente del flanco derecho junto a los reyes

⁴¹ Infantería de élite del ejército macedonio. Vid. Hammond, 2012, págs. 33-34, Heckel and Jones, 2006, págs. 32,41.

chipriotas y fenicios, excepto Pnitágoras (rey de la ciudad chipriota de Salamina), quien iba en el ala izquierda de la formación junto al general macedonio Crátero.

Los tirios, al ver el tamaño de la flota de Alejandro, rehuyeron el combate naval y solo dispusieron tres naves delante de las murallas de la ciudad (Curt. IV.3.12 – 13). La idea inicial del comandante tirio, al enterarse de la aproximación de la flamante armada macedonia, era la de forzar el combate; sin embargo, al ver la magnitud de ésta, mucho mayor de lo que había previsto, cambió de opinión y puso rumbo a su ciudad (Arr. *Anab.* II.20.8; Curt IV.3.12). Alejandro se puso a toda marcha, tratando de llegar al puerto de Sidón antes que el enemigo. Dado que los mejores soldados tirios estaban en las naves, si Alejandro lograba entrar al puerto, tendría una inmejorable oportunidad de capturar la ciudad allí mismo (Green, 2013, pág. 256); sin embargo, los tirios alcanzaron el puerto antes y dispusieron una fila de naves bloqueando la entrada al mismo (Arr. *Anab.* II.20.8).

A pesar de las defensas navales tirias, la flota fenicia se lanzó al ataque, logrando enviar a pique tres trirremes que estaban ancladas en la parte más exterior del puerto (Arr. *Anab.* II.20.9). Se dispuso el bloqueo naval de Tiro, de la siguiente manera:

«Al día siguiente dio órdenes Alejandro a Andrómaco, navarco chipriota, de que con sus naves pusiera cerco a la ciudad por el puerto que da a Sidón, y que los fenicios hicieran otro tanto por el muelle que se encuentra al otro lado del terraplén, orientado hacia Egipto, donde él mismo tenía su propia tienda.» (Arr. *Anab.* II.20.10)

Como resultado de estas acciones, la flota tiria quedó acorralada y Alejandro, de un golpe, obtuvo el dominio del mar (Green, 2013, pág. 256).

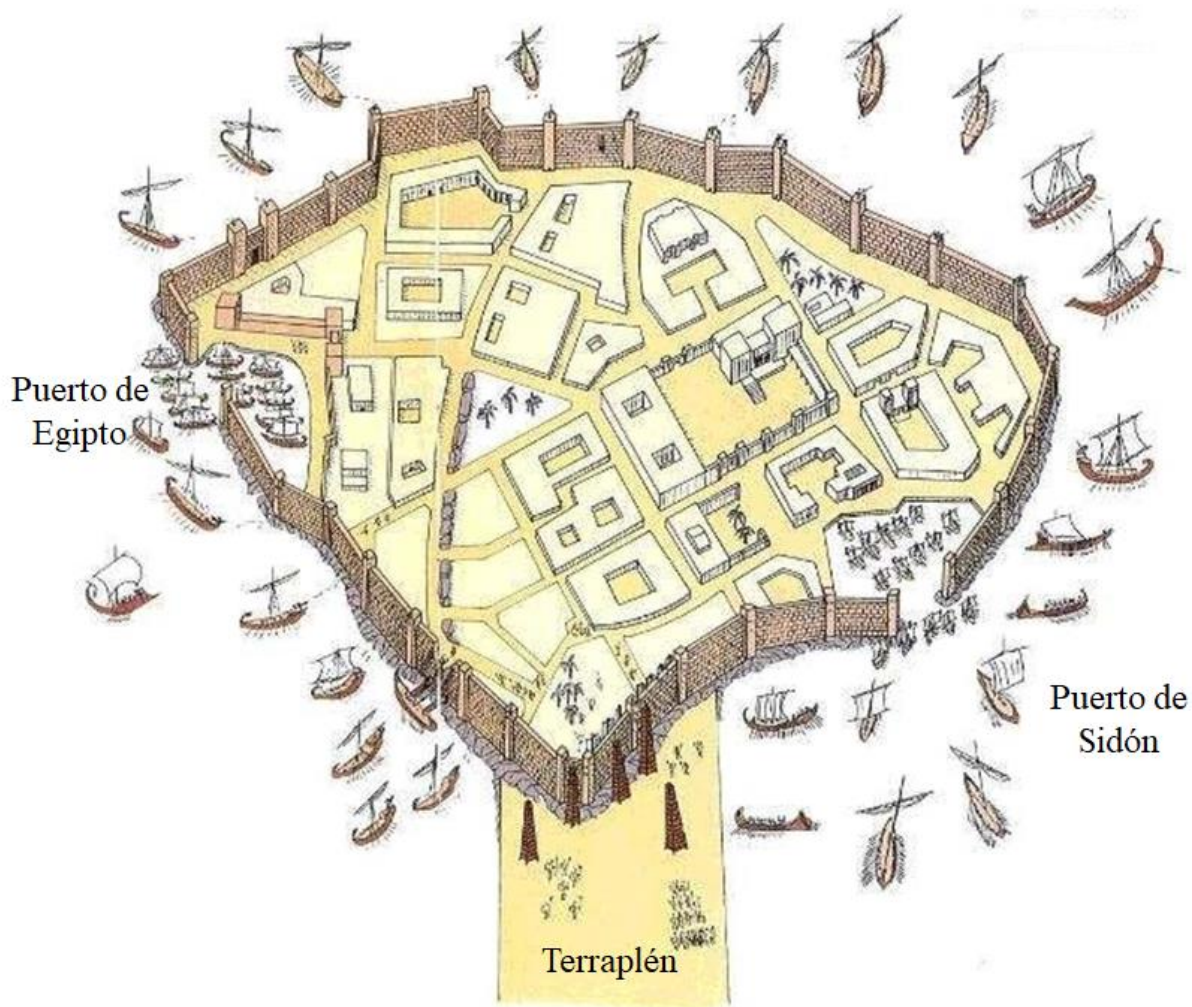


Fig. 15. Bloqueo naval de la flota macedonia a la isla de Tiro

Mientras tanto, proseguía la construcción del terraplén. Éste fue eventualmente concluido, uniéndose al muro y «transformando la ciudad en península» (Diod. XVII.43.5)⁴²

Asalto final

Alejandro buscó inmediatamente tomar ventaja de la superioridad naval que había adquirido. Además del bloqueo impuesto a los puertos tirios, las naves equipadas con maquinaria de guerra se dedicaron a golpear las murallas con arietes y con catapultas:

⁴² Es de hacerse notar que ni Arriano ni Quinto Curcio refieren la conclusión del terraplén, y se enfocan preferentemente en las acciones navales que llevaron a la captura de la ciudad.

«Al día siguiente acercó la escuadra a las murallas y desde todas partes comenzó a batirlas con sus piezas de artillería, principalmente a golpes de ariete. Los tirios rápidamente las rehacían, taponando los huecos con piedras, y emprendían también la construcción, todo alrededor, de un muro interior por si el exterior fallaba.» (Curt. IV.3.13 – 14).

Ante la intensidad de los ataques contra sus murallas, los tirios se dieron a la tarea de reforzarlas (Antela, 2012, pág. 118), en particular las que daban al terraplén:

«Los tirios querían doblar la seguridad de los muros, y una vez que hicieron una separación de cinco codos, construían otro muro con una anchura de diez codos y rellenaban el espacio que quedaba en medio de los muros con piedras y tierra.» (Diod. XVII.43.3)⁴³

En este momento del sitio entraron en acción otros ingenios tirios. Las ruedas giratorias que desviaban los proyectiles lanzados por los macedonios (Diod. XVII.43.1, 45.2 – 3); los odres y zurrónes rellenos de algas que amortiguaban los impactos de las piedras lanzadas desde las catapultas montadas en los barcos (Diod. XVII.44.3 – 4); las antenas de navío provistas de hoces con las cuales cortaban los cables de los arietes; dejaban caer cuervos y harpagones que desgarraban tanto a hombres como a los navíos (Curt. IV.3.24 – 25).

Para evitar que las naves macedonias se acercaran a las murallas y las atacaran con los arietes, los tirios lanzaron gran cantidad de piedras al agua, a manera de obstáculo. Los macedonios hacían grandes esfuerzos para deshacerse de ellas. Esto solo podía hacerse mediante barcos bien anclados y equipados con fuertes grúas (Green, 2013, pág. 259); las retiraron atándolas con cables y arrastrándolas hacia aguas más profundas. Los tirios intentaron contrarrestar esta acción atacando las naves macedonias con barcos acorazados, cortándoles los cables de las anclas; los macedonios dispusieron igualmente algunos triacóntoros y los interpusieron entre sus barcos anclados y los de los tirios; éstos insistieron en su táctica de cortar los cables de las anclas, para cuyo fin enviaron buzos; ante ello, los macedonios cambiaron los cables por cadenas. Solo así pudieron éstos continuar con el retiro de las rocas. (Arr. *Anab.* II.21.4 – 7).

⁴³ Tipo de construcción conocido como *emplékton* (Vitr. II.8.7).

Las malas noticias se iban acumulando del lado de los tirios. Por esos días llegó un grupo de treinta legados de Cartago y les informó que no podrían cumplir la promesa de ayuda que les habían hecho, debido a conflictos en curso contra los sicilianos (Curt. IV.3.19).

Los tirios veían cómo se iba cerrando el cerco a su alrededor. Considerando que debían intentar un contraataque y no solo reaccionar con medidas defensivas, decidieron llevar la guerra al mar. Arriano relata un ataque naval contra la escuadra chipriota que custodiaba la entrada al puerto de Sidón: los tirios cubrieron la entrada del puerto con velas, para impedir que el enemigo pudiera ver los preparativos. A eso del mediodía, aprovechando que los marineros se habían retirado a sus obligaciones y el propio Alejandro había partido hacia su tienda después de dejar la flota anclada al otro lado de la ciudad, equiparon tres quinquerremes, otras tres cuatrirremes y siete trirremes con lo más selecto de sus soldados y marineros. Salieron del puerto en fila de uno, con un suave golpe de remo y sin el compás del cómitre, a fin de hacer el menor ruido posible. A cierta señal, se lanzaron contra las naves chipriotas, encontrando muchas de ellas abandonadas por su tripulación. En este ataque los tirios hundieron las naves de los reyes chipriotas Pnitágoras, Androcles y Pasícrates; sacaron otras a la playa y las destrozaron.

Alejandro, al igual que sus hombres, también se había retirado a su tienda; sin embargo, esa vez no se entretuvo como era su costumbre, sino que regresó al poco tiempo a las naves. Su reacción inmediata ante el ataque tirio fue la de ordenar el bloqueo del puerto y el cerco de la ciudad con las naves que formaban con él, para evitar la salida de más naves tirias, mientras él personalmente, con otra parte de su escuadra, se dirigía al encuentro de las que habían salido. Éstas, al percatarse del contraataque de Alejandro, se dirigieron a toda prisa al puerto, aunque pocas de ellas lograron ponerse a salvo: la mayoría fueron destruidas o capturadas por la escuadra de Alejandro, aunque los ocupantes lograron escapar a nado (Arr. *Anab.* II.21.8 – 22.5).

Diodoro relata una versión diferente del mismo hecho: ante el avance del terraplén, los tirios equiparon pequeños esquifes con catapultas de dardos, litóbolos, arqueros y honderos, y lanzaron un ataque al terraplén, causando numerosas bajas entre los obreros; Alejandro reaccionó lanzando las naves contra el puerto para interceptar el regreso de los

tirios quienes, con un gran esfuerzo, y a costa de algunas pérdidas, lograron llegar a puerto sanos y salvos (Diod. XVII.42.1 – 4).

Quinto Curcio da una interpretación un tanto distinta del hecho. Ocurrió que un monstruo marino (probablemente una ballena) se posó sobre el terraplén.⁴⁴ Los macedonios interpretaron esta aparición como que el animal les indicaba el camino que debía seguir la construcción; los tirios, en cambio, que era un aviso de Neptuno de que el muelle se vendría abajo en breve. Por ello, los tirios celebraron banquetes y se emborracharon. Al otro día, aún bajo los efectos del vino, se embarcaron en sus naves, las que habían adornado con flores y coronas.

Alejandro había dado la orden de conducir la escuadra al lado opuesto, dejando en la costa treinta naves más pequeñas; los tirios llegaron y capturaron dos de ellas. Alejandro, al percatarse de la situación, se dirigió a ese lugar. El primer barco macedonio en llegar fue un quinquerreme, el cual fue atacado de inmediato por dos naves tirias. El quinquerreme macedonio se lanzó contra una de ellas, logrando capturarla. La otra nave tiria intentó embestir al quinquerreme, pero antes de lograrlo fue golpeada por un trirreme macedonio, con tal fuerza que su timonel fue lanzado al agua. Enseguida llegaron más barcos macedonios y pusieron en fuga a los tirios. Alejandro los persiguió hasta el puerto y capturó o hundió a casi todos.

De las tres versiones existentes, tanto la de Arriano como la de Diodoro son, en mi opinión, las que ofrecen mayor verosimilitud, aunque no tenemos elementos para descartar la de Quinto Curcio. Por ejemplo, Patrick Romane (1987, pág. 84) narra el episodio combinando las versiones de Arriano y de Quinto Curcio. Antela (2012, págs. 117-118) opta por la acción contra el terraplén, es decir, la de Diodoro, pero incluye elementos de las otras dos narraciones. Peter Green ofrece otra interpretación: que los tirios lanzaron una salida sin éxito durante la siesta de los macedonios, y que después de un fuerte combate, fueron forzados a regresar a la ciudad. La interpretación de Green es que esta salida de los tirios le dio a Alejandro la ventaja que estaba buscando, pues la flota tiria quedó embotellada en el puerto de Sidón, donde permaneció durante el resto del asedio; así, Alejandro pudo circundar

⁴⁴ Diod. XVII.40.5 también narra la aparición del monstruo acuático, aunque no menciona acciones consecuentes de tirios ni de macedonios.

la ciudad buscando un punto débil en las murallas (Green, 2013, pág. 260). Hammond, hace una mención muy breve, basada en la versión de Arriano (Hammond, 2012, pág. 103). Fox también prefiere la versión de Arriano, y enfatiza la grave pérdida de naves que sufrieron los tirios en el ataque (Fox, 2015, pág. 198). English también opta por la versión de Arriano, y en especial, conjetura que los tirios habían observado un patrón de conducta de los macedonios que se repetía invariablemente, a saber, que interrumpían sus labores a eso del mediodía y tomaban un descanso, y usaron esa información para planear su ataque (English, 2009, pág. 124). Finalmente, Droysen también toma la versión de Arriano y enfatiza que, aunque los tirios lograron infligir severos daños a los macedonios, ellos también sufrieron grandes pérdidas y que, además, el bloqueo macedonio de los puertos se reforzó a partir de ese momento, y prácticamente quedó sellada la suerte de la ciudad de Tiro (Droysen, 2001, págs. 178-179).

Captura de la ciudad

Finalmente, el terraplén fue completado y alcanzó las murallas de Tiro. Ésta se convirtió en península. Se acondicionó un camino sobre el terraplén para que los macedonios pudieran desplazar sus enormes torres hacia las proximidades de la ciudad (Romane, 1987, págs. 84-85). El intenso fuego de cobertura de los macedonios permitió a éstos acercarse a las murallas en mayor número y con mayor seguridad y así emprender un ataque directo con arietes y escalas, además de las torres, desde las cuales se soltaron puentes levadizos (Antela, 2012, págs. 119-120).

Pero los tirios combatieron feroz y desesperadamente. En este momento hicieron uso de la temida arena ardiente que, una vez calentada al rojo vivo, lanzaban contra los atacantes más adelantados. Esta arena se colaba entre las vestimentas de los soldados y les quemaba la piel, provocándoles graves y dolorosas lesiones donde penetraba, e incluso la muerte más terrible (Diod. XVII.44.1 – 4; Curt. IV.3.25 – 26).⁴⁵

Para inhabilitar los arietes, lanzaban los «cuervos», los «harpagones» y las «manos de hierro» que, o bien cortaban las cuerdas de las que pendían los arietes (Diod. XVII.44.1),

⁴⁵ Según Diodoro, los tirios lanzaban la arena con «cierto dispositivo»; según Quinto Curcio, la dejaban caer desde lo alto de la muralla.

o los atenazaban y los levantaban para desarmarlos (Curt. IV.2.12); asimismo, lanzaban los mismos garfios o manos de hierro atados a cables contra los soldados macedonios apostados en las torres o en los manteletes; al quedar los garfios clavados en los escudos, tiraban de ellos, arrastrando a los soldados haciendo que cayeran, o bien obligándolos a soltar los escudos y dejándolos desprotegidos (Diod. XVII.43.7 – 10). Lanzaban redes de pesca desde lo alto de las murallas, con las cuales atrapaban a los enemigos y luego los soltaban desde lo alto. Igualmente lanzaban proyectiles convencionales: flechas, jabalinas y piedras (Diod. XVII.44.4). En resumen, los combates junto a las murallas eran encarnizados, con bajas de ambos lados: «...la dureza en los combates había llegado a ser irresistible...» (Diod. XVII.44.4 – 45.1).

Como el asalto a la ciudad no progresaba, Alejandro intentó, con algunas naves, un asalto al puerto de Sidón, sin éxito; entonces, hizo otro intento similar por el puerto de Egipto. En la zona entre éste y el terraplén, fue donde el muro cedió por primera vez, derrumbándose un buen trecho (Arr. *Anab.* II.22.6 – 7; Romane, 1987, pág. 85). Los macedonios intentaron penetrar ahí, lanzando unas pasarelas desde los barcos hasta el boquete que se había abierto (Arr. *Anab.* II.22.7), siendo rechazados por los tirios. En este intento Admeto, comandante de

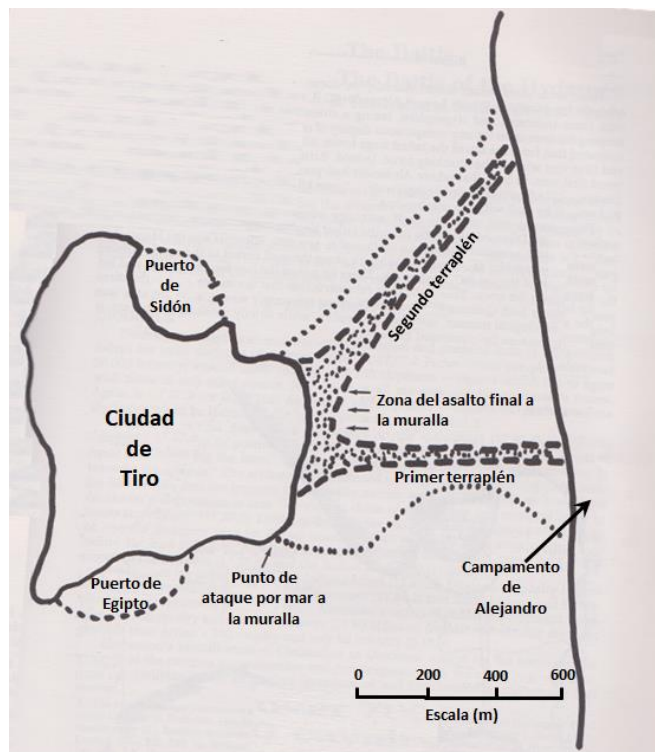


Fig. 16. El ataque final a la ciudad de Tiro

los hipaspistas, resultó muerto al recibir un golpe de hacha en la cabeza (Diod. XVII.45.6). Al anoecer se retiraron los macedonios y, según parece, Alejandro consideró seriamente abandonar el sitio y continuar hacia Egipto; pero la perspectiva de la humillación y el daño a su reputación de invencible le hicieron mantenerse en su propósito (Curt. IV.4.1 – 2)⁴⁶;

⁴⁶ Stephen English (*op. cit.*, p. 147) estima difícil que Alejandro haya pensado en abandonar el sitio, y que simplemente decidió suspender por ese día las acciones, dado que estaba anocheciendo.

aparentemente todo su estado mayor deseaba también levantar el sitio, pues las fuentes nos informan que en su decisión de continuar solamente fue secundado por Amintas (Diod. XVII.45.7).

El mal tiempo obligó a Alejandro a suspender el asedio durante dos días; dio un ultimátum a los tirios para que se rindieran, con la intención de no arriesgar a sus soldados ante la perspectiva de las batallas por venir; los tirios, aunque su situación se tornaba más y más desesperada, rechazaron la rendición (Romane, 1987, pág. 85). Alejandro empleó esos dos días para planear el asalto final.

El plan era, simplemente, atacar la ciudad en tantos puntos como fuera posible, para dispersar los esfuerzos defensivos de los tirios (Diod. XVII.46.1; Curt. IV.4.10). Arriano es explícito: «Así, los tirios, alcanzados de ambos lados por los disparos, no sabían dónde acudir, cogidos en tal apuro» (Arr. *Anab.* II.23.3). En el momento en que alguno de los puntos sucumbiera, toda la defensa se vendría abajo.

Al tercer día, cuando mejoró el tiempo (Arr. *Anab.* II.23.1), se inició el ataque definitivo. Alejandro se dirigió a la parte sur que había demolido días atrás (Antela, 2012, pág. 121; Green, 2013, pág. 261), con las más poderosas de sus naves equipadas con máquinas, para continuar el trabajo. Al mismo tiempo dispuso que sendas escuadras se dirigieran a los puertos con vistas a forzar el ataque a éstos; asimismo, ordenó que los demás navíos se repartieran alrededor de la isla, con arqueros, honderos, catapultas, arietes, etc. y procedieran a atacar sistemáticamente las murallas y a sus defensores (Droysen, 2001, pág. 180). Por la parte del terraplén, las torres, los litóbolos y los arietes continuarían machacando las murallas hasta que cedieran. Esta combinación de tácticas debía dar el resultado esperado.

Así, empezó el trabajo de demolición por toda la isla, hasta que la muralla se derrumbó en la zona prevista por Alejandro; la artillería limpió la muralla de defensores (Bosworth, 2005, pág. 77). Retiró las naves que portaban los arietes y acercó las que llevaban tropas. Lanzaron pasarelas y escalas, y penetraron por ahí los hipaspistas de Admeto y el batallón de Ceno (Arr. *Anab.* II.23.2). En este asalto Admeto fue alcanzado por una lanza o por un hacha y murió (Arr. *Anab.* II.23.5)⁴⁷; con él, veinte de sus hipaspistas (Arr. *Anab.*

⁴⁷ Arriano ubica en este hecho la muerte de Admeto y no en el intento anterior, como sostiene Diodoro en XVII.45.6.

II.24.4). Alejandro pasó a encabezar el asalto, y en poco tiempo esta sección fue capturada. (Arr. *Anab.* II.23.5; Curt. IV.4.11; Diod. XVII.46.1 – 2).

La actuación del rey en este asalto fue sobresaliente:

«Entonces se atrevió a realizar una hazaña increíble incluso para los que la veían. Tras lanzar un puente colgante desde la torre de madera a los muros de la ciudad, subió por él solo, sin preocuparse de la envidia de la suerte ni asustado por la amenaza de los tirios, sino que, teniendo como espectador de su propia bravura al ejército que había derrotado a los persas, ordenó a los demás macedonios que le acompañaran; y él en persona, yendo el primero, mataba a los que llegaban a sus manos, a unos con la lanza, a otros golpeándolos con la espada, y a algunos haciéndolos volverse con el reborde de su escudo e hizo que los enemigos suspendieran su mucha audacia.» (Diod. XVII.46.2)

«Fue entonces cuando Admeto demostró ser un hombre de valor. El propio Alejandro les acompañaba, participando activa y valientemente en la batalla, como testigo de cuantas distinguidas acciones de valor arrostraban los demás en semejante situación de peligro.» (Arr. *Anab.* II.23.4)

«...y él mismo subió a una altísima torre: su valor era grande pero el peligro todavía mayor. En efecto, bien visible por sus insignias reales y sus armas refulgentes, constituía el principal blanco de todos los proyectiles. Sus hazañas merecían la pena de ser contempladas: a muchos que se defendían luchando desde lo alto de las murallas, los traspasó con su lanza; a algunos, incluso en combate cuerpo a cuerpo, los echó abajo empujándolos con su espada y con su escudo...» (Curt. IV.4.10 – 11)

Pronto los tirios fueron desalojados de la brecha, ocuparon las dos torres próximas, aseguraron esa sección de la muralla y despejaron el camino hacia el palacio, al cual se encaminaron dado que por ahí sería más fácil bajar a la ciudad (Arr. *Anab.* II.23.5 – 6). Al mismo tiempo, en otra zona, la muralla también cedió ante los golpes de ariete, lo que permitió la entrada de los soldados macedonios (Diod. XVII.46.2 – 3).⁴⁸ Los barcos hicieron también su parte: la escuadra fenicia forzó la entrada al puerto de Egipto y arremetió contra las naves tirias ahí estacionadas. La escuadra chipriota hizo lo propio con el puerto de Sidón y se apoderó de esa parte de la ciudad (Arr. *Anab.* II.24.1). El plan de Alejandro resultó un éxito total.

⁴⁸ Es lógico suponer que las murallas frente al terraplén fueron las que finalmente cedieron ante la presión de la artillería; aunque eran las más fuertes y mejor defendidas, sufrieron el mayor acoso de los macedonios, pues ahí los arietes y litóbolos seguramente eran más grandes y potentes que los que se podían montar en cualquier barco. Además, contaban con abundancia de proyectiles (piedras) al estar en tierra firme. Por otra parte, era el único punto por donde podían entrar soldados macedonios en cantidad suficiente para culminar con éxito el asalto final a la ciudad.

En esta situación, los tirios que se hallaban en las murallas se retiraron al interior de la ciudad; colocaron barricadas en las calles (Diod. XVII.46.3); otros más lanzaban piedras a los invasores desde los tejados (Curt. IV.12 – 13); en torno al templo de Agenor, se atrincheraron y organizaron la última resistencia; Alejandro y los hipaspistas se lanzaron sobre ellos para terminar el trabajo. Los tirios pelearon hasta el último hombre. Enseguida se unió el batallón de Ceno (Arr. *Anab.* II.24.2 – 3), y el resto de los atacantes.⁴⁹

Desenlace

Lo que se produjo a continuación fue una verdadera carnicería. Alejandro ordenó matar a todos, excepto a los que se habían refugiado en los templos, además de prender fuego a sus casas. En los templos había principalmente mujeres y niños, pero los hombres permanecieron en sus casas dispuestos a defenderlas (Curt. IV.4.14).

Muchos de los tirios se salvaron gracias a que fueron salvados en secreto por los integrantes de la flota de Sidón, en memoria de su origen común. Según Quinto Curcio, los sidonios lograron salvar a 15000 tirios (Curt. IV.4.15 – 16). Diodoro (XVII.46.4) menciona que «muchísimos fueron transportados a Cartago».

El saldo de bajas tirias, según las fuentes, oscila entre seis mil y ocho mil.⁵⁰ Además, otros dos mil fueron crucificados (Diod. XVII.46.4; Curt. IV.4.17).

En cuanto a prisioneros, Diodoro (XVII.46.4) nos da la cifra de trece mil; Según Arriano (II.24.5 – 6), fueron capturados «unos treinta mil ciudadanos de Tiro y extranjeros».

Del lado macedonio, Arriano reporta cuatrocientos muertos durante toda la duración del sitio (II.24.4).

Con todo, el rey se mostró piadoso con los personajes más importantes de la ciudad, como el rey Acemilco y otros personajes de la nobleza local, así como con todos los que se habían refugiado en los templos. También respetó la vida de los teoros cartagineses que se encontraban en Tiro, en ocasión de festividades locales (Arr. *Anab.* II.24.5), pero consideró

⁴⁹ Las fuentes solo mencionan específicamente estos dos contingentes, que fueron los que lograron penetrar por la primera brecha; pero es difícil aceptar que ellos solos lograran vencer a todos los tirios; era imperativo contar con superioridad numérica en el combate cuerpo a cuerpo.

⁵⁰ Curt. IV.4.16 menciona 6000 muertos; Diod. XVII.46.3 da la cifra de 7000; Arr. *Anab.* II.24.4 reporta 8000.

sus actos como propios de una potencia hostil (Bosworth, 2005, pág. 77). Alejandro les hizo entrega de una declaración de guerra que, dadas las circunstancias, dejó en suspenso (Curt. IV.4.18).

Celebraciones

Desde luego, los macedonios organizaron celebraciones por la victoria. Alejandro ordenó un gran desfile en el que el ejército y la flota se exhibieron con todas sus insignias en honor de Heracles (Bosworth, 2005, pág. 77); se celebró un certamen gimnástico y una carrera de antorchas. Alejandro depositó en el templo de Heracles – Melkart como ofrenda la máquina con que se había derribado el muro,⁵¹ así como una nave capturada por Alejandro (Arr. *Anab.* II.24.6). Además, Alejandro quitó las cadenas de oro y las ataduras de Apolo y ordenó que se llamara a este dios «Apolo Filoalejandrino, y honró a los que se habían comportado con valentía» (Diod. XVII.46.5).

A manera de epílogo, Quinto Curcio cierra el episodio de este asedio:

«Tiro, ciudad insigne en el recuerdo de la posteridad tanto por la antigüedad de su origen como por sus continuos cambios de fortuna, fue tomada a los siete meses de haber comenzado su asedio. Fundada por Agenor, sometió a su dominio durante mucho tiempo no sólo el mar de su entorno sino cualquiera al que llegaron sus naves; Y, si se puede dar crédito a la fama, este pueblo fue el primero en enseñar o en aprender el alfabeto. Lo que sí es cierto es que sus colonias se extendieron poco menos que por todo el orbe: Cartago en África, Tebas en Beocia, Gades en el Océano... Así pues, tras sufrir muchas vicisitudes y renacida después de su destrucción, ahora por fin, en medio de una dilatada paz que revivifica todas las cosas, Tiro descansa bajo la tutela bienhechora de Roma.» (Curt. IV.4.19 – 21)

⁵¹ Más que a Heracles, este debió ser un homenaje a Diades, Carias y el resto de los ingenieros militares.

Renacimiento y vida posterior de la ciudad de Tiro

La ciudad de Tiro cobra nuevamente relevancia, aunque por un breve periodo, pues Alejandro estuvo otra vez allí después de su visita a Egipto; en Tiro resolvió asuntos pendientes e hizo los últimos preparativos antes de su marcha hacia Mesopotamia, al encuentro final con Darío (Arr. *Anab.* II.6.1 – 4; Diod. XVII.52.7).

Guerras de los Diádocos

Después de la muerte de Alejandro, ocurrida en 323, los generales macedonios celebraron un consejo en Babilonia con el propósito de discutir el reparto del imperio. Sin embargo, inmediatamente surgieron disputas entre los generales de Alejandro, llamados Diádocos («sucesores»). En 320 a. C. se celebró un segundo acuerdo, el Tratado de Triparadiso (Diod. XVIII.39.4 – 7) en el cual se hizo una nueva distribución del imperio. Sin embargo, las disputas no cesaron; así, se inició un periodo de confrontaciones que duró desde 322 hasta 287 a. C.

De acuerdo con el tratado de Triparadiso, las regiones de Fenicia y Siria le fueron concedidas a Laomedonte.⁵²

Por otra parte, Ptolomeo⁵³, quien había quedado en posesión de Egipto, ambicionaba las regiones de Siria y Fenicia por los históricos lazos comerciales que las unían a Egipto, de manera que derrocó a Laomedonte en 319 a. C. y se anexó la satrapía de éste a Egipto (Diod. XVIII.43.1 – 2). Fenicia permaneció como posesión de Ptolomeo hasta 315 a. C., año en que Antígono el Tuerto, otro de los Diádocos, se apoderó de la región, incluyendo a Tiro, la que capturó luego de quince meses de asedio (Diod. XIX.61.5). Tiro permaneció bajo el dominio de Antígono hasta la muerte de éste en 301 a. C. Su hijo Demetrio Poliorcetes («sitiador de ciudades») mantuvo el dominio de Fenicia con algunos sobresaltos, hasta 287 a. C.⁵⁴ A partir

⁵² Laomedonte era uno de los generales del ejército macedonio. Natural de Mitilene, se estableció en Macedonia, donde se ganó la confianza de Filipo y de Alejandro, aunque fue desterrado por el primero, a resultas de intrigas palaciegas. Alejandro lo incorporó a su ejército como encargado de los prisioneros persas, dado que era bilingüe. (Diod. XVIII.3.1; Curt. X.10.2). *Vid.* Heckel, *op. cit.*, p. 146.

⁵³ Ptolomeo, otro de los generales de Alejandro, recibió el reino de Egipto y fundó la dinastía Ptolemaica (Heckel, 2006, págs. 235-238).

⁵⁴ Según Bonnett, Tiro pasó al control Ptolemaico en 294 a. C.

de entonces, la ciudad quedó bajo el dominio de Egipto, dominio que se extendió casi setenta años (Rawlinson, 2012, pág. 342).

Un hecho significativo ha abonado a la notoriedad histórica de la ciudad de Tiro: en 315 a. C. cuando Antígono, habiendo capturado la ciudad, convocó a una asamblea y, entre otras cosas lanzó una proclama a favor de la libertad de los griegos, buscando ganarse su apoyo en contra de Casandro.⁵⁵

No obstante hallarse en medio de todas estas turbulencias políticas, la ciudad de Tiro se repuso y recuperó parte de su prosperidad gracias, sobre todo, al importante recurso del murex, del que se extraía la púrpura, así como a su posición estratégica, ambas ventajas desde muy antiguo. Estrabón relata que la ciudad «se recuperó gracias a su vocación marinera (en lo que los fenicios en general han sido superiores a todos los pueblos de todos los tiempos), y a sus teñidos de color púrpura, pues el púrpura tirio se ha considerado con mucho el más hermoso de todos» (Strab. XVI.23). Bajo la tutela de los Ptolomeos, Tiro resurgió nuevamente como potencia comercial. Los primeros gobernantes de esta dinastía fueron benévolo y prudentes. Impulsaron el comercio y las artes. Protegieron sus dominios de ataques externos tanto como les fue posible, abatieron la piratería y gobernaron con equidad y moderación, aunque también tuvo que competir con Alejandría, que surgió como potencia emergente en el comercio del Mediterráneo oriental. Por ello, cuando el imperio Seléucida se apoderó de Fenicia en 198 a. C., los fenicios consideraron que ello les resultaría ventajoso.

Desde 168 a. C., seis ciudades fenicias (Trípoli, Biblos, Berytus –es decir, Laodicea de Fenicia, hoy Beirut–, Sidón, Tiro y Tolemaida) emitieron una moneda de bronce cuasi municipal, con Antíoco IV en el anverso y el nombre de la ciudad fenicia en el reverso. Estas monedas revelan una sed de identidad y un deseo de exhibir las legendarias glorias del pasado. En 141 a. C., a Tiro se le concedió el título de ciudad – asilo (Bonnett, 2019, pág. 6)., donde perseguidos políticos podían refugiarse sin posibilidad de ser reclamados por el soberano (Rawlinson, 2012, págs. 342-344). Estrabón confirma lo anterior: «los tirios fueron considerados autónomos no solo por los reyes, sino también, con un pequeño gasto, por los romanos que confirmaron la decisión de los reyes» (Strab. XVI.23).

⁵⁵ Casandro fue otro de los Diádocos, que se había apoderado de Macedonia y asesinado a la madre de Alejandro (Diod. XIX.51.4 – 5) así como a su viuda Roxana y a su hijo, el rey legítimo Alejandro IV (Diod. XIX.105.2 – 3). Sobre la proclama de la libertad de los griegos, *vid.* Diod. XIX.61.3 – 4.

Hacia 125 a. C., en Tiro, el retrato real selécida fue sustituido por el busto de Heracles, un indicio de algún movimiento independentista (Bonnett, 2019, pág. p. 6).

Conclusiones

«Resulta irónico que las murallas de Tiro hubiesen de ser la primera fortificación que sintió la fuerza de las rocas arrojadas por las máquinas de guerra griegas»
(Fox, 2015, pág. 323)

- I. La tecnología del asedio de ciudades, tan avanzada en los reinos de Oriente, era prácticamente inexistente en la Grecia del siglo V a. C., y las primeras torres y arietes que conoció el mundo helénico seguramente llegaron de Sicilia, bajo los auspicios de Dionisio I de Siracusa, quien los obtuvo gracias a técnicos cartagineses que contrató *exprofeso*. Tal tecnología llegó a Cartago desde Tiro, su *alma mater* y principal contacto comercial y cultural de Oriente. Tiro, por lo tanto, fue el contacto crucial en la transmisión de los conocimientos de poliorcética a Grecia y posteriormente a Macedonia. Desde luego, los tirios no contaban con que los macedonios desarrollarían una inventiva propia que llevaría los ingenios poliorcéticos a un nivel inimaginable. (Fox, 2015, págs. 323-324). Las torres alcanzaron dimensiones gigantescas; la tecnología de torsión aumentó la potencia de las catapultas y los litóbolos de tal manera que lograron lanzar piedras más pesadas a mayores distancias y, en fin, los arietes se hicieron más eficientes y capaces de derribar muros hasta entonces invencibles.
- II. Romane (1987, pág. 88) comenta sobre la posición de Alejandro durante el asalto final a la ciudad. Basado en las versiones de Diodoro (XVII.46.1 – 2) y Quinto Curcio (IV.4.10 – 12) concluye que, sin duda, Alejandro estuvo en la torre más alta ubicada en el terraplén, y que desde ahí dirigió el asalto a la ciudad. Ello contradice la versión de Arriano (II.23-4 -6) quien afirma que Alejandro estaba en las naves acompañando a Admeto y a los hipaspistas. El argumento de Romane es que el ataque principal y el que había consumido más trabajo y recursos, era el que se montó desde el terraplén; los ataques por mar alrededor de la ciudad fueron engaños diseñados para distraer las defensas de los tirios y sacarlas de la muralla frontal. Ningún general apostaría por un ataque por mar, dadas las dificultades que ello implica. Sin embargo, éstas son las palabras de Arriano. English (2009, pág. 149) por su parte, no pone en duda la versión de Arriano, y afirma que es un hecho aleccionador que el asalto final se hubiera producido desde barcos y no desde el dique, y que éste cumplió una función de distracción y forzó a los tirios a colocar

muchos defensores en esa zona de la muralla y así reducir las defensas en áreas más vulnerables. Un tema que se ha de debatir adecuadamente.

- III.** El asedio y la toma de Tiro son, como ya se ha indicado, la obra maestra de Alejandro Magno. Puso en juego sus capacidades estratégicas y su habilidad para aprovechar todos los recursos de que disponía. Pero sin duda, su cualidad más importante y la que resultó decisiva fue su excepcional capacidad de liderazgo. Todas estas virtudes son el sello de un gran general. Robin Lane Fox (2015, pág. 325) cita a Napoleón: «El genio es la medida inexplicable de un gran general».
- IV.** La caída de Tiro tuvo un enorme efecto propagandístico, sobre todo en el ámbito mediterráneo, hasta las mismas columnas de Hércules. Tiro, la poderosa, su arrogante flota, su floreciente actividad comercial, su riqueza, habían terminado; la cólera del nuevo Aquiles la había borrado de la faz de la tierra (Droysen, 2001, pág. 182).
- V.** El rey Acemilco de Tiro fue un enemigo que estuvo a la altura de las circunstancias, quizá el más competente de los comandantes a los que Alejandro enfrentó. Obligó a los macedonios, con la creatividad de sus ingenieros, a desarrollar grandes innovaciones técnicas. También exhibió las carencias de Alejandro en el arte de la guerra marítima, y le hizo ver que no podría capturar su ciudad sin una fuerza naval adecuada. La historia le debe los honores que merece (English, 2009, pág. 150).
- VI.** Quizá la principal debilidad de Tiro fue su enemistad con las ciudades – estado vecinas. Los chipriotas y los demás fenicios contribuyeron a hacer posible la victoria de los macedonios en este episodio (Hammond, 2012, pág. 104).
- VII.** Contra el dique de Alejandro, la arena comenzó a acumularse, suavizando el brusco perfil de rocas y troncos, uniendo Tiro cada vez más estrechamente con el continente. Con cada siglo que pasaba, la península se ensanchaba. Hoy, bajo las calles de asfalto y los bloques de apartamentos, el núcleo de piedra de esa fantástica calzada sigue en pie: uno de los legados más tangibles y permanentes de Alejandro para la posteridad (Green, 2013, pág. 263).

Bibliografía

Fuentes clásicas

- Arriano. (1982). *Anábasis de Alejandro Magno*. (A. G. Guerra, Trad.) Madrid: Gredos.
Obtenido de <http://library.lol/main/56F9B60ACD9B2A751E27798C7C105C09>
- Athenaeus. (2004). *On Machines*. (D. Whitehead, & P. H. Blyth, Trans.) Stuttgart: Steiner.
Obtenido de <http://library.lol/main/AD2375D61AD878C3DF5E2E9388F86061>
- Diodoro Sículo. (2001). *Biblioteca Histórica* (Vols. Libros I-III). (F. Parreu Alasá, Trad.) Madrid: Gredos. Obtenido de <http://library.lol/main/D832D0A2E842F9DE52A2FD722B6748E3>
- Diodoro Sículo. (2012). *Biblioteca Histórica* (Vols. Libros XV-XVII). Madrid: Gredos.
Obtenido de <http://library.lol/main/E93916D110F5B5AF456A8DAB5F864AA8>
- Diodoro Sículo. (2014). *Bibliotheca histórica* (Vols. Libros XVIII-XX). (F. P. Alasà, Trad.) Madrid: Gredos. Obtenido de <http://library.lol/main/17B046A2533B0BDEFC7E626950E2FA0E>
- Estrabón. (2015). *Geografía*. Madrid: Gredos. Obtenido de <http://library.lol/main/FBC57A84D1C15F8D579DD17620FF7FBD>
- Herodoto. (1992). *Historia. Libro II Euterpe*. Madrid: Gredos. Obtenido de <http://library.lol/main/D2417B462EC808C05BE11D35E5AE46BF>
- Herón de Alejandría. (1918). *Belopoiica*. (H. D. Schramm, Trad.) Berlín: Reimer.
Recuperado el 12 de marzo de 2021, de <https://archive.org/details/heronsbelopoiika00hero/page/10/mode/2up>
- Isócrates. (1979). *Discursos I*. (J. M. Guzmán Hermida, Trad.) Madrid: Gredos.
- Plinio el Viejo. (2003). *Historia Natural (Libros VII - XI)*. (E. e. Del Barrio, Trad.) Madrid: Gredos. Obtenido de <http://library.lol/main/967599317A1B70E70B82B4B4A5EEC6D4>
- Plutarco. (2007). *Vidas paralelas*. (S. B. Jorge Bergua Cavero, Trad.) Madrid: Gredos.
- Polieno. (1991). *Estratagemas*. Madrid: Gredos. Obtenido de <http://library.lol/main/0E9966895A95E4C895B5070DEDE55472>
- Rufo, Q. C. (1986). *Historia de Alejandro Magno*. (F. Pejenaute Rubio, Trad.) Madrid: Gredos. Obtenido de <http://library.lol/main/1E679F4D135AF18B99A21AFB577CFDA3>

Vitruvio. (s.f.). *The Ten Books on Architecture*. Obtenido de <http://www.perseus.tufts.edu/hopper/text?doc=Perseus%3Atext%3A1999.02.0073%3Abook%3D10%3Achapter%3D13%3Asection%3D1>

Autores modernos

- Allison, M. y. (2005). *Strategic Planning for Nonprofit Organizations*. Hoboken: Wiley.
- Álvarez Martí-Aguilar, M. (2006). "El origen del ariete: Cartago versus Gadir a fines del siglo III a. C.". En *Initia rerum: sobre el concepto del origen en el mundo antiguo* (págs. 125-140). Universidad de Málaga. Obtenido de https://www.academia.edu/2242579/_Cartago_versus_Gadir_a_fines_del_s_III_a_C_
- Amitay, O. (2008). Why did Alexander the Great Besiege Tyre? (N. Press, Ed.) *Athenaeum*, *XCVI*(1), 91 - 102.
- Antela, B. (2012). "Alejandro Magno, poliorcetes". En A. y. Vidal (Ed.), *Fortificaciones y guerra de asedio en el mundo antiguo* (págs. 77-134). Zaragoza: Pórtico.
- Aubet, M. E. (1993). *The Phoenicians and the West*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Bloedow, E. (1994). Alexander's Speech on the Eve of the Siege of Tyre. *L'antiquité classique*, *63*, 65-76. doi:<https://doi.org/10.3406/antiq.1994.1183>
- Bloedow, E. (2004). "Egypt in Alexander's Scheme of Things". *Quaderni Urbinati di Cultura Classica*, *77*(2), 75-99. Obtenido de <https://www.jstor.org/stable/20546817>
- Bonnett, C. (2019). The Hellenistic Period and Hellenization in Phoenicia. En B. R. Doak, & C. López-Ruiz (Edits.), *The Oxford Handbook of the Phoenician and Punic Mediterranean*. Oxford: Oxford University Press. Obtenido de <https://hal.archives-ouvertes.fr/hal-02288268>
- Bosworth, A. B. (2005). *Alejandro Magno*. Madrid: Akal. Obtenido de <http://library.lol/main/F8B49D71F7C94C74F3B9A8C9D6414E55>
- Bravo García, A. (1982). "Introducción". En Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno* (pág. 10). Madrid: Gredos. Obtenido de <http://library.lol/main/56F9B60ACD9B2A751E27798C7C105C09>
- Bravo García, A. (1982). "Introducción". En Arriano, *Anábasis de Alejandro Magno* (págs. 7-95). Madrid: Gredos.

- Brown, T. S. (1967). Alexander's Book Order. *Historia: Zeitschrift für Alte Geschichte*, 16(3), 359-368. Obtenido de <https://www.jstor.org/stable/4434994>
- Campbell, D. B. (2006). *Besieged. Siege Warfare in the Ancient World*. Oxford: Osprey. Obtenido de <http://library.lol/main/ED310105D7D14017B97373663BCD063B>
- Carter, Terry, Dunston, Lara and Thomas, Amelia. (2008). *Syria and Lebanon*. Franklin: Lonely Planet. Obtenido de https://archive.org/details/isbn_9781864503333/page/346/mode/1up
- Cartledge, P. (2009). *Alejandro Magno. La búsqueda de un pasado desconocido*. Barcelona: Crítica. Obtenido de <http://libgen.is/book/index.php?md5=27E95FB1431E44AF805BE82C91038C17>
- Castro Sánchez, J. (1995). "Introducción". En Justino, *Epítome de las «Historias Filípicas» de Pompeyo Trogo* (págs. 7-54). Madrid: Gredos. Obtenido de <http://library.lol/main/6A6560742A8A475E7EB61D6B637C55F3>
- Caven, B. (1990). *Dionysius I, War-Lord of Sicily*. New Haven: Yale University Press. Obtenido de <http://library.lol/main/039771D0CCB862672100A5A5E99EA6FA>
- Connolly, P. (1981). *Los ejércitos griegos*. Madrid: Espasa-Calpe. Obtenido de <http://library.lol/main/AE8624377341D09AC1A305B9CAEFA653>
- Droysen, J. G. (2001). *Alejandro Magno*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España. Obtenido de <http://library.lol/main/547D61AA83713D82A0A7731E970F3E39>
- Echevarria II, A. J. (2017). *Military Strategy: A Very Short Introduction* (Kindle ed.). New York: Oxford University Press.
- Elayi, J. (2018). *The History of Phoenicia*. Atlanta: Lockwood Press. Obtenido de <http://library.lol/main/EC665CC1B463354B78C60DD14C1B86A9>
- Engels, D. (1980). *Alexander the Great and the Logistics of the Macedonian Army*. Berkeley: University of California Press. Obtenido de <https://books.google.com.mx/books?id=OiMWqRokCZ4C&printsec=frontcover&q=Alexander+the+Great+and+the+Logistics+of+the+Macedonian+Army&hl=en&a=X&ved=2ahUKEwjCiJu0-LDwAhVOZN8KHdoLBv0Q6AEwAHoECAMQAg#v=onepage&q=Alexander%20the%20Great%20and%20the%20Logistic>
- English, S. (2009). *The Sieges of Alexander the Great* (Kindle ed.). Barnsley: Pen & Sword.
- Fox, R. L. (2015). *Alejandro Magno. Conquistador del mundo*. Barcelona: Acanalado. Obtenido de <http://library.lol/main/4CF2AA03AAF07C321196F69DCB111883>

- Freewalt, J. (2010). *Battle Report: Alexander the Great's Siege of Tyre - 332 BC*.
- Fuller, J. F. (2003). "As Strategist". En I. Worthington (Ed.), *Alexander the Great. A Reader* (págs. 181-186). London. Obtenido de <http://library.lol/main/226242C28956CC438D195C21AD028F3F>
- García Blanco, J. (1991). Introducción. En Estrabón, *Geografía* (págs. 7-187). Madrid: Gredos. Obtenido de <http://library.lol/main/FBC57A84D1C15F8D579DD17620FF7FBD>
- Garstad, B. (2015). "Nebuchadnezzar's Siege of Tyre in Jerome's Commentary on Ezekiel". *Vigiliae Christianae*, 70(2), 175-192.
- Gómez Espelosín, F. J. (2007). *La Leyenda de Alejandro. Mito, historiografía y propaganda*. Alcalá de Henares: Universidad de Alcalá.
- Green, P. (2013). *Alexander of Macedon 356 - 323 B. C. A Historical Biography*. Berkeley: University of California Press. Obtenido de <http://library.lol/main/4B747A2154854C53DE035A987D38D89F>
- Hammond, N. (2012). *Alejandro Magno: Rey, General y Estadista*. Madrid: Alianza. Obtenido de <http://library.lol/main/5DB7178E1010D3DD1511F777C8F2AB13>
- Heckel, W. (2006). *Who's Who in the Age of Alexander the Great*. Oxford: Blackwell. Obtenido de <http://library.lol/main/BF45D963F0C3AA90A56933625FF01AAE>
- Heckel, Waldemar and Jones, Ryan. (2006). *Macedonian Warrior. Alexander's elite infantryman*. Oxford: Osprey. Obtenido de <http://library.lol/main/58798897B91AEF03A1E1CC27B89FE264>
- Lewis, D. M. (2006). Sicily, 413 - 368 B. C. En D. M. Lewis (Ed.), *The Cambridge Ancient History* (Vol. VI). The Cambridge University Press. Obtenido de <http://library.lol/main/70181DDD2A6840DA283B45BA7AB79805>
- Lonsdale, D. L. (2007). *Alexander the Great. Lessons in Strategy*. Abingdon: Routledge. Obtenido de <http://libgen.is/book/index.php?md5=BBABBACB44B1EA39EF1F76E2620077E4>
- Marsden, E. W. (1969). *Greek and Roman Artillery. Historical Development*. London: Oxford University Press. Obtenido de <http://library.lol/main/2B09CBE0DDCCCA5A0319E5963E66D14E>
- Marsden, E. W. (1969). *Greek and Roman Artillery. Historical Development*. London: Oxford University Press. Obtenido de <http://library.lol/main/2B09CBE0DDCCCA5A0319E5963E66D14E>

- Mayor, A. (2009). *Greek Fire, Poison Arrows, and Scorpion Bombs. Biological and Chemical Warfare in the Ancient World*. New York: Overlook Duckworth.
Obtenido de <http://library.lol/main/B2A05D5BE897CF757F980F75053D33A1>
- Molina Marín, A. I. (2018). *Alejandro Magno (1916-2015). Un siglo de estudios sobre Macedonia Antigua*. Zaragoza: Pórtico.
- Nawotka, K. (2010). *Alexander the Great*. Newcastle: Cambridge Scholars Publishing.
Obtenido de <http://library.lol/main/3B5EED9BB4187A5EABC58DA57BF45221>
- Parpas, A. (Marzo de 2015). *The Siege of Tyros: The decision to resist Alexander in 332 B.C. – A religious or a geopolitical decision?* Recuperado el 3 de Enero de 2021, de https://www.academia.edu/11462318/The_Siege_of_Tyros_The_decision_to_resist_Alexander_in_332_B_C_A_religious_or_a_geopolitical_decision
- Parreu Alasà, F. (2001). "Introducción". En Diodoro, *Biblioteca Histórica, Libros I-III* (pág. 8). Obtenido de <http://library.lol/main/D832D0A2E842F9DE52A2FD722B6748E3>
- Pearson, L. (1960). *The Lost Histories of Alexander the Great*. New York: The American Philological Association.
- Pejenaute Rubio, F. (1986). "Introducción". En Q. C. Rufo, *Historia de Alejandro Magno* (pág. 35). Madrid: Gredos. Obtenido de <http://library.lol/main/1E679F4D135AF18B99A21AFB577CFDA3>
- Pérez Jiménez, A. (2007). "Introducción". En Plut., *Alex.* (págs. 9-13). Madrid: Gredos.
Obtenido de <http://library.lol/main/627849A1C0167B27C3C31E8095F959E5>
- Phang, S., Pence, I., Kelly, D., & Londey, P. (Edits.). (2016). *Conflict in Ancient Greece and Rome* (Vol. I). Santa Barbara: ABC-CLIO. Obtenido de <http://library.lol/main/CF42ACEBF1B849FBE8895B173906EC12>
- Rawlinson, G. (2012). *History of Phoenicia* (Kindle ed.). Scotts Valley: CreateSpace.
- Romane, P. (1987). Alexander's siege of Tyre. *The Ancient World*, XVI(3 y 4), 79-90.
- Sáez Abad, R. (2004). *La poliorcética en el mundo antiguo (memoria doctoral)*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid. Obtenido de <https://eprints.ucm.es/id/eprint/5454/>
- Sáez Abad, R. (2011). "La poliorcética en el Imperio Neosirio". *Espacio, Tiempo y Forma, Serie II*, 24, 109-132. Obtenido de https://www.researchgate.net/publication/286161743_La_poliorcetica_en_el_Imperio_Neoasirio

- Smith, W. (1849). *Dictionary of Greek and Roman Biography and Mythology*. London: Taylor, Walton and Maberly. Obtenido de <http://library.lol/main/232F7FDC018E4C2B1A2B804BE4942931>
- Tarn, W. W. (1930). *Hellenistic Military and Naval Developments*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Tarn, W. W. (2010). *Hellenistic Military & Naval Developments*. Cambridge: Cambridge University Press. Obtenido de <http://library.lol/main/A74C7D7C0A95DE6D2091944CDB075C22>
- Tucker, S. (2011). *Battles that Changed History. An Encyclopedia of World Conflict*. Santa Barbara: ABC-CLIO. Obtenido de <http://library.lol/main/E91B9C53F04653C35BB0425F99E1FC51>
- Vela Tejada, José y Martín García, Francisco. (1991). "Introducción". En Polieno, *Estratagemas* (págs. 147-171). Madrid: Gredos. Obtenido de <http://library.lol/main/0E9966895A95E4C895B5070DEDE55472>
- Warry, J. (1995). *Warfare in the Classical World*. Norman: University of Oklahoma Press. Obtenido de <http://library.lol/main/343F3D8BDE2E2F1BC1F9CFFACA476629>
- Woolmer, M. (2017). *A Short History of the Phoenicians* (Kindle ed.). London: I. B. Tauris.

Índice de ilustraciones

Fig. 1. Fenicia	15
Arnold, Bill T. and Brent A. Strawn (2016). <i>The World around the Old Testament. The People and Places of the Ancient Near East</i> . Grand Rapids: Baker Academic. http://library.lol/main/49602644EDFFEE4E50387BBBA239324E	
Fig. 2. La ciudad de Tiro según bajorrelieve de las puertas de Balawat. Siglo IX a. C.	18
https://www.livius.org/site/assets/files/18396/sack_tyre_salmaneser_iii_copy_bm.jpg	
Fig. 3. El sitio de Tebas	30
https://www.livius.org/pictures/a/maps/map-of-the-siege-of-thebes/	
Fig. 4. El sitio de Mileto	34
https://external-preview.redd.it/TLMJN4pttFyYZ1PGx6K3fDXNDxam2EW_5kvAgZ38RJ4.jpg?auto=webp&s=d9fb2cdee3cb21dc32ddb354106aec0baa62638	
Fig. 5. Asedio de Halicarnaso	37
https://i.pinimg.com/originals/9e/11/0c/9e110c6338c3c4a489f820501a1a337c.jpg	
Fig. 6. Croquis de la ciudad de Halicarnaso	37
https://www.livius.org/pictures/a/maps/map-of-halicarnassus/	
Fig. 8. Trépano de Diades según Vitruvio	57
http://library.lol/main/AE8624377341D09AC1A305B9CAEFA653 , pág. 67.	
Fig. 7. Ariete tipo tortuga, Descrito por Vitruvio	57
http://library.lol/main/AE8624377341D09AC1A305B9CAEFA653 , p. 67.	
Fig. 9. Torre de asedio de Epímaco	59
http://www.hellenicaworld.com/Greece/Technology/en/Helepolis.html	
Fig. 10. El gastrafetes	60
Herón. (1918). <i>Belopoica</i> , pág. 14	
Fig. 11. Catapulta lanzadora de piedras	61
Connolly (1981), pág. 65	
Fig. 12. Mantelete	63
http://www.artetormentaria.es/2010/02/mantelete.html	
Fig. 13. Trazo del primer terraplén. English (2009), pág. 103.	69
Fig. 14. El ataque de los tirios con el brulote	72
https://www.deviantart.com/ethicallychallenged/art/Siege-of-Tyre-612578060	
Fig. 15. Bloqueo naval de la flota macedonia a la isla de Tiro	76
https://miltiade.pagesperso-orange.fr/siege_tyr.htm	
Fig. 16. El ataque final a la ciudad de Tiro	81
Romane, P. (1987), pág. 89.	

Índice de cuadros

Cuadro 1. Máquinas de asedio empleadas por Alejandro en la toma de tiro.....	54
Cuadro 2. Dispositivos de defensa empleados por los tirios	54